

DON BOSCO
EN BARCELONA

RAMÓN ALBERDI

DON BOSCO EN BARCELONA

Itinerario

En el centenario de su visita
(1886-1986)

Presentación de
CARLOS M.^a ZAMORA

edebé

Edición al cuidado de Carlos Garulo.
Ilustraciones de Inés Luz González.

ES PROPIEDAD

© Inspectoría Salesiana de Nuestra Señora de la Merced
Barcelona, 1986

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-236-1925-7
Depósito Legal. B. 14903-86

Escuela Gráfica Salesiana
Barcelona-Sarriá

índice

PRESENTACIÓN	7
PÓRTICO	15
Recuerdos. La visita de 1886. Itinerario	16
EL PRIMER ENCUENTRO	
Los pioneros. En el Palacio Episcopal. Los regalos. Pensando en Barcelona	21
ENTRE BARCELONA Y SARRIA	
Dorotea de Serra. En el Ensanche barcelonés. En Sarria	27
UN PUEBLO FELIZ	
La Casa Prats. ¿Por qué en Sarria? Labriegos, artesanos y veraneantes. Calles, masías y palacios. Conservadurismo y autonomía. Los conventos. Carretas y trenes	35
SE PREPARA EL ESCENARIO	
El cuartel general. En contacto con el Obispo. Vienen los Salesianos. El despertar de un deseo. La obra material. El escenario. La labor de propaganda	51
VIAJERO INFATIGABLE	
Objetivos. Las jornadas. Algunas características. Balance	69
«TENEMOS AQUÍ, ENTRE NOSOTROS, A UN SANTO»	
Los motivos próximos. Un obstáculo peligroso. La llegada. El paso de un Santo. En Sarria. En la Barcelona antigua (Barrio Gótico). En la Barcelona nueva (Ensanche). En Les Corts. En Horta. En el Tibidabo	81
«BARCELONA, SIEMPRE AMADA E INOLVIDABLE»	
Barcelona-Gerona-Turín. Dimensiones de una visita. Recordando a Barcelona	141

Presentación

Desde el 8 de abril hasta el 6 de mayo de 1886, el sacerdote turinés Juan Bosco estuvo en Barcelona. El Padre Ramón Alberdi, Profesor de Historia en el Centro Superior de Estudios Eclesiásticos Martí-Codolar, nos narra en este libro los pasos del hoy Santo por la ciudad, reconstruyendo uno a uno los diversos momentos de aquella visita.

Siguiendo, de la mano del autor, los lugares que Don Bosco recorrió, se tiene el gozo de comprobar que los recuerdos se hacen vida. El texto del Padre Alberdi cumple magníficamente la intención de ser una guía de peregrinaje salesiano en Barcelona.

Al que conoce la precaria salud y el agotamiento que tenía el Santo en sus últimos años, le surgen espontáneas algunas preguntas: ¿Por qué vino Don Bosco? ¿Qué razones le impulsaron a emprender aquel viaje? ¿Cuáles fueron los frutos de su paso?

La lectura del libro de Alberdi permite dar con algunas claves fundamentales de comprensión.

1. Don Bosco vino a Barcelona respondiendo, como siempre en su vida, a la *llamada de los jóvenes*. Los alumnos de los Talleres Salesianos de Sarria —«más amados

quizás que los de Turín, porque eran los hijos de sus hijos» (H. Wast)—, le habían enviado una invitación expresiva: el dibujo de una locomotora, con la sencilla inscripción «De Turín a Barcelona». Don Bosco estaba achacoso y gastado. Ni sus hijos, ni sus amigos, ni su médico creían oportuno aquel viaje. Pero le llamaban los jóvenes. Y vino a Barcelona.

En medio de la intensa actividad de aquellas jornadas, encontró momentos para acercarse a los muchachos en el patio, en los rudimentarios talleres. Pasó con ellos ratos de distensión, aplaudió sus actuaciones musicales, se preocupó de que tuvieran un extra en el refectorio, quiso que tomaran parte en la fiesta campestre del día 3 de mayo en la finca de Martí-Codolar y que figuraran en la foto recuerdo de su visita. Para ellos fueron las últimas palabras y la última bendición antes de abandonar Sarria.

2. La llamada de los jóvenes adquiere, en Barcelona, concreciones muy precisas. La urbe se está abriendo a la modernidad. Encara sus problemas. Y uno de los más característicos es la *incorporación digna y responsable del mundo obrero a la gestión de la sociedad*. Asunto delicado que tiene un punto crucial en la formación de la juventud trabajadora. Don Bosco oye el clamor de esta juventud. Señalará con franqueza la cuestión a las clases burguesas, alertándolas sobre su responsabilidad. No sólo eso. Hombre práctico, ofrece, en los *Talleres* que ha fundado, una solución que presenta como estímulo de otras iniciativas, y para la que viene a pedir simpatía y ayuda.

La reacción de los diarios anticlericales es, en su tosca vulgaridad, el más elocuente reconocimiento de que Don

Bosco ha acertado. En la contraposición entre cultura e Iglesia, que algunos creen, y otros quisieran, irreconciliable, Don Bosco piensa que todo lo humano interesa a la Iglesia, porque interesa a Dios. Que *la Iglesia tiene su campo en la promoción del hombre.*

3. Más todavía. La tarea es tan amplia que requiere la actuación coordinada de todas las fuerzas católicas. Su visita es una continua *llamada al laicado a comprometerse* en los problemas de la promoción humana y de la cultura. En los días de su estancia en la ciudad se relaciona con la práctica totalidad de los grupos y asociaciones que tienen algún peso en la vida católica. E invita a todos a dar su aportación para solucionar los conflictos que se producen en el nacimiento de una nueva época.

4. Don Bosco hace patente *su profundo sentido de Iglesia*. Los encuentros con los Obispos de Barcelona y de Vic, con el de Gerona cuando regresa a Italia, la visita de los seminaristas, la conversación con diversos religiosos y religiosas, pudieron significar, por parte de ellos, una veneración respetuosa para el hombre que venía precedido de gran prestigio como pedagogo y aureolado con fama de santidad. Para Don Bosco fue la expresión de su conciencia de miembro de la Iglesia, de servidor del hombre desde ella, en plena compenetración con los pastores y con las diversas manifestaciones de la vida eclesial.

5. Vino también traído por la amistad, para *conocer y expresar su afecto y gratitud* a almas de excepción y a amigos extraordinarios. El saludo que dirige a doña Dorotea de Chopitea, la insigne bienhechora de su Obra,

traduce la profundidad de sus sentimientos hacia todos aquellos que le ayudaban y sin cuya cooperación no hubiera podido dar un paso.

6. Es incuestionable que al viejo luchador le trae también la necesidad de *recaudar fondos* para las obras de apostolado y para las misiones. Los diarios satíricos de la época se cebarán en ello, dolidos por el éxito clamoroso que tiene la presencia del santo sacerdote. Pero quien lo mira con objetividad, lejos de pensar en un prosaico interés económico, descubre la abnegación del hombre que, enfermo ya de años y achaques y herido por dolencias que ni su proverbial buen humor logra disimular del todo, arrostra la humillación de pedir para los demás. El mismo año 1886 se desahogaba con un íntimo: «¡Ay, tú no sabes lo que me ha costado pedir limosna!»

7. Don Bosco pensó siempre en las misiones. Desde el año 1875 había enviado ocho expediciones misioneras a Argentina y Uruguay. Con visión de estrategia calculaba que Barcelona, en España, era una plataforma excelente para la preparación de sus hombres y un enclave privilegiado que enlazaba las rutas marítimas entre el viejo continente y el nuevo. Y en Barcelona iba a tener también un sueño significativo —conocido como *el sueño de las misiones*— que impulsaba a su joven Congregación a ampliar la presencia en América y a lanzarse por los caminos de Asia y de África.

Hoy los millares de salesianos que trabajan en estos tres continentes y el vigoroso desarrollo del recién iniciado «Proyecto África» acreditan, una vez más, como proféticos los sueños de Don Bosco.

8. En Barcelona recibe el encargo de levantar un *Templo al Sagrado Corazón*. Su físico está gastado, su salud rota por los seis años de preocupaciones que le ha exigido la construcción del de Roma. Pero, ¿podrá negarse a la propuesta de unos señores que sitúan la invitación en el Tibidabo, cuando este nombre, *tibi-dabo* —te daré—, ha sido una inquietante premonición interior que ahora se hace explícita? ¿Podrá negarse, si el amor del Padre manifestado en Jesús es el centro de su vida, si la caridad pastoral de Cristo es la fuente de su espíritu y la inspiración de su pedagogía, si mostrar a los jóvenes que Dios es amor cercano constituye la razón de todos sus pasos y afanes?

9. Durante los veintiocho días de su estancia en Barcelona Don Bosco prodiga la bendición de *María Auxiliadora*, distribuye sus medallas a millares, realiza curaciones en su nombre, acelera la venida de las Religiosas fundadas por él como un monumento vivo a la Madre: María Auxiliadora es la inspiradora y guía de su Obra. Sin Ella Juan Bosco hubiera sido sólo un campesino entre vacas. Ella lo ha hecho todo.

10. Don Bosco vino a *impulsar una obra incipiente* que preveía de un porvenir fecundo. Se llegó, anciano, cansado, casi arrastrándose, pero con entusiasmo jovial, para orientar y alentar a unos hijos jóvenes, inexpertos, que sentaban los cimientos de una impresionante aportación educativa para la nueva sociedad industrial: la Formación Profesional.

Sin duda hubiera deseado acercarse a Utrera para abrazar a los salesianos de la primera fundación en España. Pero su organismo maltrecho no habría resistido.

Desde Madrid, el Nuncio Rampolla y el Ministro Silvela le urgían para que iniciara otra obra en la capital. No era todavía el momento.

Pero cuando el anciano Padre traspasó la frontera y puso el pie en Barcelona, su pensamiento iba tierra adentro, avizorando un futuro próximo de expansión a toda España. Por esto los salesianos españoles han mirado siempre la casa de Sarria como *el lugar sagrado, patrimonio de todos*.

11. Durante su permanencia en Barcelona, Don Bosco recibió, sonriente y alentador, a pobres y ricos, a jóvenes y adultos, a burgueses y menestrales.

En la magnífica fotografía de Martí-Codolar se agrupan en torno a él personas de las más variadas clases, condiciones y edad: eclesiásticos y seculares, monjes, comerciantes y hombres de las finanzas, alumnos y profesores, aristócratas y golfillos, creyentes de a pie y santos de altar. ¿No será esa afortunada instantánea la más gráfica y elocuente plasmación de su *mensaje de amor, de unidad, de fe esperanzada en la vida, de compromiso común en la construcción de un mundo nuevo?*

12. La crónica del secretario Viglietti, tan minuciosa en narrar los acontecimientos, nos deja, con todo, una sutil insatisfacción. ¿Dónde están las palabras de Don Bosco? ¿Qué dijo para armar entonces tanto revuelo en la ciudad y para haber fructificado, con los años, en tantas obras vivas ahora?

Confieso que lo anduve buscando afanoso en varios escritos y comentarios. Infructuosamente. Hasta que saltó una evidencia. Don Bosco vino como Don Bosco. Su palabra fue su propia persona, su experiencia, su obra,

su historia, su vida. *Él mismo era su mensaje*. De hecho, muchísimos se contentaron con sólo poder acercársele, con verle, tras soportar largas horas de espera. Porque les dejaba el recuerdo sabroso, único, de haberse cruzado con la amabilidad y ternura de Dios, hecha visible en las arrugas de un anciano.

Hoy, a los cien años, cuando el tiempo ha hecho verdad las palabras, los silencios y los gestos, aquella visita —evocada con amoroso cuidado por Ramón Alberdi— mantiene una densa persistencia y continúa llamando y señalando rutas.

Para Don Bosco ya no habrá ningún tren de regreso, ningún 6 de mayo. Don Bosco está aquí, como siempre, alentando ilusiones y compromisos con la juventud. Tal vez quiso hacernos creer que se marchaba para que nosotros pusiéramos manos a la obra.

CARLOS M.^a ZAMORA

Barcelona, 8 de abril de 1986

Pórtico

La presencia de los Salesianos en Barcelona es anterior a la visita que el Fundador, San Juan Bosco, efectuó a la Ciudad Condal, hace ahora cien años (1886-1986).

Pero fue a raíz de aquel acontecimiento cuando la capital *catalana* llegó a conocer mejor la naturaleza y los objetivos de la Obra Salesiana, y cuando, al aceptarlos, comenzó a abrirse más plenamente a los ideales que la misma representa.

Las vivencias que dejó la visita en muchos barceloneses contribuyeron eficazmente al desarrollo de la Familia de San Juan Bosco en sus varias ramas: la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos), el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (Salesianas), la Asociación de Cooperadores Salesianos, el Instituto Secular «Voluntarias de Don Bosco» y las Asociaciones de Antiguos Alumnos y Antiguas Alumnas.

Sus instituciones y actividades de diverso tipo constituyen, sin duda, una realidad viva en el tejido social y religioso de la Ciudad, tanto que, sin miedo a caer en exageraciones, se puede hablar de una *Barcelona Salesiana*. En ella se aspira a vivir y transmitir —para bien de la Iglesia y de la Sociedad— el espíritu y las esperanzas que, durante unas semanas de 1886, suscitó personalmente en la Capital de Cataluña el propio San Juan Bosco, el creador de la Familia Salesiana.

RECUERDOS

Como todas las demás familias, la de Don Bosco conserva también sus *recuerdos*. Estos pueden revestir formas muy variadas: objetos, documentos, inscripciones, fotografías, monumentos, lugares, sepulcros... Ya se sabe que tienen un valor relativo, puesto que su estimación depende, en buena parte, de ese juego sutil de los gustos y los sentimientos. Y, sin embargo, resultan insustituibles en muchos momentos de la vida. Porque, en su calidad de testigos, símbolos, hitos y puntos de referencia, siempre conectan con el alma humana, que no puede subsistir sin conciencia histórica, sin renovar la memoria del pasado vivido.

Y ahí están, tal como son. Con su fragilidad o con su fuerza; pero, en cualquier caso, dotados de un poder mágico para evocar, llamar, identificar, denunciar, atraer... Y tan íntimamente consiguen sugestionarnos, que nos cuesta desprendernos de sus lazos invisibles y misteriosos. En ocasiones, se transmiten de generación en generación. Y cuando se han perdido, más de una vez nos duele su falta y procuramos *redescubrirlos* o restaurarlos, si aún estamos a tiempo. Con este comportamiento, el hombre no hace más que declarar su esencial condición de ser historia.

LA VISITA DE 1886

Los *recuerdos salesianos* que guarda la ciudad de Barcelona se deben, en su expresión más elevada, a la visita que el Santo de Turín efectuó a la misma, hace ahora un siglo. Sin aquella presencia, hubieran quedado tam-



San Juan Bosco

Fotografía obtenida, el 14 de abril de 1886,
en el Colegio del Sagrado Corazón, de Sarria.

bién para la posteridad algunos, más o menos interesantes, de los primeros tiempos —envueltos generalmente en la historia salesiana con destellos carismáticos y ribetes heroicos—, pero estarían desprovistos, ciertamente, de ese fulgor interior y de esa fuerza fascinadora que hoy día poseen. Y es que, al contacto con la santidad del Fundador, las cosas, los lugares y las personas comenzaron a tener un nuevo relieve, un nuevo sentido; empezaron a ser más inteligibles y, sobre todo, más cercanos al corazón.

Esto fue posible por dos motivos.

1.º Aquella visita, tanto por el planteamiento hecho por los Salesianos como por la respuesta —masiva, enfervorizada— que dio la población de Barcelona y de Sarria, no fue —no pudo ser— un hecho privado. Fue un hecho público, con la relevancia propia de un acontecimiento. En Barcelona, lo mismo que tres años antes en París, Don Bosco se vio constantemente rodeado, y hasta acosado, por las gentes. Y la prensa diaria, de uno y otro signo, siguió todos sus pasos.

En una palabra, durante aquellos días barceloneses, el Fundador de los Salesianos no se perteneció a sí mismo, sino a la Ciudad.

2.º La visita se fue convirtiendo, poco a poco, en un encuentro de amistad entre Don Bosco y amplios sectores del catolicismo barcelonés. Acabó siendo una mutua donación. Ambas partes quedaron marcadas con idénticas señales. Don Bosco ya no olvidó nunca a Barcelona.

Y los católicos de aquí quedaron para siempre con el convencimiento de haber tratado a uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo, digno de toda admiración y estima.

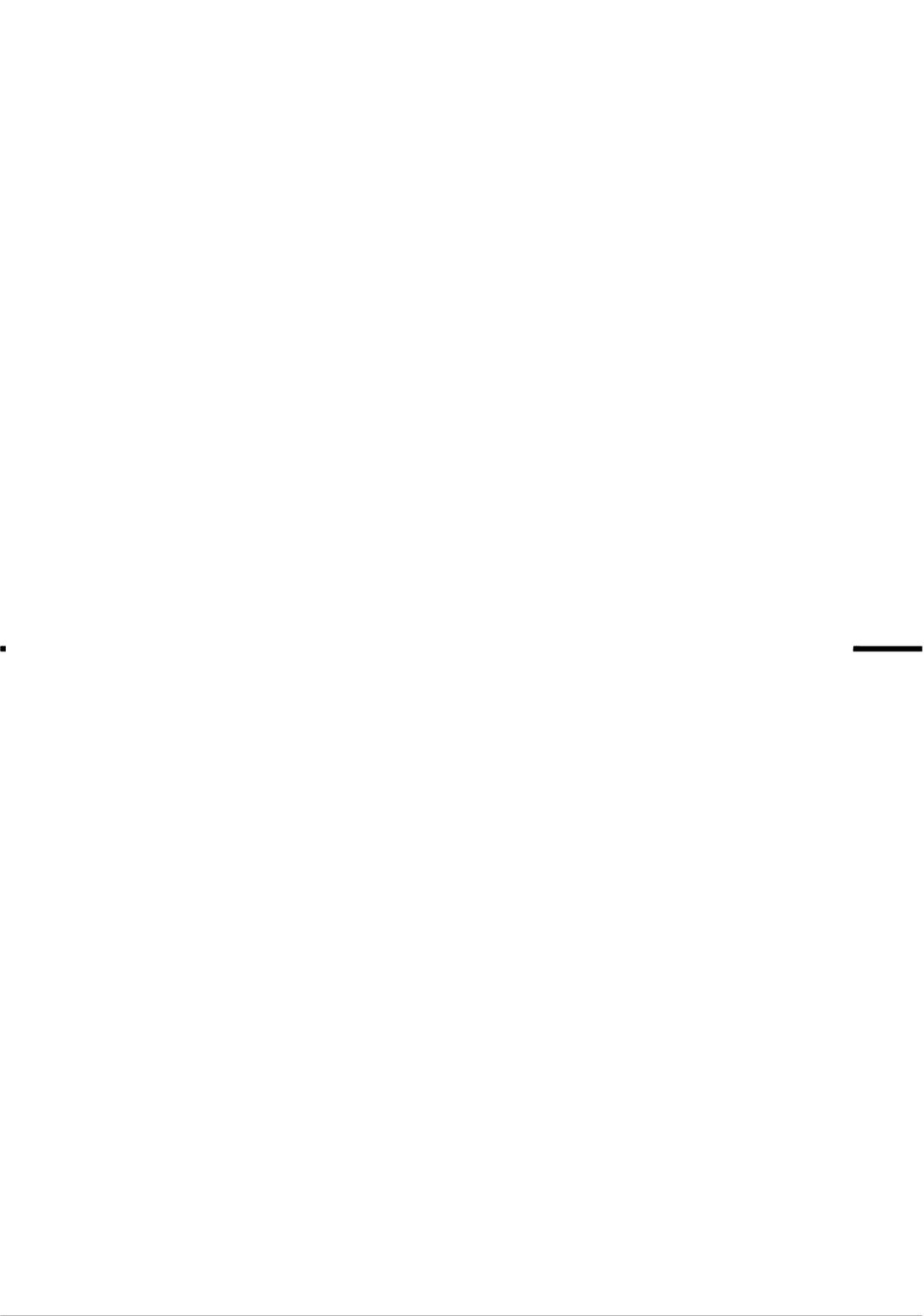
ITINERARIO

Las indicaciones apuntadas permiten considerar la ciudad de Barcelona como un relicario o un álbum familiar de inapreciable valor para todos aquellos que, en un grado u otro, se sienten *salesianos*. Es más, se puede afirmar que, desde este punto de vista, es única en España.

La obra que el lector tiene en sus manos quiere ser una *guía ilustrada* de la Barcelona salesiana de los primeros tiempos, como un *libro de ruta*. Y pretende serlo evocando los *recuerdos históricos* que aún quedan de la visita del Santo.

Es verdad que, unas veces, el viento de los acontecimientos públicos se los ha llevado consigo, incluso violentamente. Otras, la incuria de los hombres los ha echado a perder, porque esos objetos-símbolo tienen que pasar, por necesidad, de una generación a la siguiente a través de una operación peligrosamente frágil. Y, siempre, el río de la vida acaba por arrastrarlos de una a otra parte con suerte incierta.

Así y todo, después de cien años, la Barcelona salesiana de los tiempos fundacionales está ahí de pie, con suficiente relieve todavía como para decir una palabra significativa. Eso sí, a condición de que el visitante sea capaz de entender el lenguaje de la historia y se acerque a la ciudad-relicario con esa fina, delicada sensibilidad propia de los enamorados.



El primer encuentro

Con fecha 7 de junio de 1879, el arzobispo de Sevilla, el manresano doctor Lluch y Garriga, escribió a Turín invitando a Don Bosco a abrir una fundación salesiana en la vecina localidad de Utrera. No le conocía personalmente, pero se había enterado del bien que hacían los nuevos religiosos en varios lugares de Italia. Por eso, contando con la ayuda del Marqués de Casa Ulloa, estaba dispuesto a traerlos a su archidiócesis. La de Sevilla iba a ser la primera de España en tener una obra salesiana.

LOS PIONEROS

Don Bosco aceptó, en principio, la oferta e incluso comenzó a actuar como si la empresa fuera ya cosa hecha. Pero, mientras tanto, tardaba en enviar a los delegados que habían de estudiar sobre el terreno las posibilidades de establecer allí una de sus casas.

Finalmente, con el nuevo año (1880), se pusieron en camino hacia Sevilla dos salesianos: un sacerdote y un laico. El primero se llamaba Juan Cagliero y, como había pasado un par de años trabajando en tierras de misión

en Argentina y Uruguay, hablaba el castellano bastante bien. El segundo, José Rossi, era un hombre experto en cuestiones relativas a la organización y marcha económica de las obras asistenciales de la nueva Congregación.

Partieron de Marsella el 18 de enero de 1880 y, viajando siempre en ferrocarril, llegaron a Sevilla el 24. Pero antes hicieron escala en Barcelona, donde se encontraban a las ocho de la noche del día 19. No es posible saber en qué hotel o pensión se hospedaron. Sería en algún sitio de los alrededores de la antigua Estación de Francia, denominada hoy Estación-Término. Desde luego, necesitaban descansar del largo y penoso viaje: de Marsella a Barcelona, con el obligado y molesto trasbordo en la estación de Portbou, habían empleado más de veinte horas.

Al día siguiente, 20, se dedicaron a visitar la ciudad: el puerto, las Ramblas, el Ensanche. «La parte nueva, con sus calles, avenidas y construcciones rectilíneas, nos recuerda Turín» —escribían a los amigos piemonteses—. Se detuvieron en la catedral, «de puro estilo gótico (...), con tres naves esbeltísimas, dos torres muy altas y un claustro también gótico» (carta de Juan Cagliero a Miguel Rúa, Madrid 23-I-1880). No decían nada de la fachada principal. Porque la seo barcelonesa carecía de la misma. En su lugar, tenía un muro liso, manchado por las humedades y sin adorno alguno. Unos ventanales dejaban pasar la luz. Después de cuatro siglos de impotencia y abandono, los barceloneses se habían ido acostumbrando a un espectáculo tan triste. Hasta que, gracias a la decisión del obispo Jaime Cátala y Albosa y a la ayuda magnánima del industrial Manuel Girona y Agrafel, las obras de la nueva fachada pudieron dar comienzo en abril de 1886.

EN EL PALACIO EPISCOPAL

Pero el motivo fundamental de aquella parada en Barcelona no era el turístico, sino el de efectuar una visita al señor obispo, José María de Urquinaona y Bidot (1878-1883). El encuentro tuvo lugar el mismo día 20, en el Palacio Episcopal. Tampoco éste ofrecía aún la elegancia que presenta actualmente, ya que su restauración se llevó a cabo entre los años 1883-1895; la del patio exterior, en 1928.

¿De qué se habló en la entrevista?

Sabemos que hubo obsequios para el prelado Urquinaona: «Le regalamos *El Joven Instruido* en español, le dimos el diploma de Cooperador Salesiano y un librito acerca de Don Bosco» (carta mencionada). El Obispo se los agradeció y les dio esperanzas de que haría una escapada a Turín, cuando fuera a Roma. «Nos hicimos amigos para siempre», comentaba el Padre Cagliero al término de la audiencia (*ibid.*).

Al día siguiente, por la mañana, prosiguieron su camino hacia Sevilla. Éste fue el primer encuentro que los Salesianos tuvieron con la Ciudad Condal.

LOS REGALOS

Hay que decir que los regalos estaban cuidadosamente seleccionados.

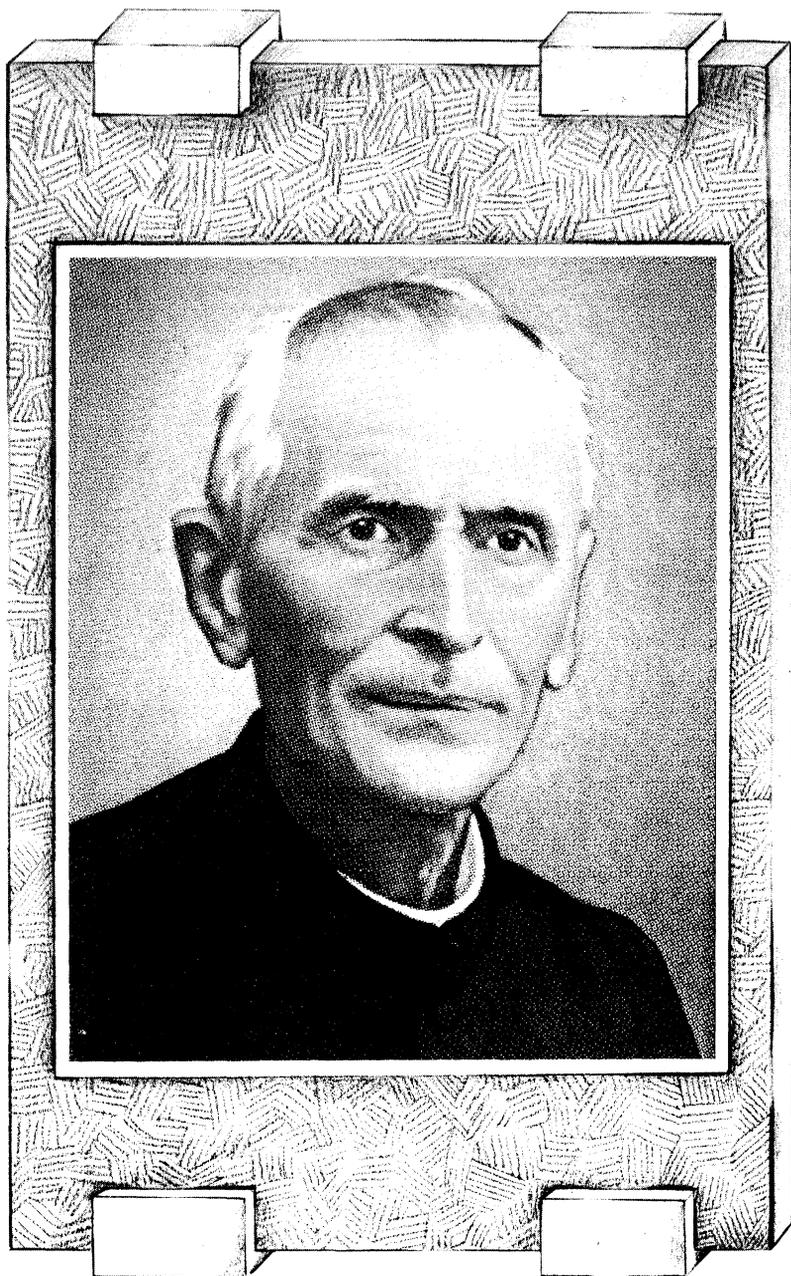
El Joven Instruido era un devocionario pensado y redactado por Don Bosco para adolescentes y jóvenes. En él les proponía las líneas fundamentales de una piedad cristiana adaptada a ellos. Lo había publicado en 1847

y, en seguida, tuvo que preparar nuevas ediciones. La traducción castellana apareció en 1879, en Turín, con destino a las casas salesianas que ya se estaban abriendo en algunas repúblicas sudamericanas. A los siete años, se editó otra vez en Turín (1886). Pero, desde 1888, fue la casa salesiana de Sarria la que difundió este manual de piedad en todo el ámbito salesiano de lengua española. (A partir de 1939 y en todas las ediciones que ha tenido hasta el presente, dicho devocionario se ha titulado *El Joven Cristiano*).

El libro acerca de Don Bosco era un opúsculo de cincuenta páginas que, también en 1879, había editado en Marsella el sacerdote L. Mendre. El autor ponía de relieve, sobre todo, la importancia que las Escuelas Profesionales y los Cooperadores tienen en el conjunto de las instituciones salesianas. Desde noviembre de 1880, comenzó a traducirlo del francés al castellano la *Revista Popular*, la conocida publicación católica que dirigía, en la Capital de Cataluña, el doctor Sarda y Salvany.

A través de estas obritas literarias penetró en Barcelona el nombre de Don Bosco y de su familia religiosa. El primero que las tuvo en sus manos fue, con toda probabilidad, el obispo José María de Urquinaona, el cual pudo conocer, de esta manera, las actividades y el espíritu del famoso Apóstol del Piamonte.

Él fue también el primero en Barcelona en recibir el diploma o documento con que a una persona se le acreditaba como Cooperador Salesiano. Don Bosco se adelantó a aceptarle como tal.



Beato Miguel Rúa,
Vicario de Don Bosco y su primer sucesor.

PENSANDO EN BARCELONA

Todo esto demuestra dos cosas. La primera, que Don Bosco entendía imprimir a sus nuevas fundaciones una orientación netamente eclesial; y la segunda, que, antes e independientemente de la invitación que le iba a formular dos años y medio más tarde doña Dorotea Chopitea de Serra, ya pensaba en Barcelona. Junto a Utrera, también la Ciudad Condal comenzaba a entrar en sus proyectos de futuro. Había que preparar el terreno. En octubre de ese mismo año, 1880, haría una *profección* sobre el porvenir de la obra salesiana en Sarriá-Barcelona...

Entre Barcelona y Sarria

El doctor Urquinaona es uno de los pastores más notables de la Iglesia barcelonesa del siglo XIX. Durante los cinco años de su gobierno, se distinguió siempre por su fervor religioso, su entrega al sagrado ministerio y su amor al pueblo trabajador. Sus preferencias fueron para los más pobres. En 1879, había puesto en marcha la asociación de *Amigos de los Obreros*. Tan grato recuerdo dejó en la capital barcelonesa, que, a los pocos años de haber fallecido, el Ayuntamiento dio su nombre a una de las plazas más céntricas de la misma, tal como se conserva hoy en día.

DOROTEA DE SERRA

Pero, a pesar de esto, la llamada a los Salesianos no partió, en un comienzo, del palacio del Obispo, sino de una casa particular, que llevaba el número 276 de la calle *Cortes* o, más exactamente, de Gran Vía de las Cortes Catalanas, denominación felizmente recuperada no hace muchos años.

La primera carta que se dirigía a Don Bosco, residente en Turín, estaba fechada el 20 de septiembre de 1882 y

la firmaba «Dorotea Chopitea, Viuda de Serra». En dicha carta se indicaba también la dirección postal de la remitente: «Gran Vía, 276 principal». La señora pedía la información necesaria para ayudar a abrir una casa salesiana «en los alrededores de Barcelona». Toda la historia comienza a partir de este punto.

Cuando en 1819, huyendo de la revolución independentista, los padres de Dorotea se trasladaron, con la niña de tres años, desde Santiago de Chile a Barcelona, ocuparon una vivienda de la calle Barra de Ferro (perpendicular a la de Monteada y perteneciente al barrio de la Ribera), dentro del sector de Santa María del Mar, siempre en la parte antigua de la Ciudad. En contacto con esta parroquia (Plaza de Santa María, n.º 1), se fue desarrollando la vida cristiana de Dorotea durante los años de su niñez y adolescencia. Y aquí también contrajo matrimonio, el 29 de octubre de 1832, con don José María Serra Muñoz, cuyos padres habían sufrido la misma suerte que los de la joven esposa.

La pareja formó su hogar en el domicilio de los padres del marido, señalado con el número 3 de la entonces aristocrática calle de Monteada. Por tanto, doña Dorotea siguió adscrita a la mencionada parroquia, donde, siendo esposa y madre —se había casado a los 16 años—, encontró el alimento espiritual que necesitaba.

Los lugares aquí mencionados constituyen el primer entorno social y religioso de quien, a la vuelta de unos años, iba a ser la fundadora de toda la obra salesiana de Sarria y es hoy (desde el día 9 de junio de 1983) la *Venerable* doña Dorotea Chopitea de Serra, en su condición de madre de familia y Cooperadora Salesiana (1816-1891).

EN EL ENSANCHE BARCELONÉS

A lo largo del siglo pasado, el brillo social y cultural de la calle Montcada se fue debilitando gradualmente. Entre otros motivos, porque fabricantes y banqueros, propietarios y comerciantes, e incluso las mismas gentes del pueblo, prefirieron asentarse fuera del casco antiguo, en el llano que se extendía entre la vieja ciudad y las poblaciones circunvecinas. Necesitaban horizontes más amplios y confortables. Los hallaron en las calles que iban a formar el entramado del moderno Ensanche.

En efecto, en 1860 se aceptó definitivamente el proyecto que había preparado el ingeniero Ildefonso Cerda y, unos tres años después, caían las últimas murallas que estaban ahogando a la población de la ciudad antigua. En este *Plan Cerda*, el Ensanche se estructuraba sobre una retícula de calles horizontales (paralelas al mar) y verticales (perpendiculares al mar), dividida por dos grandes diagonales, igualmente perpendiculares entre sí —la Diagonal y la Meridiana—. El punto de intersección —la actual Plaza de las Glorias Catalanas— determinaba el paso de una calle que iba en dirección a la Plaza de España y era la más noble de las horizontales: se llamaría Gran Vía de las Cortes Catalanas.

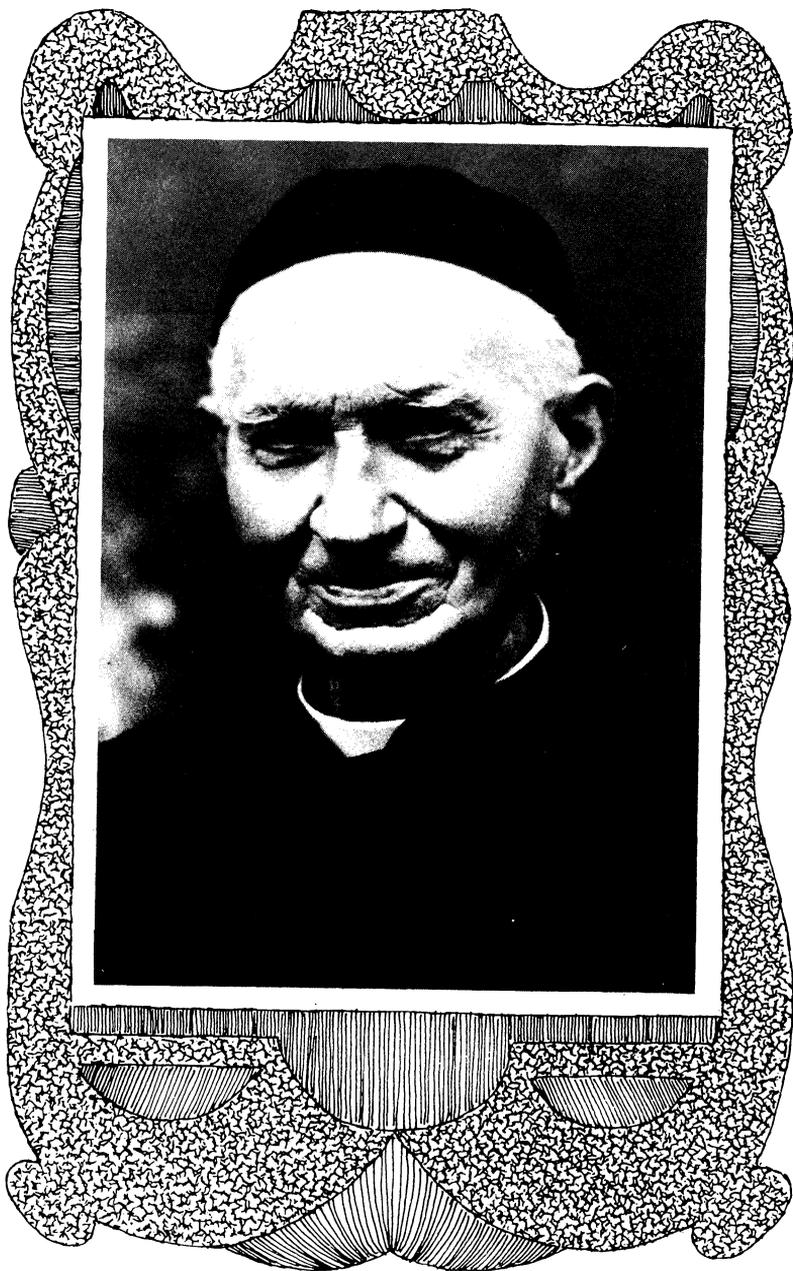
Por otra parte, entre las arterias perpendiculares, la más importante y hermosa era una que, ya entonces, se denominaba Paseo de Gracia. Enlazaba directamente este municipio con el de Barcelona. Pronto se convirtió en el eje del *ensanche central*, que, de hecho, vino a recoger el primer impulso de la expansión demográfica y arquitectónica de la ciudad naciente. Con esto, contra las previsiones del señor Cerda, la Plaza de Cataluña, situada en el cruce de las Rondas del núcleo antiguo con

dicho paseo, asumió espontáneamente las funciones de coordinación y distribución de la energía vital de la gran urbe. Y así, hasta nuestros días.

Pues bien, hacia el año 1873, como otras tantas familias pertenecientes a la alta burguesía catalana, la de los Serra vino también a parar al Ensanche. Se instaló casi en el cruce del Paseo de Gracia con la Gran Vía, a muy poca distancia de las plazas de Cataluña y Urquinaona. La casa-palacio —una de las mejores del ensanche del centro— tenía entonces el número 276; hoy, el 642. Es la sede del actual *Hotel Granvía*. Se trata de uno de los monumentos más insignes de la primera historia del salesianismo barcelonés.

En cuanto a la demarcación eclesiástica, el nuevo domicilio pertenecía a la parroquia de Santa Ana, situada en el barrio antiguo del mismo nombre (Entrada por la calle Rivadeneyra o por la de Santa Ana). Doña Dorothea conectó en seguida con aquella feligresía, participando activamente en sus iniciativas benéficas y de piedad.

A partir de estas fechas, sin embargo, su espiritualidad se nutría preferentemente de la que recibía en el trato directo con las congregaciones religiosas que ella protegía e impulsaba: Jesuitas, Salesianos, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Religiosas del Sagrado Corazón, Hermanas de la Caridad... Lo que oía, veía y practicaba en sus iglesias y capillas le iba configurando el alma. Desde 1881, tuvo cerca de casa el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de los Padres Jesuitas de la calle Caspe, chaflán con la de Pau Claris. Lo había deseado ardientemente y había ayudado con gran generosidad a su construcción. En la capilla, durante muchos años provisional, de este colegio (calle Caspe, n.º 25) encontró un centro de piedad muy querido.



Juan Bautista Branda,
primer director de los *Talleres Salesianos* de Sarria.

EN SARRIÁ

Al igual que otras familias de clase elevada, la de Serra tuvo también su finca de verano fuera de la Ciudad. Hacia los años 1840, la había encontrado en el antiguo municipio de Sarriá. Pronto construyó allí una espléndida *torre* de recreo. Aún se conserva, con sus rasgos originales, en el Paseo Reina Elisenda de Montcada, n.º 18 bis. El matrimonio Serra-Chopitea y sus descendientes la tuvieron en propiedad durante muchos años. Prácticamente hasta nuestros días. Desde 1954, pertenece a las Religiosas de los Sagrados Corazones, las cuales, en colaboración con los Padres de la misma Congregación, mantienen allí una obra escolar llena de vida y prestigio.

Este lugar resultó aun más imprescindible para los Serra cuando, en la finca de al lado, a la otra parte de la *Riera de les Monges* (hoy calle de la Duquesa de Orleans), pudo establecerse el colegio de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, el primero que dicha congregación tenía en España. En su fundación intervino decididamente toda la familia Serra, ya que una de las religiosas encargadas de abrirla era Sor Teresa Serra, hermana de don José María y cuñada de Dorotea. El colegio fue una realidad entre los años 1845 y 1846 (actualmente en la calle del Sagrado Corazón, n.º 25).

Cuando estuvo en funcionamiento el internado para las jóvenes, en este centro cursaron los estudios todas sus hijas, que eran seis. La mayor —María Dolores, 12 años— fue precisamente la primera alumna matriculada en la nueva institución. Tras de ella, se fueron inscribiendo sus hermanas y otras jóvenes allegadas a la familia.

De esta forma, los esposos Serra tuvieron un punto más de referencia obligada en Sarria. Aunque residían la mayor parte del año en Barcelona, los pensamientos y las esperanzas quedaban indefectiblemente unidos a ese pueblecito, cada vez más entrañable para ellos.

Durante el período estival, en los meses que pasaba en la quinta, doña Dorotea cumplía con sus deberes religiosos «en el Sagrado Corazón» y en la Parroquia de San Vicente, de Sarria (en esta iglesia se celebraron los funerales por el alma de su esposo, cuando falleció en la mencionada casa de verano, el 29 de agosto de 1882). Pero, a partir de 1884, la Viuda de Serra frecuentaría otra iglesia que no estaba lejos de allí y que ella misma había costado: la de los llamados *Talleres Salesianos* de Sarria.

Un pueblo feliz

Como Don Bosco y sus colaboradores próximos tardaban en contestarle o sólo lo hacían con promesas genéricas, doña Dorotea volvió a escribir a Turín el 22 de octubre de 1882, insistiendo en la conveniencia de llevar a la práctica la fundación proyectada: «Pues Barcelona —decía— es, con respecto a España, lo que Lyon y Marsella con relación a Francia, esto es, una ciudad eminentemente industrial y mercantil, en la que la Congregación Salesiana encontrará un vasto campo donde ejercitar un tan benéfico apostolado».

Don Bosco compartía, sin duda, el modo de argumentar de la señora. Por su parte, además, ya desde que se le pidió la fundación de Utrera (1879), había expresado otro motivo que para él revestía una importancia suma: España tenía que ser la plataforma principal para lanzar *la* acción misionera de los Salesianos hacia Hispanoamérica. En España aprenderían la lengua y las costumbres, y templarían su espíritu cuantos Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, nativos y extranjeros, quisieran marchar a tierras de misión. Estas dos perspectivas —la social y la misionera— fueron determinantes a la hora de iniciar la Obra Salesiana en Barcelona.

Por lo demás, siguiendo ese doble criterio de actuación, la estrategia expansiva de Don Bosco intentaba alcanzar, cuanto antes, las grandes ciudades portuarias de la cuenca superior del Mediterráneo. Los Salesianos ya habían llegado a Génova-Sampierdarena (1872), a Niza (1875) y a Marsella (1878). Ahora tocaba dar el salto hasta Barcelona.

LA CASA PRATS

Efectivamente, a principios de abril de 1883, llegaron dos salesianos, enviados por Don Bosco para examinar sobre el terreno la oferta que hacía la Viuda de Serra. Uno de ellos ya conocía algo la Ciudad y había visitado al obispo Urquinaona. Era don Juan Cagliero, antes citado. El otro ejercía de superior provincial en Francia y se llamaba don Pablo Álbera (que, más tarde, fue el segundo sucesor de San Juan Bosco). Ambos se hospedaron en casa de doña Dorotea, en la Gran Vía, n.º 276.

Era la primera vez que la señora se encontraba personalmente con los Salesianos. No hay detalles de las conversaciones que tuvieron. Hablarían de Don Bosco, de los Salesianos y las Salesianas, de los Cooperadores, de la difusión de la Obra por algunas naciones de Europa y Sudamérica. Doña Dorotea, por su parte, escucharía tales noticias con gran interés y, sobre todo, llena de esperanza.

El primer día disponible, acompañó a los huéspedes, en coche de caballos, hasta Sarria. Debieron de seguir la carretera que, desde antiguo, unía la localidad con Barcelona. Hoy se llama Avenida de Sarria y, en algunos

tramos, es hasta señorial. Pero, por aquel entonces, no dejaba de ser un camino de carros, aunque notablemente mejorado en relación con épocas pasadas. Atravesaba unos parajes solitarios, salpicados de algunas casas de campo. Las edificaciones del Ensanche tan sólo comenzaban a despuntar.

Unos cuantos metros antes de la entrada del pueblo, el carruaje se detuvo. Se encontraban a la altura de una masía que, a mano derecha, llevaba el número 6 (según unos documentos) o el 4 (según otros). No era ninguna *torre* de lujo, sino más bien una casa de campo. Constaba de bajos, piso primero (o principal) y piso segundo. Éste se destinaba a desván. En el terreno adyacente había, ante la fachada, un patio; a la parte derecha según se la miraba, un jardín, un huerto, un bosquecillo y un campo de cultivo; a la izquierda, un espacio para los carros y los aperos de labranza. En conjunto, algo más de una hectárea.

Doña Dorotea deseaba saber si, en aquella casa y finca, se podía establecer la obra salesiana que ella quería destinar, sobre todo, a una escuela de formación profesional.

Los dos salesianos —hombres, sin duda, expertos en materia de fundaciones— analizaron el sitio, observaron también la posición —junto a la carretera, discretamente fuera del vecindario, no lejos de la estación del tren— y se informaron sobre las condiciones de salubridad —que constataron ser óptimas—, y concluyeron diciendo que sí.

Y, satisfechos, abandonaron pronto la Ciudad de Barcelona. Bien le hubiera gustado al Padre Cagliero pasar a saludar al Prelado, como había hecho tres años antes. Pero no pudo ser: el doctor Urquinaona había fallecido

hacía pocos días. La sede episcopal barcelonesa estaba vacante.

Tal fue la primera aproximación explorativa realizada por los Salesianos al núcleo más importante de su futura actuación en tierras de Cataluña. En los libros de escritura se habla de «torre grande de Prat»; vulgarmente recibía el nombre de *Casa* o *Can Prats*. Así también la llaman hoy día. Aunque algunos preferirían usar el término *Casa de Don Bosco*, por los motivos que se verán luego. Desde hace unos años, tiene el número 3 de la Plaza Artos, al final del Paseo de San Juan Bosco, en Barcelona.

¿POR QUÉ EN SARRIÁ?

Durante los meses siguientes, mientras doña Dorothea preparaba los planos de aquella casa para la aprobación correspondiente, el Padre Cagliero defendía, ante Don Bosco y su Consejo General, la candidatura de la misma, como sede de la futura obra salesiana. A finales de junio (1883), se comunicaba a la señora la decisión tomada: en principio, los Salesianos irían a Sarriá. Don Juan Cagliero —el iniciador de las misiones salesianas y pionero de la obra de Don Bosco en España— no tiene ni siquiera una lápida que lo recuerde a las generaciones futuras. Y, sin embargo, no le faltan méritos ante la historia...

Pero, ¿por qué los Salesianos vinieron precisamente a Sarriá? ¿No había, en los alrededores de Barcelona, unos municipios ya industrializados —como los de Sants, San Martín de Provençáis, San Andrés de Palomar y la misma Villa de Gracia— en los que, por ser masiva la

presencia del proletariado, podría encontrarse un escenario más apto para el despliegue de la misión característica de la Congregación Salesiana?

Es verdad. Pero, en este momento, la intervención de doña Dorotea resultaba decisiva, y ella había apostado por Sarria. La vitalidad del Colegio-internado del Sagrado Corazón le demostraba que esa población ofrecía grandes ventajas para instituciones similares (A la vuelta de pocos años, los Jesuitas optarían también por el mismo término municipal para levantar su famoso Colegio de San Ignacio de Loyola. En 1892, adquirieron *Can Gardenyes*. Al propio tiempo, les imitaban los Escolapios, comprando unas viñas de los Marqueses de Fontcuberta. Así pudo construirse el Real Colegio de las Escuelas Pías de Sarria, inaugurado en el curso escolar 1894-1895. La primera institución se encuentra hoy en Carrasco y Formiguera, números 28-32; la segunda, en Inmaculada, n.º 25).

LABRIEGOS, ARTESANOS Y VERANEANTES

La primitiva población de Sarria se fue asentando en una franja, estrecha y alargada, situada al NO de Barcelona y delimitada por las dos depresiones más importantes del contorno: la *Riera Blanca* (al poniente) y la *Riera de Magòria* o *d'En Rabassa* (al oriente). Cada una de ellas recogía varios torrentes que, desde los pies de Collserola, descendían en dirección a la planicie de Barcelona. El espacio así configurado parecía un plano inclinado que, apoyado en el macizo mencionado —con sus tres cimas más relevantes de San Pedro Mártir (399

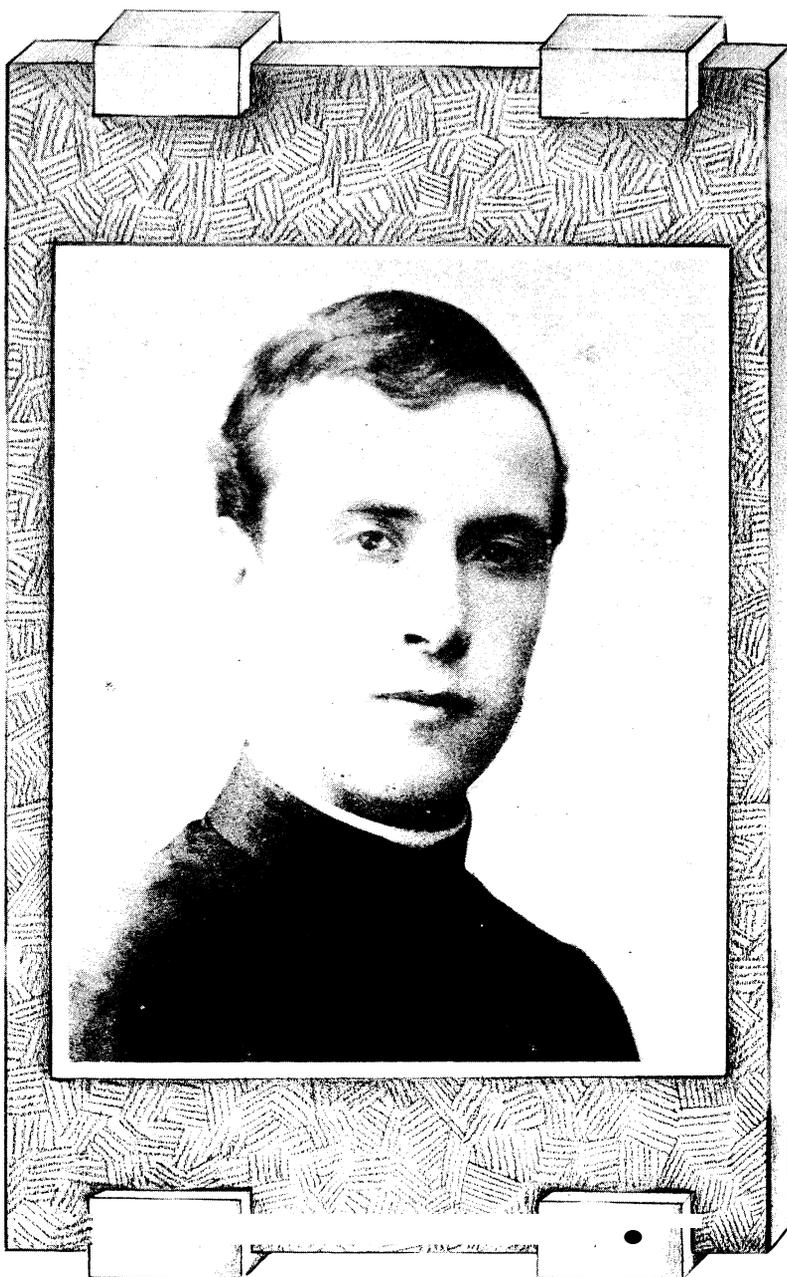
metros), Vallvidrera (366 metros) y Tibidabo (512 metros)—, se ladeaba hacia el llano barcelonés. En su conjunto, resultaba un terreno bastante accidentado, entre torrentes, minas y pozos de agua, barrancos y desniveles de consideración. Lo cual se puede comprobar hoy perfectamente en la misma propiedad de los salesianos.

La tierra era fértil, gracias sobre todo a la abundancia de agua. El clima, suave, y la atmósfera, limpia. Lo que desde antiguo dio a Sarria fama de ser el lugar más sano de todo el entorno barcelonés. Las clases pudientes acudieron allí en busca de paz y salud. Y levantaron sus villas y *torres* de veraneo. El fenómeno se acentuó desde mediados del siglo pasado. Sarria adquirió entonces una personalidad un tanto compleja, entre zona residencial de lujo y pueblo de labriegos y artesanos.

En 1886 contaba con unos cuatro mil habitantes.

CALLES, MASÍAS Y PALACIOS

La superficie habitada tenía su eje central en la calle Mayor —larga, bastante ancha, un tanto tortuosa— que descendía también de la montaña siguiendo el curso de la *Riera de Vallvidrera*. De ella, con el tiempo, fueron saliendo otras varias laterales que, al estirarse, trataban de alcanzar los núcleos de población más distantes. Esta arteria principal atravesaba, por arriba, la plaza —con la iglesia parroquial y algunas construcciones de tipo señorial, como las casas Margenat y Llança—, y, por abajo, a la altura de la actual Plaza Artos, conectaba con la carretera de Sarria a Barcelona.



Carlos M.ª Viglietti,
secretario de Don Bosco y cronista del viaje.

No es que los Salesianos, con su internado, estuvieran muy en contacto con la vida de la población, pero es cierto que los chicos que frecuentaban el oratorio festivo procedían de Sarria y de Les Corts.

Alrededor del núcleo más o menos urbanizado, estaba la población dispersa. En la masía se trabajaba en la agricultura —cereales, viñedos y hortalizas, sobre todo— y en la ganadería. Las parcelas no cultivadas se cubrían de algarrobos, olivos y árboles frutales. En la *torre* de veraneo se construían espacios de descanso y solaz. Nunca podían faltar los tres elementos esenciales: jardín, bosque y estanques con ingeniosos juegos de agua. Palmeras y magnolios, eucaliptos y moreras ostentaban la primacía como plantas ornamentales. En ocasiones, la masía hacía también de quinta de recreo. Cuando los negocios del dueño iban viento en popa, terminaba por transformarse en un palacete con amplias zonas para la distensión y el disfrute. En tales mansiones solía haber alguna capilla privada —como en *Can Ponsich*— e incluso pública, a modo de ermita —como en *Can Senillosa*—.

Hace cien años, Don Bosco conoció todo este entorno paisajístico y acudió a algunas familias para visitarlas y celebrar la Misa.

Además de las mencionadas, cabe recordar aquellas casas que la historia ha unido a los orígenes de la obra salesiana en Sarria.

Can Gironella, a mano derecha yendo a Sarria y señalada en algunos documentos con el número 6 de la carretera.

En 1887, pasó a ser la sede del Colegio de Santa Dorothea, de las Hijas de María Auxiliadora (Hoy, Paseo San Juan Bosco, n.º 24).

Can Maginet, que durante muchos años habitó la familia Fontcuberta, la cual, con el albaceazgo del Marqués de la Quadra, contribuyó a la fundación salesiana de Gerona (1891). Hoy no existe. Se hallaba situada en la actual Plaza Artos y Pasaje de Senillosa.

Can Pavana radicaba frente a Can Prats, a la otra parte de la repetida carretera de Sarria y muy cerquita de aquella, en el área que ocupa hoy la mencionada Plaza Artos. En marzo de 1884, la adquirió don Narciso Pascual, yerno de doña Dorotea, al objeto de atender mejor a los salesianos en sus primeros pasos por la nueva vida sarrianense. Desde entonces se la llamó también *Can Pascual*. En torno al año 1920, pasó a la familia DAulignac que la denominó *VilleProvence*. Fue derribada entre 1940 y 1941.

Can Artós, cuyo jefe, Delfín Artos y Mornau, es el primero que aparece en la lista de los donantes a Don Bosco de la cumbre del Tibidabo. Tampoco existe ya. Tenía la entrada por la actual calle de los Vergós, y ocupaba parte de las de Tradición y Cornet y Mas.

Las cuatro casas se encontraban bien cerca de la de los Salesianos.

Con todo, los primeros Cooperadores Salesianos no eran sólo de Sarria. Los había también en la ciudad de Barcelona. Algunos —como los Pascual y los Serra— vivían en la capital pero tenían allí su *torre*.

CONSERVADURISMO Y AUTONOMÍA

En Sarria no se cumplió un proceso de industrialización propiamente dicho. Ni la situación ni los medios de comunicación existentes lo permitían. En cambio, es-

tos hombres se distinguieron como excelentes agricultores y jardineros, y, sin que nadie sepa dar una razón convincente, como expertos operarios en todas las modalidades de la rama de la construcción. Las mujeres tuvieron éxito en las labores de encaje (En el segundo decenio de este siglo y en la calle Mañé y Flaquer número 25, funcionaba una prestigiosa *Escola-Taller de Puntaires*, en la que las Hijas de María Auxiliadora colaboraban de lleno).

En su comportamiento general, los habitantes de Sarria mostraban un talante pacífico y morigerado, propio de las familias trabajadoras de corte patriarcal. Sabían tratar bien a los forasteros y no ocultaban sus sentimientos religiosos, de acendrado espíritu cristiano. Las fiestas que celebraban —por San Miguel (29 de septiembre), San Vicente diácono y mártir (22 de enero), Santa Eulalia virgen y mártir (12 de febrero) y el primer domingo de octubre— solían estar animadísimas. Las comidas típicas, fuertes y abundantes, y las diversiones populares creaban un ambiente de alegría y jolgorio, que atraía tanto a propios como a extraños. Sarria era un pueblo feliz.

Desde el punto de vista político, en tiempos pasados, predominaba la tendencia tradicionalista, hasta con cierto colorido ultramontano. Alguna vez se ha llamado a Sarria la «pequeña Navarra» o el «Vic de Barcelona». Un hecho significativo: Juan Mañé y Flaquer (1823-1901), el conocido director del *Diario de Barcelona*, portavoz del conservadurismo barcelonés, vino durante muchos años a veranear a Sarria. Es de lamentar que hoy no se conozca el lugar exacto de su residencia.

El pueblo sarrianense mantuvo siempre despierto el sentido de la propia identidad histórica y defendió celo-

sámente su autonomía municipal. Lo rodeaban varios municipios del llano de Barcelona. De poniente a oriente: Sants, Les Corts de Sarria, Gracia, Vallvidrera, San Gervasio de Cassoles, Horta, San Martín de Provençáis y San Andrés de Palomar. A la altura del año 1880, eran todos independientes. En 1892, el de Vallvidrera quedó anexionado al de Sarria y, en 1897, fueron agregados todos al de Barcelona, a excepción de Horta, que lo fue en 1904, y de Sarria, que resistió hasta el 4 de noviembre de 1921. A partir de entonces sólo hubo una única administración municipal: la de la gran Barcelona.

LOS CONVENTOS

Por las circunstancias descritas hasta ahora, se comprende que aquel pueblecito de Sarria de la segunda mitad del siglo pasado atrajera a diversas congregaciones religiosas. Muchas de éstas estimaron que era un sitio muy a propósito para organizar la vida y desempeñar la propia misión. De esta manera, el *convento* pasó a ser un elemento característico de la morfología urbanística y social de Sarria.

A las congregaciones citadas cabe añadir algunas otras. Las monjas clarisas del Real Monasterio de Santa María de Pedralbes proceden del siglo XIV (Bajada del Monasterio, n? 16). Los Padres Capuchinos, establecidos en Sarria en el siglo XVIII y dispersados en el período desamortizador de los años 1835-1841, volvieron a un nuevo emplazamiento en 1891 (Cardenal Vives y Tutó, n? 2). Las benedictinas de San Pedro de las Puellas, de origen medieval, después de haber superado mil peripecias en Barcelona donde dieron el nombre a todo un

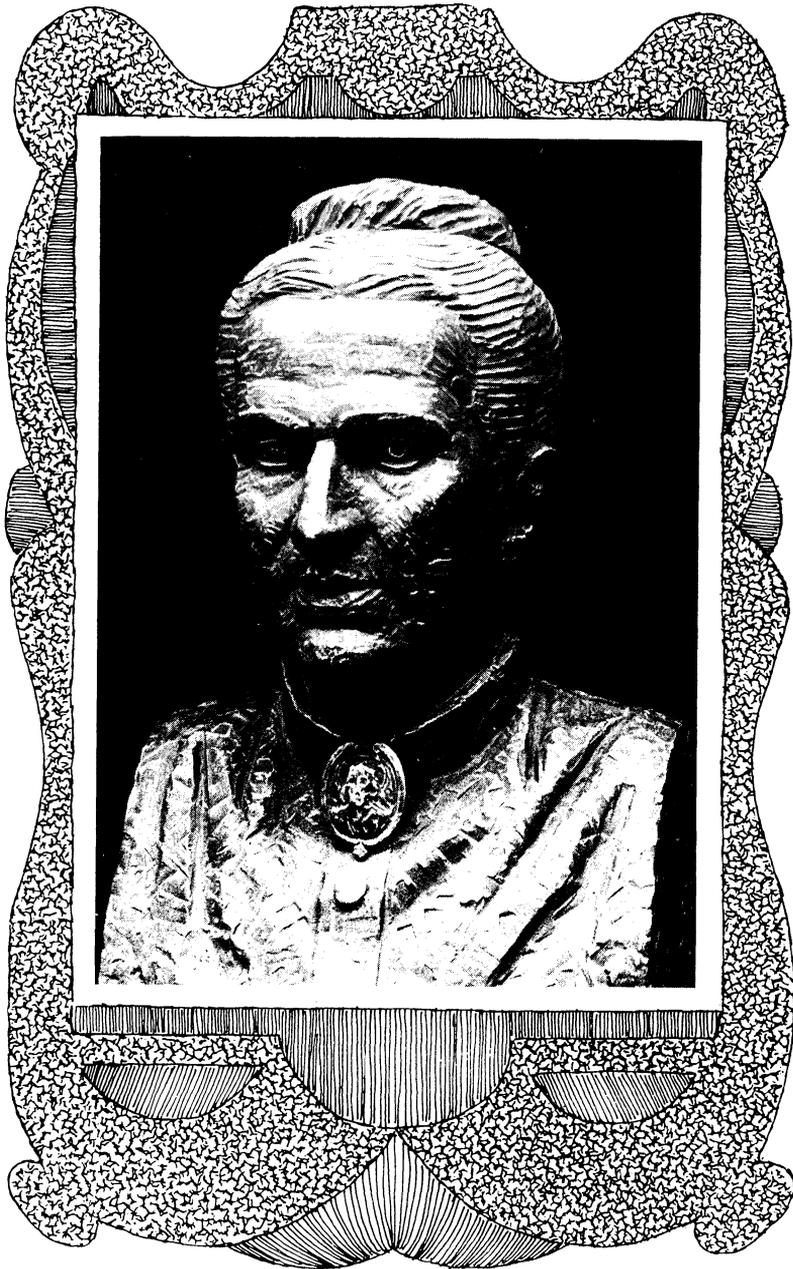
barrio, vinieron a parar finalmente a Sarria en 1879 (An-
glí, n.º 55). Las clarisas del Real Monasterio de Santa
Isabel ocuparon el solar de *Can Palacios* en 1880 (Ro-
caberti, n.º 12). Cuatro años más tarde llegaron, según
se verá, los Salesianos de San Juan Bosco (Plaza Artos,
n.º 3; Paseo San Juan Bosco, números 74 y 42). Y en
1887, las Hijas de María Auxiliadora entraron en Espa-
ña precisamente a través de su Casa-colegio de Sarria
(Paseo San Juan Bosco, n.º 24).

CARRETAS Y TRENES

Cuando, en el año de 1886, Don Bosco residió du-
rante unas semanas en Sarria, acudieron a visitarle gen-
tes de todos los municipios circunvecinos. Desplazarse
a Sarria desde los más inmediatos —Les Corts, Gracia,
Vallvidrera, San Gervasio— suponía una molestia rela-
tiva; pero trasladarse desde los más alejados —Sants,
Horta, San Martín, San Andrés— resultaba una empre-
sa de envergadura. Y, ¿desde Barcelona?

Las vías de comunicación más cómodas, seguras y
rápidas eran dos.

Una, la ya citada carretera de Sarria a Barcelona
—hoy, Avenida de Sarriá—. Arreglada desde mediados
de siglo y hermoseedada incluso con filas de árboles por
los lados, iba desde el cruce de las calles Aragón y Ari-
bau (en el Ensanche) hasta la entrada de la población
de Sarria —actual Plaza Artós—. La misma calle Ari-
bau enlazaba el punto de referencia con el portal de la
calle Tallers, en el cruce con la Ronda de San Antonio,
en el límite del casco antiguo. Tartanas y carruajes sa-
lían y entraban por aquí.



Venerable Dorotea Chopitea de Serra,
Cooperadora Salesiana y fundadora de los *Talleres Salesianos*, de Sarria.

Otro punto de partida y de llegada era la Puerta del Ángel —hoy con rango de avenida— y situada entre la antigua Plaza de Santa Ana —ya desaparecida— y la Plaza de Cataluña. Carros, carretelas y diligencias salían de este lado en dirección al mencionado portal de la calle Tallers y tomaban la línea obligada: calle Aribau arriba hasta el cruce con la de Aragón, para enfilear allí la carretera de Sarriá. El trayecto —siempre en vehículos de tracción animal— se cubría entre una hora y cuarto y una hora y media. En los *ómnibus* costaba un real por persona. Los pasajeros llegaban a término cansados y molidos de tantos golpes y tumbos.

La otra conexión se estableció por medio de la línea de tren Barcelona-Sarriá, inaugurada en la fiesta de San Juan de 1863. El punto de arranque estaba en la calle Pelayo, a la salida de la Rambla Canaletas. Todavía se mantiene en pie el edificio que, entonces, servía de estación y proyecta una estampa ochocentista sobre un extremo de la Plaza de Cataluña (n? 1).

El convoy, en vía doble protegida por vallas, subía por la calle Balmes y, al llegar a la calle de Rosellón, oblicuaba suavemente a la derecha para adentrarse en los términos municipales de Gracia y San Gervasio, y continuaba después hacia el pueblo de Sarriá siguiendo siempre el trazado que, más o menos, tiene actualmente la Vía Augusta.

Cuando Don Bosco llegó de Italia, sólo había dos estaciones —en los dos municipios que se han citado primero— y un apeadero —el de la calle Provenza— en el límite de la demarcación municipal de Barcelona. El trayecto a Sarriá —un poco más de cuatro kilómetros y medio— costaba, en tercera clase, 0,24 pesetas y se hacía en algo menos de una hora.

Éste fue el primer tren de *cercanías* que circuló en España. Durante el año viajaban en él más de dos millones de pasajeros. En 1908, se electrificó la línea férrea y se convirtió en subterránea en 1929, con ocasión de la Exposición Internacional de ese año (si bien esto no se consiguió del todo hasta los años cuarenta).

Don Bosco se sirvió de este tren el último día de su permanencia en Sarria, el 6 de mayo de 1886.

Se prepara el escenario

A comienzos de noviembre de 1883, se presentó en Barcelona el superior salesiano de Utrera. Venía a preparar todo lo necesario para la apertura de una casa en Sarria. Éstas eran las órdenes que había recibido.

EL CUARTEL GENERAL

Don Juan Branda se hospedó, durante un mes, en el palacio de doña Dorotea. Ya se había puesto en contacto con ella epistolarmente. Un año antes, al dar a la señora los primeros informes sobre las instituciones salesianas, había escrito: «Tenemos muchas peticiones para abrir casas en España. Pero mi Superior General, Don Bosco, me dijo que pronto me llamarían de Barcelona y que allí tendremos que levantar una de las mejores casas de beneficencia. ¿Será usted —se preguntaba y le preguntaba— la escogida por Dios para levantar esa obra? Yo le daría la enhorabuena» (carta desde Málaga, 4-X-1882).

El salesiano y la Viuda de Serra no se habían visto personalmente. Se conocieron ahora. El primero creyó siempre que doña Dorotea era una persona providencial,

en la cual se cumplía la *profecía* hecha por el Fundador ; la señora veía en él al hombre de confianza de Don Bosco. Entre ambos nació una estima mutua que no se apagó nunca, ni siquiera en los momentos más dolorosos. Los dos se pusieron a trabajar en la empresa común. La casa-palacio de la Gran Vía se convirtió en el cuartel general de operaciones.

Doña Dorotea adquirió para los Salesianos la Casa Prats, firmando la escritura correspondiente el día 30 de noviembre. Costó 59.000 pesetas en total. Los albañiles iniciaron los trabajos: había que transformar la masía para su nuevo destino y ampliarla con un cuerpo de edificio a propósito. Se preparó así el *nido* para cuando llegaran los Salesianos.

EN CONTACTO CON EL OBISPO

Al propio tiempo, hubo que atender a los aspectos de orden social: dando vida a un primer núcleo de Cooperadores Salesianos —todos ellos eran de la familia o del círculo de amistades de la señora, y residentes en Barcelona— y, sobre todo, interesando al Obispo en la empresa. Como en Sevilla, aquí también tenía que ser el Prelado quien solicitara oficialmente para su diócesis una presencia salesiana.

El doctor Cátala y Albosa (1883-1899) se asoció con gusto a la iniciativa. A sugerencia de don Juan Branda y de doña Dorotea, escribió a Don Bosco una carta muy ponderada. Le pedía la fundación de unos *Talleres Salesianos* en Barcelona, ya que ésta «es hoy una de las ciudades de mayor movimiento industrial de Europa». Fechada el 26 de noviembre, la carta salió del palacio

episcopal con destino a Turín. De esta forma, el Obispo asumía un cierto protagonismo desde los mismos orígenes.

A los pocos días —fecha del 3 de diciembre de 1883—, le contestaba Don Bosco. Animado «como si estuviera seguro de la voluntad de Dios» y contando con el apoyo del Prelado, prometía enviar personal suficiente para abrir la casa salesiana «en favor de la pobre niñez desvalida de Barcelona».

VIENEN LOS SALESIANOS

Después de todo este período de preparación, seis salesianos, con el Padre Branda al frente, se presentaron en Sarria el día 15 de febrero de 1884 o, más probablemente, el 16. No hay documentación sobre los detalles del viaje y la entrada en Can Prats. Todo se hizo en silencio, sin ruido. Tal vez, hubo alguna precipitación de última hora. Lo cierto es que, durante la primera semana, el Director hubo de ir todos los días a casa de doña Dorotea a pedir ayuda y poder cubrir así esas necesidades que a uno se le presentan cuando estrena piso.

Para ahorrarle tanta molestia, la señora decidió trasladarse por algún tiempo a su *torre* de Sarria para, desde allí, atender mejor a los salesianos —todos italianos— en sus primeros pasos en la nueva fundación. Con la fiesta de San José (19 de marzo), se dio por inaugurada la obra.

EL DESPERTAR DE UN DESEO

Pero el día anterior, había llegado a Sarria una noticia importante. Se la comunicó el propio don Juan Branda a doña Dorotea. Don Bosco se encontraba en Marsella y deseaba conocerla personalmente. ¿Podría trasladarse a aquella ciudad, no muy distante de Barcelona? La señora se sintió halagada y turbada, al mismo tiempo. Midió sus fuerzas, recordó las prescripciones de los médicos... y contestó que estaría dispuesta a acercarse a Perpignan, a condición de que Don Bosco acudiese allí desde Marsella.

Cuando sus familiares se enteraron del proyecto, estuvieron en total desacuerdo. El viaje les parecía un despropósito, tanto desde el punto de vista de su salud —68 años—, como desde el de los intereses de la institución que se inauguraba. Para el bien general de la misma y satisfacción de *todos*, Don Bosco tenía que hacer lo posible y lo imposible para venir a Barcelona. Si podía llegarse hasta Marsella, ¿por qué no a la capital catalana?

En medio del entusiasmo que les producía la fiesta de San José con el inicio oficial de la obra, Salesianos y Cooperadores se propusieron este objetivo: traer a San Juan Bosco a Sarria. En consecuencia, ese mismo día se expedían sendas cartas a Don Bosco, a su secretario y a don Juan Cagliero con una invitación explícita y apremiante. Los niños acogidos en los *Talleres* —unos veinte, por aquellas fechas— se adherían a la iniciativa. «También los chicos de aquí —escribía el Director al Superior General— tienen derecho a conocerle, como padre suyo que es» (carta del 19-III-1884).

Mientras el Fundador se encontraba en tierras de Francia, los salesianos de Sarria creyeron en la posi-

bilidad de un viaje suyo a Barcelona. Pero cuando vieron que cruzaba la frontera para volverse a Italia, perdieron aquella tenue esperanza. Por el momento, había que dar tiempo al tiempo... Y se pusieron a trabajar con denuedo.

Les animó mucho el gesto, tan significativo, del yerno de doña Dorotea, don Narciso Pascual de Bofarull, al adquirir para su familia Can Pavana, la cual, como se ha explicado (ver pág. 43), estaba situada a la otra parte de la carretera, a pocos metros de Can Prats. «¡Qué alegría para nosotros! Ya no nos faltará la sal», comentaba, contento, el Director (carta a don Juan Cagliero, 25-III-1884).

Durante el bienio 1884-1886 —tiempo de espera y de esperanza— la institución salesiana fue creciendo, tanto en el aspecto material y de organización interna, como en el propagandístico, de cara al exterior.

LA OBRA MATERIAL

Las construcciones avanzaron en dos etapas diferentes.

Primera etapa: años 1883-1884

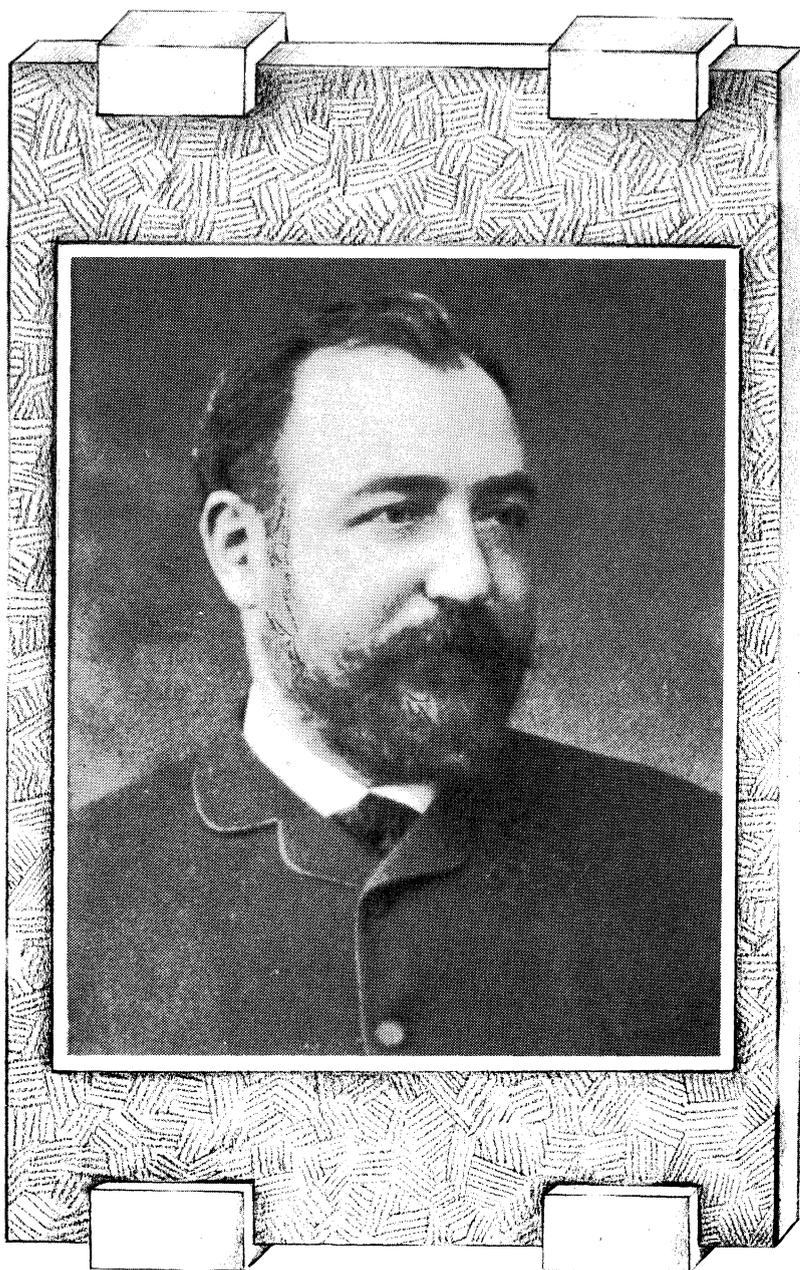
En esta fase, según lo ya apuntado, se hizo cuanto sigue.

1.º Se reestructuró el edificio existente, es decir, la primitiva Casa Prats. En los bajos: vestíbulo, varias salas, comedores, cocina y fregadero, despensa y almacenes. En el primer piso: habitaciones (con despacho y alcobá) y aulas, que harían también de *talleres*. En el segun-

do piso: dormitorios. La «casita», como acostumbraba llamarla el Director, medía en el exterior 18,50 m de largo, 13,70 m de ancho y 11 m de alto. En cada piso, por tanto, había un espacio disponible de unos 253 m². La escalera era exterior y estaba, mirando a la fachada, en el extremo derecho. En el izquierdo había un patio pequeño para el carro y la tartana. Aquí comenzaron a vivir y a trabajar los siete primeros salesianos con sus veinte niños acogidos en los *Talleres* (1884).

2? A este cuerpo de edificio se añadió, por el lado de la escalera, otro de nueva planta. Se trata de la «primera ampliación». El pabellón tenía de luz interna unos 20 m de largo, 12,20 m de ancho y 11 m de alto. En la planta baja, por el lado sur, estaba la capilla (20 x 6,40 m) con el presbiterio (4 x 2,50 m), sumando en total 138 metros cuadrados; la altura media sería de unos 5 m. Por el lado norte, nuevo comedor (20 x 5,40 m) con una extensión de 108 m². En la planta superior, toda o casi toda la superficie la ocupaba un nuevo dormitorio (20 x 12,20 m), con 244 m². Este edificio (sentido oeste-este) quedó concluido antes de acabar el año 1884. De modo que el curso 1884-1885 —el primero que se impartía por completo en los *Talleres*— pudo desarrollarse con cierta holgura. Delante de estos edificios unidos entre sí, había un patio, que era bastante amplio, ya que la carretera de Sarria era más estrecha que el actual Paseo de San Juan Bosco.

Una vez atendidas las necesidades de cobijo y de albergue (comedores, dormitorios) y las espirituales (capilla), se tuvo que pensar en instalar mejor las aulas y los talleres, porque la demanda de puestos para nuevos alumnos era incesante.



Don Luis Martí-Codolar Gelabert,
amigo de Don Bosco y Cooperador Salesiano.

Segunda etapa: años 1885-1886

Se prolongó el pabellón anteriormente mencionado hasta la mitad del patio del actual Colegio del Santo Ángel, hasta la pilastra donde estuvo, durante mucho tiempo, la hornacina de San José (hoy se ve un azulejo que representa a Santo Domingo Savio).

En la planta baja, la zona porticada que da al patio tenía un espacio útil de 21 x 4,40 m, con una superficie total de 92,40 m²; y la zona cerrada, 21 x 5,50 m, con 115,50 m² de extensión. Aquí se instalaron las cuatro nuevas salas para los *talleres*: los de sastrería, encuadernación y carpintería ya funcionaban desde 1884; ahora se añadieron el de escultura —como sector especializado de la carpintería— y el de zapatería. Las salas estaban dispuestas a comienzos de febrero de 1886. En la planta superior, sobre el pórtico, se construyó la galería y, sobre los *talleres*, se instalaron aulas escolares.

En esto consistió lo que podría llamarse «segunda ampliación». Una nueva escalera, que arrancaba del patio —entonces no del todo adecentado—, comunicaba los dos edificios de construcción más reciente.

Así encontró San Juan Bosco, en la primavera de 1886, la parte edificada de la fundación de Sarria y la convirtió en el escenario principal de su presencia y actuación. Con ello, esta parte de la casa adquirió un significado nuevo para la historia.

EL ESCENARIO

Efectivamente, durante aquellas semanas de abril-mayo, Don Bosco:

1 ? Tuvo su vivienda en Can Prats. En la planta baja se habilitó el comedor para esta circunstancia. En el piso principal, según los recuerdos que nos han dejado los testigos de los primeros tiempos, los locales estaban dispuestos como sigue: subiendo por la escalera lateral y entrando por la puerta noble, se hallaba el corredor; avanzando hacia el fondo del mismo:

— *a mano izquierda*, se encontraban sucesivamente la habitación (despacho y alcoba) del director don Juan Branda, la antesala-recibidor para las visitas y la habitación que ocupaba Don Bosco, con despacho por la parte del balcón y dos celdas al lado opuesto, para él y su secretario,

— *a mano derecha del pasillo*, se hallaban el aula escolar que emplearon los internos, en 1885, para enviar a Don Bosco un pequeño dibujo que representaba una locomotora con la inscripción «De Turín a Barcelona», la habitación que ocupó el entonces Vicario General de los Salesianos, hoy Beato Miguel Rúa, y el despacho que fue del famoso Padre Antonio Aime: primero, administrador de la casa (a partir de 1885) y fundador, después, de la obra salesiana en la ciudad de Barcelona (Colegio de San José, de la calle Rocafort).

Desde el balcón del despacho y desde el de la antesala-recibidor solía bendecir Don Bosco a la gente que, para verle, se apiñaba en el patio o en la carretera cercana.

Hoy en día, Can Prats es la sede de la Curia Provincial de los Salesianos de la Inspectoría de Nuestra Se-

ñora de la Merced. La parte aquí descrita se conserva sustancialmente bien y en pleno funcionamiento, aunque la reestructuración llevada a cabo en 1975 suprimió la escalera que antes unía el primero y segundo edificios. Algunas dependencias son perfectamente identificables (ver páginas 88-92).

Por todos estos detalles, la historia y el corazón de los Salesianos le han dado a Can Prats el título de «Casa de Don Bosco».

2? En sus días barceloneses, éste frecuentaba la capilla que, según se ha explicado, había sido construida en la «primera ampliación» de los años 1883-1884. En el verano de este último año ya quedó pintada y arreglada. Era bonita y recogida. Estaba dedicada a María Auxiliadora. Como capilla autorizada para el culto privado o semipúblico, fue la primera que en España levantaron los Salesianos a la Virgen bajo esta advocación. Se llamaba «Capilla de los *Talleres Salesianos*» y fue el centro espiritual del primitivo salesianismo barcelonés.

Aquí celebraban, de ordinario, la Misa tanto el santo Fundador como su Vicario. Asimismo, el actual siervo de Dios don Felipe Rinaldi, segundo director de la institución, ejerció su ministerio sacerdotal en esta iglesia durante el trienio 1889-1892. Por último, en ella comenzaron a conocer y a amar a María Auxiliadora la Venerable doña Dorotea y todos los Cooperadores de la primera hora.

De todas maneras, aquella capilla había nacido con cierto carácter de provisionalidad. De la misma no se conserva ni siquiera una fotografía que pueda satisfacer la legítima curiosidad de los Salesianos. En 1892, fue sustituida, en otro lugar, por una iglesia más grande y her-

mosa, que durante mucho tiempo se llamó «iglesia interna».

3º Encima de la primera capilla, en la planta inmediatamente superior, había, según se ha dicho, un dormitorio grande, el cual se hizo famoso por un hecho ocurrido allí un par de meses antes de la venida de San Juan Bosco o, como prefieren significar algunos, a raíz de un primer viaje —totalmente misterioso— del Santo.

Existen varias relaciones sobre el particular. No coinciden en los detalles. Sustancialmente, las cosas ocurrieron como sigue.

En la noche del 28 al 29 o, tal vez, del 29 al 30 de enero de 1886, don Juan Branda, estando ya acostado, oyó una voz que le llamaba por su nombre. Le pareció la voz de Don Bosco. Pero pensó para sí: no puede ser Don Bosco, porque está en Turín. Dio media vuelta y siguió durmiendo. Luego ya no se acordó más. Pero, a las pocas fechas, uno de los primeros días de febrero, volvió a oír la misma voz: «¡Don Branda!» Esta vez, el tono era más fuerte. «Ahora no te duermas. Levántate». La alcoba se llenó de luz. Él se levantó y se encontró delante de Don Bosco. Desconcertado, le saludó. Entonces éste le hizo señas de que le siguiera. Branda obedeció. Salieron ambos de la habitación donde estaba la alcoba, cruzaron el pasillo, subieron por la escalera y entraron en el dormitorio. Dieron una vuelta por el recinto. Entonces Don Bosco señaló a dos muchachos y a un maestro que, por su mala conducta, tenían que ser expulsados del colegio.

Terminada la visita, hicieron el recorrido en sentido inverso. Una vez en la habitación de partida, Don Bosco desapareció. El superior se encontró en plena oscuri-

dad. A tientas, dio con la mesa del escritorio, sacó del cajón las cerillas y encendió la luz. Eran las dos y media de la madrugada. Aturdido, sin acertar a explicarse lo que le había ocurrido, bajó a la capilla y se puso a rezar. Así y todo, le faltaba coraje para hacer cuanto se le había ordenado.

A los tres o cuatro días —tal vez, el 6 de febrero, fiesta de Santa Dorotea— se fue a casa de la Viuda de Serra para celebrar la Misa en el oratorio privado de la familia. Al comenzar a decirla, oyó una voz interior: «Si no cumples todo lo que se te ha mandado, ésta será para ti la última Misa que celebres». Lleno de angustia, terminó como pudo el acto litúrgico. No tenía ganas de comer. Excusó su ausencia en el comedor para el desayuno y salió inmediatamente. Todavía tuvo tiempo para decir a la señora: «Se me ha aparecido Don Bosco». —«A mí también», oyó que le respondía doña Dorotea.

Una vez en Sarria, indagó cuidadosamente, con la ayuda de don Antonio Aime, acerca de la conducta de las personas implicadas. Resultaron ser culpables. En consecuencia, los dos muchachos fueron expulsados a los pocos días; el maestro, algunos meses después. Aún viven entre nosotros quienes llegaron a conocer a alguno de ellos.

Mientras tanto, el Director recibió una carta del Vicario General, el ya mencionado don Miguel Rúa, en la cual, entre otras cosas, le escribía: «Ayer, paseando con Don Bosco por los pórticos de nuestra casa de Turín que dan al refectorio, nos habló de una visita que te ha hecho en Barcelona. Pero quizás tú estabas durmiendo en aquel momento». Los salesianos que leyeron la misiva quedaron convencidos de la realidad de la aparición de

Don Bosco. Efectivamente, estando en Turín, se le había visto, a un mismo tiempo, en Sarria.

Éste es el *milagro de la bilocación* de Don Bosco en la joven institución sarrianense. Un caso realmente extraordinario en toda la biografía del Santo. A lo largo de los años, don Juan Branda lo explicó en múltiples ocasiones, tanto en privado como en público, tanto de palabra como por escrito. Y lo atestiguó bajo juramento en el proceso de beatificación y canonización de San Juan Bosco.

El acontecimiento demuestra que no todo funcionaba bien en aquella incipiente obra de Sarria. Deja también entrever una idea muy generalizada en la mentalidad de los salesianos de los primeros tiempos: que Don Bosco, dotado de luces carismáticas, seguía, aun estando ausente corporalmente, el desarrollo de cada una de las casas, sobre todo en los aspectos más íntimos, como los referentes a la vida moral y a la aplicación del sistema educativo salesiano.

Este dormitorio —llamado de la *bilocación*— tuvo después diversos destinos. Hoy no existe. Porque todas las dependencias pertenecientes al pabelloncito construido en los años 1883-1884 fueron derribadas, en 1952, para poder construir el actual salón de actos. Tan sólo atestiguan su existencia algún que otro fragmento de cornisa y de friso decorativo de ventana, que pueden observarse en la estrecha franja de edificación que une la Casa de Don Bosco con el mencionado pabellón del teatro.

4? Don Bosco utilizó también el edificio levantado en la segunda etapa (1885-1886) y que, según se ha dicho (ver pág. 58), quedó concluido poco antes de su lle-

gada. Se sirvió ciertamente de la galería y también del pequeño salón de actos que, probablemente, debía de ubicarse en esta parte (tal vez se trataba de un aula habilitada a este efecto).

LA LABOR DE PROPAGANDA

Durante el bienio que aquí se considera, 1884-1886, juntamente con el progreso material, se dio también una primera difusión del nombre salesiano. Sólo así se entiende el carácter *triumfal* que revistió la presencia de Don Bosco en Barcelona. Basta señalar algunos datos.

En primer lugar, durante los meses de verano-otoño de 1884, apareció en esta ciudad el librito de Monseñor Marcelo Spínola y Maestre, titulado *Don Bosco y su Obra* y editado por la Librería y Tipografía Católica de la calle del Pino. Hasta entonces, no se había publicado nada semejante en España. El autor era un joven prelado andaluz, al que recientemente la Iglesia ha declarado *Venerable* (1983). El folleto, con ciento dos páginas de texto, venía a ser una exposición muy original, concebida en parte como biografía y en parte como ensayo. Después de haber analizado la personalidad del Fundador y evaluado el carácter de sus instituciones, don Marcelo concluye diciendo que los frutos que están dando las mismas no pueden ser producto del maligno, sino del Espíritu de Dios. La Obra Salesiana es un árbol bueno, y ha sido implantado para «satisfacer —precisa el autor— necesidades apremiantes de nuestra época desde el punto de vista religioso y desde el punto de vista social». En definitiva, hay que reconocer que «el dedo



Doña Consuelo Pascual de Bofarull,
esposa de Luis Martí-Codolar y Cooperadora Salesiana.

de Dios está aquí» (*Don Bosco y su Obra*, pág. 102). A Don Bosco le gustaron tanto estas páginas, que llegó a insinuar a los suyos que las tradujeran al italiano para su mayor difusión.

No es cierto que los periódicos barceloneses hablaran del Fundador de los Salesianos preparando su viaje a la capital catalana. Pero sí lo es que esa obrita escrita por Monseñor Spínola contribuyó, en gran medida, a dar a conocer el carisma salesiano. Cuando Don Bosco se presente en Barcelona, articulistas y oradores se inspirarán directamente en ella. No resulta fácil, en la actualidad, dar con la misma; pero, en cualquier caso, representa para los salesianos españoles una verdadera joya de su historia.

En segundo lugar, se fueron formando aquellas fuerzas del laicado católico que, en su día, apoyarían decisivamente la presencia de San Juan Bosco en Barcelona.

Así, por ejemplo, en junio de 1884, la Asociación de Católicos —integrada por elementos procedentes de la nobleza, la burguesía y la menestralía bien acomodada— para testimoniar su admiración y afecto, lo nombró socio de honor y él correspondió agradeciendo el diploma y animando a sus miembros a trabajar especialmente en bien de la juventud trabajadora.

Por su parte, doña Dorotea no se dormía en el empeño de poner a su familia y amistades en relación con Don Bosco. En ese mismo mes de junio, su yerno, don Narciso, se trasladó a Turín para visitarle personalmente. «Cuánto hubiera deseado poder acompañarle en ese viaje —escribía la señora—. Le he envidiado mucho» (carta a Juan Cagliero, 22-VI-1884). Y, durante el año 1885, la Superiora del Colegio del Sagrado Corazón, de

Sarria, escribió a Turín cuatro veces pidiendo a Don Bosco que le obtuviera de la Virgen diversas gracias. «Las consiguió todas» —comenta el cronista—.

De esta manera, el entorno familiar de doña Doro-tea y su círculo de amistades —que eran muy cualificadas en la ciudad— se fueron abriendo espontáneamente al *hecho salesiano*.

Viajero infatigable

Durante los quince últimos años de su vida, Don Bosco viajó mucho. No sólo a Roma, sino también a otros lugares, dentro y fuera de Italia. El viaje a España de 1886 se inscribe en la serie de los que efectuaba a Francia desde el año 1875.

OBJETIVOS

¿Por qué viajaba tanto Don Bosco? La pregunta tiene su importancia, porque estos desplazamientos permiten descubrir uno de los aspectos más significativos de su personalidad y de su talla de fundador.

Los objetivos principales eran los que siguen.

1º Atender a la fundación y seguimiento de las nuevas obras

Eran años de gran expansión, tanto para los Salesianos como para las Hijas de María Auxiliadora. Las peticiones llovían por doquier. Pero no bastaba implantar nuevos centros, sino que había que consolidarlos y ampliarlos convenientemente.

2? Asegurar la unidad de la Congregación

Esta tarea resultaba particularmente importante en tiempos de un intenso crecimiento. Dicha unidad debía fundamentarse en la vivencia de unos mismos ideales espirituales y pedagógicos.

3? Fomentar y organizar la Cooperación Salesiana

Esta cooperación podía proceder de todas las clases sociales, pero, como es natural, de las más capacitadas, por disponer de mayores recursos de dinero y tiempo. El talante popular y la eficacia benéfico-social de la Obra Salesiana convencía a un amplio sector de la burguesía católica, tanto en Italia, como en Francia, España y otras partes.

4? Promover la propaganda vocacional y misionera

El entusiasmo que solía provocar, por doquier, la presencia de San Juan Bosco parecía un elemento muy favorable para mostrar lo que era la vida salesiana y su acción misionera, y, en consecuencia, suscitar candidatos para las mismas. Algunos viajes de Don Bosco estuvieron motivados por su deseo de acompañar a los misioneros hasta el puerto donde debían hacerse a la mar.

5? Procurar la base económica imprescindible

El movimiento salesiano aparecía a los ojos de todos como una gran operación de beneficencia a escala mundial —en Europa y en las misiones de Hispanoamérica—. Por tanto, debía apoyarse en una base económica suficientemente sólida. Salesianos e Hijas de María Auxi-



Joaquín Pascual y Martí-Codolar,
familiarmente *Kimm*, autor de la fotografía de Don Bosco
en la finca Martí-Codolar.

liadora no vivían de rentas —que no existían—, sino de la beneficencia pública o privada. En consecuencia, se avenían a tener que mendigar para hacerse así limosneros de los pobres.

Los fondos que se obtenían de las colectas se distribuían entre aquellas casas que, por ser incipientes, estaban en permanente situación deficitaria; o bien, se aplicaban a iniciativas concretas como, por ejemplo, a la construcción en Roma de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús o al mantenimiento de los centros misioneros de América.

6? Alentar el espíritu de familia

Era una cuestión de fondo. Porque, a pesar de las distancias, había que seguir infundiendo el sentido y la vivencia de familia en aquel cuerpo, siempre creciente, de la Congregación Salesiana. Y esta tarea le tocaba muy personalmente al Fundador como tal. Don Bosco era consciente de ello. El impulso de su corazón de padre y hermano mayor acababa por imponerse. Por eso, se convirtió en un viajero infatigable.

Tales son las instancias que animaban y condicionaban, a un mismo tiempo, los desplazamientos de Don Bosco fuera de Italia. Las conocía él y las conocían todos. Concretamente, todos comprendían que aquel hombre venía en nombre de Dios a buscar dinero para sus pobres.

Si Don Bosco tenía razones más que suficientes para emprender estos viajes, carecía en cambio de salud. Los momentos de bienestar eran más bien escasos. Pero, por poco que se lo permitieran los médicos, él aguantaba pa-

cientemente y hasta con humor las infinitas molestias que los traslados y el acoso de las gentes producían en su salud maltrecha y gastada. El que quiera conocer a fondo al Fundador de los Salesianos encontrará aquí un criterio muy válido y seguro.

LAS JORNADAS

¿Cómo solía ser la jornada de Don Bosco, en estas ocasiones? Fundamentalmente se abría en cuatro direcciones: audiencias, visitas, actos públicos y encuentros de carácter doméstico.

1. Las audiencias

Todas las fuentes históricas coinciden en este punto: la gente quería ver a Don Bosco, hablarle, escucharle, besar su mano, recibir una palabra de aliento, una mirada. Unas veces se presentaba ordenadamente, por familias o pequeños grupos; otras, en forma masiva y descontrolada. En este caso, no bastaban unas cuantas habitaciones; había que servirse de la sala de actos y de los patios. La capilla o la iglesia era siempre un lugar privilegiado. Participar en la eucaristía presidida por Don Bosco, rezar con él, confesarse con él... eran cosas que sus devotos apreciaban en alto grado. Otro tanto se ha de decir con respecto al refectorio: el día en que uno podía compartir con él la humilde mesa de los salesianos lo consideraba como algo memorable.

Todas las clases sociales acudían a saludar a Don Bosco y tenían libre acceso a él, sin discriminación alguna, en audiencias privadas o públicas.

Pero, ¿por qué todo este entusiasmo?

La fuerza principal de atracción radicaba en la personalidad del Fundador, en su santidad y, muy concretamente, en la fama de sus *milagros*. Esto hacía que las gentes se acercaran a él a pedirle favores —curaciones de alma y cuerpo— o a darle las gracias por los favores obtenidos y que ellas atribuían a sus oraciones ante la Virgen Auxiliadora. En este punto, los aristócratas y los burgueses no se diferenciaban de los proletarios. La enfermedad y la desgracia llaman también a sus puertas. Por eso, acudían a Don Bosco para pedir una bendición.

Éste, cargado ya de años y achaques, se esforzaba pacientemente por atender a todos, animando, bendiciendo, prometiendo y, en ocasiones, realizando gestos que los presentes interpretaban como milagros.

El resultado solía ser totalmente positivo. Según los testigos, la gente salía de aquellas audiencias más aliviada y confortada, feliz por haber podido conocer a un santo. Y se complacía en recordar sus palabras, en conservar las medallas recibidas de su mano, en venerar los lugares y los objetos *santificados* con su presencia... Y, si podían, volvían a la casa de Don Bosco para saludarle de nuevo, ofrecer un donativo, reiterar una petición, encomendar otros enfermos.

Todo esto suscitaba la suspicacia y las críticas de quienes militaban en el bando contrario.

2. Las visitas

Junto a las audiencias, las visitas. Otro elemento importante en el desarrollo de las jornadas de Don Bosco, cuando se hallaba fuera de Turín.

¿Con qué criterios se planificaban?

Dentro de las posibilidades que ofrecían las circunstancias y su estado de salud lo permitía, se procuraba atender a las exigencias del deber, la caridad, la cortesía, la devoción y, en fin, la distensión necesaria. Las autoridades diocesanas, los cooperadores y bienhechores, las comunidades religiosas y las corporaciones católicas, los enfermos, gozaban de sus preferencias. Unas visitas eran breves, de paso; otras se hacían más detenidamente, incluyendo, a veces, la celebración de la Misa o la comida familiar.

Las invitaciones venían de particulares o de entidades. En este último caso, la presencia de Don Bosco tomaba fácilmente aires de solemnidad, con vestidos de etiqueta, discursos, música y colecta en favor del homenajeado. En las iglesias y capillas, el tono era de una profunda expectación religiosa.

Pero aun para los particulares, el día de la visita de Don Bosco resultaba una gran fiesta. Se le rodeaba de afecto y atenciones, se le hacían obsequios y donativos y, al marcharse, no faltaba quien recogiera como reliquias los objetos y utensilios usados por él. Los lugares adonde acudía el Santo se convertían, casi siempre, en sitios de audiencia y de encuentros de carácter privado. En ocasiones, algunas personas y entidades se sintieron en la obligación de devolverle la visita en su residencia de Turín.

3. Actos públicos

La permanencia de Don Bosco en una ciudad se aprovechaba para organizar la *conferencia salesiana* reglamentaria, que automáticamente ganaba en relevancia y en asistencia del público. Representaba uno de los mo-

mentos fuertes en la vida de las asociaciones locales de Cooperadores. Para ello, solía escogerse una iglesia céntrica de la ciudad y suficientemente amplia. Si podía, hablaba el mismo Don Bosco; de lo contrario, la conferencia la daba algún orador de prestigio. El contenido de la misma se centraba en los temas de la religión, la caridad social, las misiones, el pontificado, la propaganda católica y salesiana. Entre los diversos puntos del programa, no podía faltar la colecta en favor de las obras benéficas de Don Bosco.

4. Encuentros domésticos

Parecerá una exageración, pero era así: apenas había tiempo y sosiego para la intimidad. En los viajes que, en los últimos años de su vida, efectúa Don Bosco por tierras de Liguria, sur de Francia, o para llegar a París o a Barcelona, se le ve literalmente arrebatado por las gentes, como si ya no se perteneciera a sí mismo ni a los suyos, convertido en patrimonio común de todo el pueblo católico. Sin duda, en esto había sus más y sus menos. Pero, hablando en general, cabe decir que en sus viajes lo *público* prevalecía sobre lo *privado*.

Con todo, Don Bosco se trasladaba de una parte a otra para conocer de cerca el funcionamiento exacto de sus instituciones, resolver los problemas existentes y, en particular, planificar el futuro. Para ello, hablaba con los salesianos, se entretenía algunos ratos con los muchachos del colegio, se ponía en contacto personal con los Cooperadores de la localidad, etc. Y, al marcharse, dejaba unas orientaciones concretas de actuación.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS

Aunque ya han quedado insinuadas, cabe delinear mejor el conjunto.

— Las multitudes en torno a Don Bosco constituían la característica principal. Desde luego, en Barcelona fue de hecho la más sobresaliente. Durante aquellos días de abril-mayo de 1886, en la casa salesiana de Sarriá todo se encontraba lleno: la capilla, los aposentos que se habían preparado al efecto, el salón de actos, los patios, hasta la carretera adyacente. Se estuvo al borde del desorden y de la confusión. Aun así, muchos tenían que marcharse sin haber podido acercarse a Don Bosco. Esto confería a la visita toda una aureola de popularidad y calor humano.

— Pero no estaban ausentes las clases elevadas, cuya cercanía y trato frecuente con Don Bosco ponían una nota de distinción y elegancia social. Eran propietarios, hombres de negocios, profesionales de alta cualificación. Todos ellos formaban parte de esa burguesía católica que, a pesar de todas sus limitaciones, consiguió alentar durante el siglo pasado muchas iniciativas de signo religioso y social. Familias como las de Serra, Pascual, Martí-Codolar, Fontcuberta... demostraron, de mil maneras, su profundo espíritu cristiano. Los títulos nobiliarios que pudieran ostentar —barones, condes y vizcondes, marqueses, duques— eran con frecuencia de concesión pontificia. Al menos, en Barcelona.

A pesar de ello, no es que todos los cooperadores y bienhechores de los primeros tiempos fueran ricos, ni mucho menos. Los había de todos los estamentos socia-

les. Dentro del contexto histórico que le tocó vivir, Don Bosco fue capaz de aunar las fuerzas de unos y otros al servicio de una empresa común: la regeneración de la juventud. Es un mérito sencillamente suyo.

— Este cuadro quedaría incompleto si no se pone de relieve la presencia femenina. Porque la mujer estaba ahí, en los caminos y lugares que recorría Don Bosco. Y estaba para ayudarle con sus aportaciones económicas y su colaboración personal, individualmente o en grupo. El Fundador se preocupó de organizar y fomentar estas juntas o comisiones de señoras, a las cuales instruía y enfervorizaba en los ideales salesianos.

— La permanencia de Don Bosco en una casa salesiana era motivo de gran alegría para sus moradores. Como se lee en el Evangelio, mientras la persona amada se encuentra en casa, no se puede estar ayunando y con tristeza (cfr Lc 5,34). Esto ocurría precisamente en las comunidades salesianas, lejos de Turín. Ante la presencia de Don Bosco, todos los de la casa entraban en clima de fiesta. Festejaban al huésped, a sus amigos y admiradores, y éstos correspondían obsequiándoles. En todo ello, la banda de música jugaba un papel importante. El día de la partida de Don Bosco se convertía, en cambio, en una jornada de desolación...

BALANCE

El resultado global de los viajes solía ser muy positivo, porque, con la ayuda de cooperadores y bienhechores, contribuían eficazmente a la consecución de los

objetivos propuestos. Por lo demás, la prensa católica de cada localidad visitada hacía resonar el nombre salesiano en otras latitudes. Sin duda, la que salía siempre malparada era la salud, cada vez más débil, del propio Don Bosco.

El viaje de San Juan Bosco a España y su permanencia en Barcelona, en la primavera de 1886, se desarrollaron dentro de las coordenadas generales aquí descritas.

«Tenemos aquí, entre nosotros, a un santo»

Desde marzo de 1884, los salesianos de Sarria mantuvieron vivos el deseo y la esperanza de tener algún día a Don Bosco en casa. Hasta que, por fin, pudieron ver colmadas sus aspiraciones.

LOS MOTIVOS PRÓXIMOS

En agosto de 1885, el Fundador daba a entender que ya tenía esbozado el proyecto de trasladarse a Barcelona. «Si lo permiten los asuntos públicos —escribía al Superior de Sarriá—, nos veremos y trataremos de nuestros problemas, que no son pocos» (carta del día 10). Efectivamente, el paso del tiempo hacía necesaria, o al menos muy conveniente, su presencia física en la Ciudad Condal.

En primer lugar, la casa de Sarria, aunque en constante crecimiento, no se veía libre de dificultades internas, consistentes, sobre todo, en la falta de personal cualificado. En segundo lugar, ya antes de que los Salesianos se establecieran definitivamente en Sarria, habían comenzado a llover ofertas de nuevas fundaciones. Procedían de Montalegre (Barcelona), de Rialb (Lérida), de Pamplona, de Madrid. La de la capital del reino se formuló

en términos perentorios, precisamente, durante el verano de 1885, y requería una respuesta autorizada. En tercer lugar, desde 1884, doña Dorotea no cesaba de proponer una fundación de las Hijas de María Auxiliadora cerca de los *Talleres*, que también quería ver atendida.

Por tanto, el Fundador tenía que llegarse a España, analizar los problemas sobre el terreno y lanzar hacia el futuro la obra iniciada. Era, prácticamente, indispensable.

Tales fueron los motivos próximos. Los remotos quedan ya expuestos anteriormente (ver páginas 64-67). Por encima de todos ellos, pesaban las razones del corazón. Don Bosco y la naciente Familia Salesiana de España se necesitaban mutuamente.

UN OBSTÁCULO PELIGROSO

Había surgido, sin embargo, un obstáculo peligroso: la epidemia de cólera, que, procedente de Francia, se había extendido a toda la península durante los meses del verano de 1885. Entre julio y diciembre, fallecieron en Barcelona 1.318 personas. Don Bosco creía poder conjurar el peligro con medios sobrenaturales, tales como la devoción a María Auxiliadora (invocándola y llevando al cuello su medalla) y la práctica frecuente de los sacramentos de la Iglesia. «Tú, por tu parte —recomendaba al Director de Sarriá— recibe a los niños que quedan huérfanos a causa del cólera, hasta que en tu casa no haya más sitios libres» (carta del 10 de agosto).

Por fortuna, Sarria se vio libre de este azote y, antes de terminar el año, en Barcelona se daba por vencida la epidemia. Un riesgo menos para el viaje de Don Bosco.



Doctor Jaime Catala y Albosa,
obispo de Barcelona cuando la visita de Don Bosco a la Ciudad.

A comienzos del año siguiente, 1886, los Cooperadores estaban informados de los propósitos del Fundador y, en consecuencia, anunciaban que la *conferencia* reglamentaria que debía tener lugar en la casa de Sarria, por la fiesta de San Francisco de Sales (29 de enero), se trasladaba hasta «la próxima venida de nuestro venerado Superior, Don Bosco» (de la hoja impresa en que se anunciaba dicha festividad).

Por estas fechas, según se ha expuesto (ver páginas 62-63), Don Bosco llegaba a Sarria en las alas misteriosas del fenómeno de la *bilocación*; pero los Cooperadores se referían a un viaje normal, sobre las ruedas del ferrocarril, que, entonces, era el gran prodigio del siglo...

LA LLEGADA

Con fecha 1 de marzo de 1886, el cronista anotaba textualmente en la agenda: «El hambre, decía hoy Don Bosco, saca al lobo de su madriguera. Por eso, aunque tan caduco y enfermizo, me veo obligado a emprender un nuevo viaje e ir, tal vez, hasta España». A los doce días, abandonaba Turín y se ponía en camino.

Avanzó lentamente, visitando, al igual que otros años, las comunidades y amigos que se hallaban en la ruta: Genova, Niza, Cannes, Tolón, Marsella... y Portbou y Barcelona, pasando, en este último tramo, por la estación de Mataró. Algunos habían salido a su encuentro en la frontera; otros se añadieron a la comitiva en la capital del Maresme. Acompañaban a Don Bosco su Vicario General, Miguel Rúa, y el secretario Carlos María Viglietti, que era también el encargado de llevar al día la crónica del viaje.

El tren apareció en la Estación de Francia —hoy, Estación-Término— a las once y media de la mañana del jueves 8 de abril. La estación no era la que hoy se conoce, construida a finales de los años veinte y que tanto llamó la atención por su majestuoso trazado metálico, sino la antigua, levantada aproximadamente en 1848, cuando circuló el primer tren de España, es decir, el de Barcelona a Mataró.

A Don Bosco le esperaba mucha gente y allí mismo le dieron la primera bienvenida. Entre otras personas, él pudo saludar con particular efusión a la fundadora de los *Talleres*: «¡Oh, doña Dorotea! Todos los días pedía al Señor que me concediera la gracia de conocerla antes de morir». El acto resultó muy emotivo. La concurrencia era selecta y representaba a los diversos grupos católicos de la ciudad.

Los huéspedes fueron conducidos, en el carruaje de la señora, a su casa de la Gran Vía. Mientras don Miguel Rúa celebrada la Misa en el oratorio privado, Don Bosco hubo de tomar el descanso necesario. Después vino el almuerzo, en compañía de la familia Serra y los invitados. A continuación, el visitante dio varias audiencias, las primeras de las innumerables que iba a conceder durante su permanencia en Barcelona.

De allí todos se trasladaron a Sarrià. Serían las cuatro de la tarde. En los *Talleres Salesianos* todo estaba preparado, con ornamentación y música. Era una jornada para la historia. Entraron en la capilla para dar gracias a Dios por el feliz transcurso del viaje. Ya desde el primer momento, muchas personas tuvieron que quedarse en el patio. No había sitio. En aquella casa comenzaba a estar todo lleno. Era la hora de la plenitud.

EL PASO DE UN SANTO

¿Cómo transcurrieron las jornadas barcelonesas de Don Bosco?

Antes se han indicado las coordenadas generales en que solían moverse. Baste lo dicho (ver páginas 73-79). Porque, en estas páginas, no se pretende narrar directamente unos hechos con su génesis y desarrollo históricos, sino más bien *describir* unos recuerdos que, naturalmente, quedan inscritos en una historia.

Los *recuerdos* no son cosas muertas o irrelevantes. No pueden serlo. Porque, tal como se ha apuntado en el *pórtico* (ver página 16), siempre tienen algo que decir a un corazón que se sienta de verdad amigo de la Obra Salesiana.

Don Bosco, en efecto, no es sólo un santo, sino que es un santo *fundador*, cuyo espíritu —por un don de Dios— sigue viviendo en sus discípulos. Éstos, en cuanto tales, poseen precisamente esa maravillosa capacidad de estremecerse ante las huellas que el maestro ha dejado a su paso por la historia. Las pueden admirar y amar, y, a través de la pequenez o de la monumentalidad de las mismas, remontarse a lo más íntimo de la vida del Fundador. Se trata de una sensibilidad que hunde sus raíces en esa tierra generosa del corazón de los verdaderos discípulos.

Para agilizar y hacer más clara la exposición, conviene adoptar el criterio topográfico.

EN SARRIÁ

La casa salesiana

Constituye el recuerdo más importante. Aquí se hospedó San Juan Bosco durante casi un mes (8 de abril - 6 de mayo de 1886). Y, desde entonces, se ha convertido en un punto de referencia obligado para el salesianismo español de todos los tiempos.

En la actualidad, abarca un triple escenario.

Sede Provincial. Casa de Don Bosco

Plaza Artos, n.º 3

Como se ha explicado, es la parte primitiva de la institución de los *Talleres Salesianos*.

— *En el exterior*

En la fachada se ven, perfectamente conservados, los tres balcones del piso primero o principal. Mirándola, el del centro y el de la izquierda son los «balcones de las bendiciones»; es decir, desde los que Don Bosco solía bendecir a la gente apiñada en el patio y en la vecina carretera. Junto al de la derecha, una lápida de mármol blanco, recientemente colocada para sustituir a otra anterior, dice en la traducción castellana: *En esta casa vivió San Juan Bosco, Fundador de los Salesianos, durante su memorable visita a Barcelona el año 1886. 8-IV-1986.*

La entrada central y las dos grandes ventanas de los lados están situadas en su lugar primero.

Delante de la fachada hay un pequeño patio ajardinado, con una estatua de Don Bosco en medio, erigida en 1984, con la inscripción: *Los Antiguos Alumnos a la Congregación Salesiana, como homenaje de gratitud.*

Barcelona 1884-1984. Efectivamente, fue colocada con motivo del Centenario de la llegada de los Salesianos a Barcelona. En la tapia se pueden ver unos azulejos. Proviene del taller de Nuestra Señora del Carmen, de Sevilla-Triana, y representan, de izquierda a derecha:

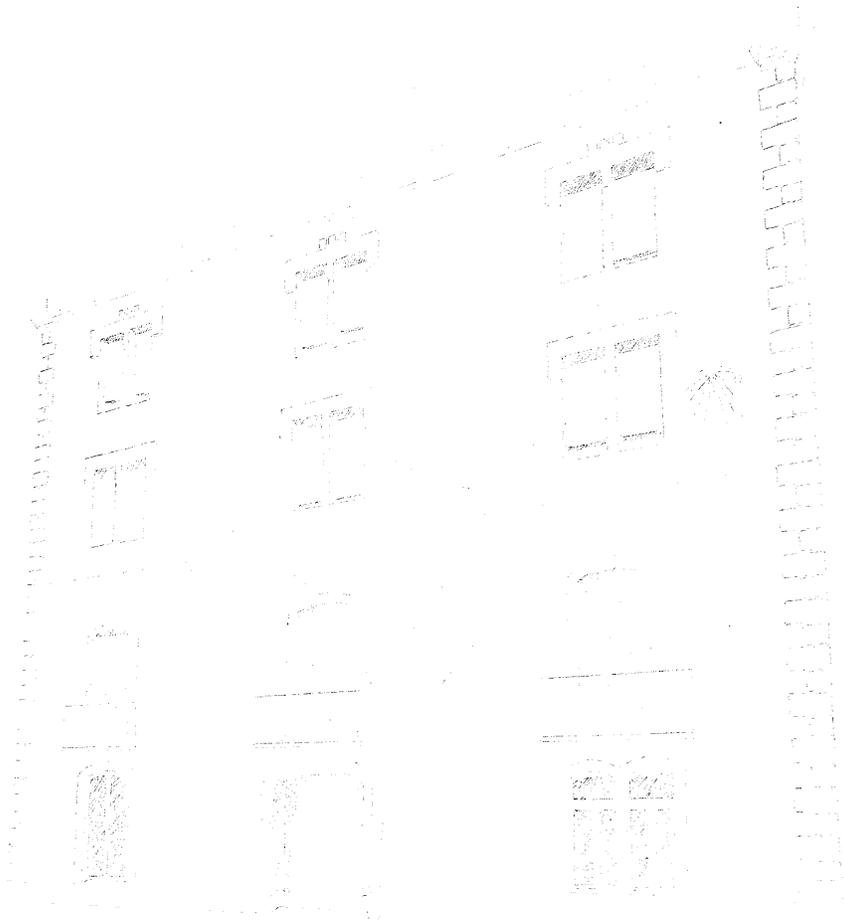
1. Juanito Bosco enseñando catecismo a sus compañeros.
2. El hecho de la *bilocación*. Don Bosco sale al encuentro de don Juan Branda, que sube por la escalera del dormitorio.
3. El escudo de la Congregación Salesiana.
4. Don Bosco bendiciendo, desde el balcón central de la casa, a un grupo de personas.
5. La premonición que, en su viaje a Barcelona, tuvo Don Bosco sobre el futuro templo que los Salesianos levantarían en la cumbre del Tibidabo.

Este patio es sólo parte del que existía en 1886. Ya que, como queda dicho (ver pág. 56), se extendía hacia la carretera de Sarria y comprendía, además, el que había al lado, frente al pabellón adjunto, en el que ahora se ubican el patio de butacas y el escenario del gran salón de actos. En este espacio de terreno, por el excesivo número de visitantes, se concentraba la gente esperando que Don Bosco apareciera en uno de los referidos balcones y la bendijera. Por eso, no estaría mal llamarlo «patio de las bendiciones».

— *En el interior*

Entrando por el vestíbulo actual, se sube al primer piso. Una vez en el pasillo, se tienen:

1º *Alfrente*, la sala de reuniones del Consejo Provincial o Inspectorial, que fue la antesala y recibidor de las visitas que atendía el Santo. Éste, asomándose al bal-



Casa Prats

con del aposento, solía bendecir, como se ha dicho, a la muchedumbre concentrada en el patio.

2? *A la derecha*, la capilla, que ocupa, en la parte del presbiterio, lo que fue habitación (despacho y alcobá) de Don Bosco; en ella estaba también la celda-dormitorio del secretario Viglietti. Aquí es donde el santo Fundador concedió tantísimas audiencias, hizo algunos *milagros* y tuvo el famoso *sueño de las Misiones Salesianas* (noche del 9 al 10 de abril).

Tan pronto como marchó a Italia, este recinto fue considerado como un lugar santo y, ya antes de acabar el siglo, quedó reservado y habilitado para el culto. Por estar en las «habitaciones de Don Bosco», recibió el nombre de «capilla de Don Bosco» y, durante varios años (1902-1910, 1922-1929), fue la propia del noviciado y del filosofado, que funcionaron en este edificio.

A raíz de la guerra civil española, los salesianos se vieron obligados a abandonarla; fue profanada y saqueada por los nuevos inquilinos. Así estuvo durante tres años (1936-1939). Al terminar el conflicto bélico y volver los salesianos, fue restaurada y embellecida. La decoración —tallas y artesonado— se debe a los maestros y alumnos de la Escuela Profesional Salesiana de Sarria. Las pinturas del presbiterio son de Ramón Borrell (1876-1963) y, de izquierda a derecha, representan las siguientes escenas de la vida de San Juan Bosco.

1. Curación de una parálítica por la bendición de Don Bosco. La jovencita tenía agarrotadas la mano y la pierna derecha. El hecho ocurrió en esta misma sala, el día 13 de abril. Detrás de Don Bosco aparecen los rostros del Beato Miguel Rúa y de la Venerable Dorotea Chopitea de Serra.

2. Muerte de San Juan Bosco, en el Oratorio de Turín, el 31 de enero de 1888.
3. Sueño de Juanito Bosco, a la edad de nueve años. En él creyó descubrir los designios de Dios sobre su vida y su vocación.
4. Encuentro de Don Bosco con el joven Bartolomé Garelli, el 8 de diciembre de 1841, en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís. (El pintor supo poner una nota local española revistiendo a Don Bosco con la típica casulla azul de la fiesta de la Inmaculada Concepción). En ese día y con la primera lección de catecismo a este muchacho, comenzó la Obra Salesiana.
5. El *sueño de las Misiones*. Lo tuvo Don Bosco en esta habitación durante la noche del 9 al 10 de abril. En él vio lo que, con el tiempo, sería el desarrollo de las Misiones Salesianas.

El balcón que da luz a este sector es el que tenía la habitación de Don Bosco y por donde el Santo, según lo dicho, acostumbraba bendecir a la gente.

Las reliquias que se exponen en las paredes de la capilla son auténticas, pero no todas guardan relación directa con la permanencia de Don Bosco en Sarria. Proceden de diversas donaciones, especialmente de la familia Martí-Codolar. Sin embargo, la cama metálica, plegada, que se exhibe en el interior del presbiterio, es la que usó San Juan Bosco mientras vivió en esta casa. El espacio donde se halla corresponde al ocupado por la puerta que comunicaba el despacho con la antesala-recibidor.

Las vidrieras representan a: 1) la «María Auxiliadora española», reproducción del cuadro pintado, en 1906, por Cristóbal Montserrat y Jorba O 1935). 2) Don José Calasanz, que encabeza la lista de los *mártires* salesianos de la antigua Inspectoría Tarraconense (1936-1939).

3) San Juan Bosco entre sus muchachos de Valdocco (Turín), con la Basílica de María Auxiliadora al fondo.

3º Saliendo de la capilla, *a la izquierda* de la escalera por donde se ha subido, se hallan los despachos del Padre Provincial y de su Secretario, los cuales, unidos, ocupan el espacio correspondiente a la habitación (despacho y alcoba) del director, Juan Branda. Tal como se ha indicado (ver páginas 59, 61), este lugar fue también escenario de la *bilocación* del Santo.

Al lado opuesto a la entrada de la capilla, se ve la puerta que, por la escalera adosada al edificio primitivo —hoy suprimida—, comunicaba los aposentos mencionados con el exterior. Dicha puerta sigue en su antiguo marco de piedra. Don Bosco y los visitantes usaban este acceso, que era el único.

Colegio del Santo Ángel

Paseo San Juan Bosco, n? 74

Entrando por la portería y llegando al patio interior porticado, se ve, en frente, el pabellón levantado entre 1885 y 1886 (ver pág. 58). La pilastra, decorada con un azulejo que representa a Santo Domingo Savio, indica exactamente hasta dónde llegaba el mencionado pabellón. Cuando el patio antes citado se encontraba lleno, la gente ocupaba también éste otro —entonces aún mal acondicionado—, y Don Bosco la bendecía desde la galería superior, que todavía subsiste tal como se encontraba en abril-mayo de 1886.

A mano derecha, se extendía la zona de las huertas: la primera llegaba hasta donde hoy se levanta la iglesia

de María Auxiliadora; la segunda venía a continuación, en el sector donde ahora radica la Escuela de Formación Profesional.

Instituto Politécnico. Escuelas Profesionales Salesianas

Paseo San Juan Bosco, n.º 42

Por la portería se accede al patio inferior. En abril-mayo de 1886, este espacio no pertenecía a los terrenos de la *Torre Prats*. Lo adquirió para los Salesianos don Luis Martí-Codolar tan pronto como Don Bosco regresó a Italia. Éste se lo había pedido y, a pesar de las dificultades que había de por medio, don Luis quiso complacerle. Con ese gesto quería demostrar su voluntad de cooperar generosamente al desarrollo de la Obra Salesiana en Barcelona.

En cambio, el patio superior formaba parte de la propiedad de Can Prats, que doña Dorotea había comprado para la fundación, en noviembre de 1883 (ver pág. 52).

Lo primero que llama la atención es la fachada del antiguo Colegio del Santo Ángel de la Guarda, construido durante los años 1890 y 1891 por el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, de acuerdo con los planos originales del arquitecto Enrique Sagnier y Villavecchia (1858-1931). En la parte opuesta, cerca de la carretera de Sarria, se extendía una franja de terreno que tampoco pertenecía a la institución de los *Talleres*. Hacia el año 1895, los hermanos José Oriol e Ignacio Ribas y Servet levantaron aquí una pequeña fábrica de seda, que apenas llegó a funcionar, ya que en 1901 pasó a manos de los Salesianos. Dicha fábrica ocupaba parte del espacio que, frente al citado Colegio, se destina hoy a aulas, en el Instituto Politécnico.

Entre esta fábrica y la iglesia actual de María Auxiliadora, había un modesto inmueble de tres plantas, que luego pasó a manos de los Salesianos y que éstos denominaron jocosamente «Casa de Pilatos».

El edificio de la mencionada iglesia cierra el patio por el lado norte. Su construcción fue lenta: en 1892, se acabó la llamada *iglesia interna*; y en 1901, la *externa*.

Para llegar hasta aquí, Don Bosco tenía que atravesar los dos patios (ver páginas 88, 92), cruzar la primera huerta (ver páginas 92-93) y, descendiendo a un plano inferior, entrar en la segunda huerta, que desde 1891 a 1936 fue patio del mencionado Colegio del Santo Ángel (primera enseñanza y comercio), y desde 1939 en adelante, ha sido y sigue siendo en la actualidad el patio principal del Instituto Politécnico.

Como Don Bosco se sentía tan postrado de fuerzas y le costaba tanto caminar, llegó pocas veces hasta este extremo de la finca. Pero alguna vez lo hizo, ya en plan de paseo, acompañado por salesianos y alumnos internos, ya con el propósito de estudiar la posibilidad de nuevas construcciones y ampliaciones de la obra.

El día 3 de mayo por la tarde, después de regresar de Horta, donde había visitado a la familia Martí-Codolar, se llegó hasta el límite de esta segunda huerta, a la altura más o menos de donde hoy se encuentra el paso cubierto que, cruzando el patio, une el edificio principal del Instituto Politécnico con el del antiguo Colegio del Santo Ángel. «Se puso las manos atrás —explica uno de los testigos, don Juan Branda—, mirando la casa donde ahora se encuentran las Hermanas [Salesianas] y que entonces era la *torre* de un rico señor. No preguntó de quién era, pero la miró bien, movió varias veces la cabe-



Torre Gironella

za, como afirmando que correspondía a la que había visto, y dijo a continuación: ‘¡Ésa es! ¡Ésa es! Aquí vendrán las Hijas de María Auxiliadora! Luego, volviéndose a mí, añadió: Tú, Branda, comprarás esa *torre*, y yo enviaré a las Hijas de María Auxiliadora! Yo, que estaba abrumado de deudas (...), cambié de conversación». Hasta aquí el mencionado testigo.

No es posible ahora seguir todo el desarrollo de los acontecimientos. Baste decir que dicha *torre* era la de Gironella, que se encuentra a poca distancia de la de los Salesianos —al otro lado de la actual calle de María Auxiliadora— y que, a la sazón, según algunos documentos, llevaba el número 6 de la carretera de Sarria a Barcelona. Después de superar dificultades de todo tipo y gracias al heroico espíritu de desprendimiento de doña Dorotea, las Salesianas, que ya residían en un piso alquilado de Sarria desde octubre de 1886, pudieron establecerse en dicha *torre*, el 1 de mayo del año siguiente (1887). Era la primera fundación que abrían en España. La llamaron *Casa-colegio de Santa Dorotea*, para honrar el nombre de la fundadora.

Don Juan Branda atribuía el hecho a una gracia especial de la Virgen, la cual se había aparecido a Don Bosco, probablemente en la noche del 1 al 2 de mayo, para indicarle lo que tenía que hacer al respecto. «Quizá —concluye— no hay otra fundación en el Instituto que demuestre más la intervención directa de María Auxiliadora como la de Sarria». San Juan Bosco nunca estuvo físicamente en la Torre Gironella, pero, desde este ángulo del terreno de los Salesianos, la *vio* un día para sus hijas.

Hay que lamentar que, en la violenta coyuntura de julio de 1936 y años sucesivos, estos centros perdieran

tantos objetos pertenecientes a los tiempos fundacionales. De todas maneras, el Instituto Politécnico conserva aún una reliquia importante: la mesa, en forma de herradura, en la que comió San Juan Bosco en sus días barceloneses.

Una vez que se ha recorrido la casa salesiana en sus recuerdos históricos, se puede prolongar la visita a otros lugares de interés, dentro del antiguo término municipal de Sarria.

He aquí algunas indicaciones para la ruta.

Colegio del Sagrado Corazón

Calle Sagrado Corazón, n.º 25

Para llegar a él, desde la obra salesiana del Paseo San Juan Bosco, se toma la calle Mayor de Sarria, se atraviesa la plaza del mismo nombre y, sin dejar dicha calle, se prosigue por la de Ramón Miquel y Planas, hasta dar con la del Sagrado Corazón.

En esta benemérita institución (ver pág. 32) pueden distinguirse todavía muy bien la parte antigua —destinada, durante muchos años, a escuelas gratuitas y populares— y la moderna, habilitada, en sucesivas ampliaciones, para colegio-internado. En este sector se conserva aún el edificio que se construyó de planta hacia el 1856. La amplia escalinata principal que se contempla, al entrar, atestigua el rango social y el prestigio educativo del centro, hoy más que centenario.

Lo visitó Don Bosco el día 14 de abril por la tarde. Supuso una inmensa alegría para todas sus moradoras. Le saludaron, primero, las alumnas externas con cantos; después, las internas, ataviadas con traje de fiesta,

organizaron un sencillo acto de homenaje. Según el cronista, la veladita tuvo lugar «en un magnífico y grandioso salón», hoy convertido en salón-teatro (precisamente, en este lugar, se obtuvo la conocida fotografía de Don Bosco con bonete español). Éste les habló de la vida cristiana y de la frecuencia de sacramentos. Recibió después, en audiencia, a las religiosas. Hubo ofrendas por ambas partes: Don Bosco repartía, como de costumbre, medallas de María Auxiliadora y educadoras y alumnas le obsequiaron con diversos regalos.

Desde la finca, se ve muy cerquita la que fue de la familia Serra-Chopitea.

Colegio de los Sagrados Corazones

Paseo Reina Elisenda de Montcada, n.º 18 bis

Es la antigua finca de verano de los Serra. Como se ha indicado (ver pág. 32), la *torre* conserva la fachada y su estructura primitiva, con las plantas inferior y superior, y la escalera interna que las une. Pero los aposentos han sido ampliados para nuevos usos, y muchos muebles de esas épocas han desaparecido.

Don Bosco estuvo en esta casa el mismo 14 de abril, después de una mañana de gran movimiento en los *Talleres*, atendiendo sobre todo a los de la Asociación de Católicos, que habían ido a verle y asistir a Misa.

Sólo se detuvo para comer e, inmediatamente después, pasó, tal como se ha expuesto, al vecino Colegio del Sagrado Corazón. En la planta principal se pueden reconocer todavía la gran sala de estar y la que servía de comedor; en ambas, las respectivas chimeneas ponen una nota de autenticidad y buen gusto.

La doble visita que Don Bosco hizo el día 14 de abril, a la *torre* y al colegio mencionados fue, por su parte, un gesto de delicadeza hacia doña Dorotea y su familia.

Saliendo al Paseo Reina Elisenda, se ve, en frente, una torre redonda que parece estar defendiendo una casa-castillo, verdaderamente señorial.

Casa Ponsich

Calle Domínguez y Miralles, n.º 1

Desde el paseo citado, se puede tomar esta calle que, bajando por el cauce de un antiguo torrente, lleva a la *Riera Blanca*. Ésta recoge las aguas de otras menos importantes —hoy convertidas en vías públicas—. Precisamente, a la altura del número 1 de la mencionada calle, se encuentra el portón que da acceso a la finca Ponsich.

Ya queda poco de su antiguo esplendor. Es una muestra impresionante de degradación urbanística. No ha sido sólo efecto del paso del tiempo, sino, sobre todo, de la desidia y agresividad colectivas. Ahora el Ayuntamiento de Barcelona se propone rehabilitar toda la villa y darle un destino de interés cívico. En este proceso interviene eficazmente la Tenencia de Alcaldía de Sarria.

Desde el portón de entrada y siguiendo el paseo arbolado, uno puede acercarse al recinto que guarda la señorial mansión. «Es un magnífico castillo», escribió el secretario Viglietti en el diario correspondiente al 28 de abril, cuando estuvo aquí acompañando a Don Bosco.

Éste vino a traer un poco de consuelo espiritual a Don Ramón de Ponsich y de March, que acababa de perder a su esposa. Estuvo allí toda la mañana. Le escuchó en

confesión, celebró la Misa en la capilla del palacio, le dio la comunión y se entretuvo con él hasta la hora de la comida, en la que participaron también los parientes. Desgraciadamente, no es posible todavía visitar estos aposentos, por encontrarse en período de restauración toda la casa.

El señor Ponsich quedó más aliviado. No tenía hijos y prometió a Don Bosco que le ayudaría concretamente en la obra de las misiones salesianas de la Patagonia. Lo sabemos porque el Fundador le escribió desde Italia, con fecha 31 de agosto, insistiéndole sobre el particular. Esta carta la conservó la familia durante muchos años y la usó como reliquia para aplicarla a los enfermos. Tal era la fe que se tenía en la santidad de quien había escrito y firmado aquellas líneas...

Uno de los descendientes (indirectos), don José María de Ponsich y de Sarriera, instituyó en 1948 una entidad benéfica denominada *Unión de los amigos de los enfermos (Fundación Ponsich)*, la cual, entre otras actividades, creó en 1965 una escuela destinada a jóvenes minusválidos. Y, en su forma actual, desde 1970, lleva el nombre de *Escuela de Readaptación Profesional San Juan Bosco*. Se halla establecida en la parte antigua de la Ciudad, en la barcelonésima calle de Baños Nuevos, n.º 16, cerca de la Plaza de San Jaime.

De esta forma, afortunadamente, se mantienen unidos los dos nombres: el de Don Bosco y el de Ponsich.

Las visitas más importantes efectuadas por Don Bosco apuntaron a la ciudad de Barcelona. Con ello, su presencia entre nosotros cobró una notable resonancia.

EN LA BARCELONA ANTIGUA (BARRIO GÓTICO)

Hablando en general y al objeto de tener, al menos, alguna referencia conocida sobre el momento histórico, conviene recordar que la Barcelona que Don Bosco conoció era la del alcalde Rius y Taulet (1833-1889), el cual, en el período de la Restauración, presidió el Ayuntamiento durante los años 1874-1884, 1885-1889; era la Barcelona que, según se ha señalado (ver pág. 29), estaba empeñada en la construcción de su Ensanche; era la que, a pesar de todas las depresiones económicas, preparaba la Exposición Universal de 1888.

El Palacio Episcopal

Calle Obispo Irurita, n.º 5

Como residencia habitual del Pastor de la Diócesis, constituía para Don Bosco un punto de referencia insoslayable. Por su parte, el doctor Cátala admiró y apreció al Fundador de los Salesianos. Entre ambos se estableció una corriente de franca amistad. «El Obispo —escribió el cronista con fecha 29 de abril— asombra a todos por el afecto que demuestra por la obra de Don Bosco».

Él fue quien tomó la delantera para saludar a Don Bosco en Sarria (20 de abril) y éste le correspondió, al día siguiente, devolviéndole la visita en palacio. El encuentro duró más de dos horas. ¿De qué asuntos trataron? El doctor Cátala, tanto durante aquellos días como después de la partida de Don Bosco a Italia, aludió a un proyecto que éste le había expuesto como deseo del Papa León XIII: que entre el Obispo y los Salesianos erigieran en Barcelona un seminario para las misiones

y al servicio de *Propaganda Fide*. Y ambos habrían estado de acuerdo sobre el particular.

Don Bosco volvió, de nuevo, a palacio el sábado día primero de mayo, para agradecer al Prelado su asistencia, el día anterior, a la *conferencia salesiana* en la iglesia de Nuestra Señora de Belén e invitarle a córner en la casa de Sarria. El doctor Cátala aceptó amablemente (2 de mayo).

Asociación de Católicos

Calle Liado, n? 4

No lejos de la catedral, a la otra parte de la Plaza de San Jaime, se encuentra la de San Justo, junto a la Basílica de los Santos Justo y Pastor. Allí, en dirección al mar, se abre la calle Liado, estrecha y sombría, pero que aún conserva el empaque aristocrático de algunos edificios antiguos. En el del número 4 había instalado la citada Asociación de Católicos una escuela para los obreros de la barriada y la inauguraba el día 15 de abril.

Dada la amistad que, según se ha explicado (ver página 66), existía entre el Fundador de los Salesianos y la mencionada Asociación, ésta aprovechó su estancia en Sarria para invitarle a la velada inaugural. Don Bosco aceptó.

El acto, más que para inaugurar la escuela, sirvió para homenajear al visitante. La fiesta resultó solemnísimay, para Don Bosco, emocionante. Cuando, entre los aplausos de la concurrencia, le impusieron la insignia de miembro de honor, tuvo que pronunciar unas palabras de gratitud. Lo hizo de todo corazón. Pero, al propio tiempo, aprovechó aquella circunstancia para un doble objetivo. Primero, para poner de relieve el interés

social de todas sus instituciones, particularmente el de las escuelas de formación profesional. Segundo, para urgir a la burguesía católica, allí presente, sus obligaciones de justicia social:

«Barcelona, como población industrial, está interesada más que otra alguna en proteger a los *Talleres Salesianos*. De estas casas salen anualmente cincuenta mil jóvenes útiles a la sociedad, los cuales van a las oficinas y talleres a difundir la buena doctrina, logrando con esto apartarlos de las cárceles y presidios para convertirles en ejemplos vivientes de saludables enseñanzas.

El joven que se malea en vuestras calles, al principio os pedirá una limosna, después os la exigirá, y, por fin, la hará efectiva revólver en mano».

Estas palabras, que se han hecho históricas en la vida de San Juan Bosco, fueron pronunciadas en esta calle, la tarde del 15 de abril de 1886. Indudablemente, ante los graves problemas que hoy tiene planteados la juventud española, la llamada hecha por Don Bosco hace cien años conserva todavía plena actualidad.

Basílica de Nuestra Señora de la Merced

Plaza de la Merced, n.º 1

Descendiendo siempre en dirección al mar por las callejuelas del casco antiguo, a la altura del edificio de Correos y Telégrafos, se encuentra el *carrer Ampie* (calle Ancha), que conduce a la Plaza de la Merced, recientemente ampliada y ornamentada. Allí, junto al edificio de Capitanía General, se levanta la Basílica de Nuestra Señora de la Merced y de San Miguel Arcángel. Hasta

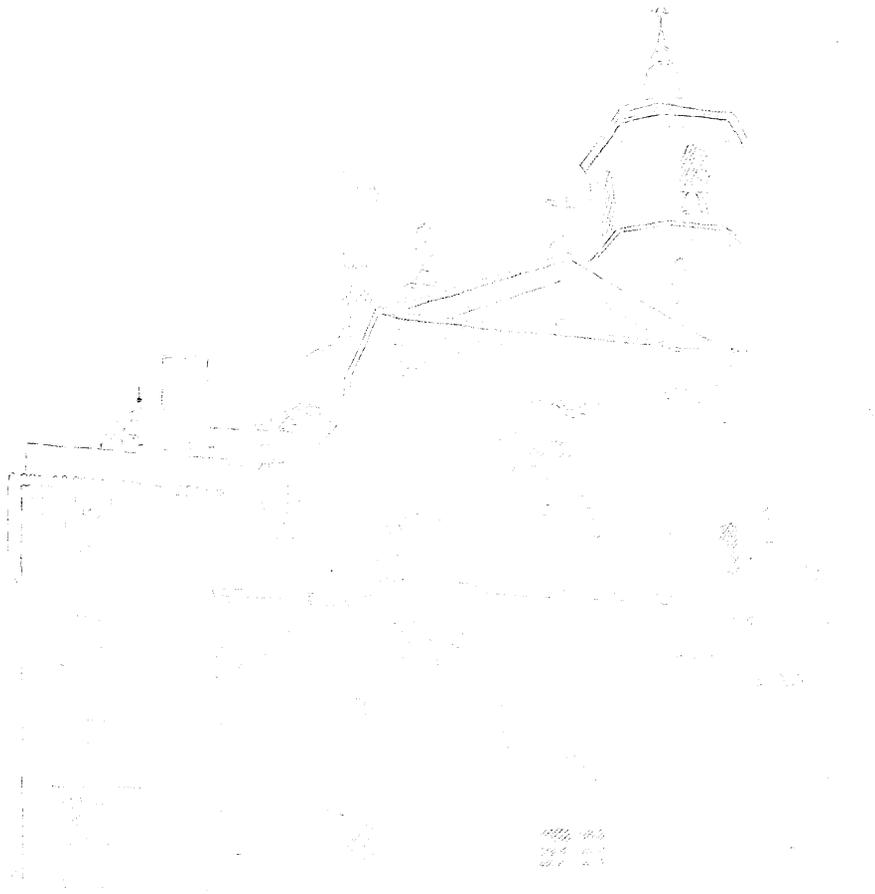
la época de la desamortización (1835-1841), ambas edificaciones pertenecieron a la Orden de los Mercedarios.

El santuario presenta la fachada barroca y, por el lado de la calle Ancha, tiene adosada otra fachada de estilo gótico flamígero, procedente de una antigua iglesia dedicada a San Miguel. La cúpula es de 1888 y se ve coronada por una gran estatua de la Virgen de la Merced. El interior consta de una sola nave, amplia y de aire borrominiano. Lo más destacado del presbiterio es el camarín, donde se venera una imagen de la Virgen de esta advocación. La representa sentada y con el Niño sobre las rodillas. Es una talla gótica del siglo XIV.

La Virgen de la Merced fue proclamada Patrona de la ciudad de Barcelona en el siglo XVII y la referida imagen recibía la coronación canónica en 1888. Dos años antes, la tarde del 5 de mayo de 1886, Don Bosco visitó esta iglesia.

Los que organizaron el acto no se proponían sólo que el Fundador de los Salesianos, antes de volver a su patria, honrara a la Patrona de la Ciudad, sino que, además, querían aprovechar su presencia en aquel lugar —tan significativo para el catolicismo barcelonés— para regalarle un terreno situado en la cumbre del monte Tibidabo.

Y así se hizo. Don Bosco subió al presbiterio. A un lado habían preparado un sitio especial para él. Los acompañantes se colocaron alrededor. Al otro lado, estaba el coro de cantores y la orquesta. Se cantó la *Salve*. Después se adelantaron los propietarios de dicho terreno y le entregaron los documentos de donación: «a fin de que (...) se levante un santuario al Sagrado Corazón de Jesús para mantener firme e indestructible la religión,



Basílica de Nuestra Señora de la Merced

que con tanto celo y ejemplo nos habéis predicado y que es noble herencia de nuestros padres».

Don Bosco, emocionado, acertó a decir algunas palabras de agradecimiento y formuló una promesa:

«Sí, señores, sois los instrumentos de la Divina Providencia. Con vuestra ayuda, muy pronto se levantará en ese monte un majestuoso santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, en el cual todos podrán acercarse a los santos sacramentos, y será un perpetuo recuerdo de vuestra caridad y de vuestro afecto a la religión católica, de la que tantas y tan hermosas pruebas me habéis dado».

Tiempo atrás, el libro de honor de los visitantes ilustres de la Basílica guardaba la firma que, en esta ocasión, Don Bosco estampó de su puño y letra. Pero ya no es posible dar con dicho libro...

En cambio, se conserva una lápida conmemorativa. Es de mármol blanco y se halla colocada junto al altar dedicado a Santa María de Cervelló. La puso, en 1932, la asociación denominada *Salutación Sabatina*. Fundada en 1892, la componía un grupo de jóvenes —en su mayoría universitarios— que vivían intensamente la devoción a la Virgen Santísima. El texto latino, traducido al castellano, dice así: *Estemos agradecidos a la Virgen de la Merced, que tuvo a bien que aquí se le anunciara a San Juan Bosco, el día 5 de mayo de 1886, la donación que se le hacía del terreno en la cumbre del monte Tibidabo, para construir un templo al Corazón de Jesús. La Salutación Sabatina se lo recuerda a los ciudadanos para que, visitando con frecuencia a la Patrona de Barcelona, vivan, como el Santo, fervientes en la fe.* La lápida fue restaurada a comienzos de los años cuarenta.

Hacían bien estos jóvenes en unir las dos dimensiones esenciales de la piedad cristiana, a Cristo y a María. Por supuesto, ambas inseparables en la espiritualidad de San Juan Bosco.

Iglesia de Nuestra Señora de Belén

Rambla de los Estudios. Calle del Carmen

Siguiendo por la calle Ancha y después por la de José Anselmo Clavé, se llega a la Rambla de Santa Mónica. Hacia arriba, en la parte alta, se encuentra la llamada Rambla de los Estudios, que, en este extremo, comienza a la altura de las calles Carmen y Puertaferriosa. Se trata de un enclave lleno de recuerdos salesianos. Siempre en dirección a la Plaza de Cataluña, se halla, a la izquierda, la iglesia de Belén y, a la derecha, el palacio que fue de los Marqueses de Comillas, llamado palacio Moja (Moya).

La iglesia de Nuestra Señora de Belén —o, simplemente, iglesia de Belén— pertenecía al Colegio de Estudios Generales que regentaba la Compañía de Jesús en el siglo XVI. Tales estudios alcanzaban un cierto nivel universitario. De ahí el nombre con que se conoce todavía este tramo de las Ramblas barcelonesas. Destruída por un incendio, la iglesia primitiva fue sustituida por otra, de estilo típicamente barroco, cuya construcción se terminó en 1732. Es la que conoció Don Bosco.

Todavía conserva la fachada principal, que da al cruce de la Rambla de los Estudios con la calle del Carmen. Sobre las líneas sobrias y solemnes del portón, hay una representación del nacimiento del Niño Dios. Pero, en el interior, los saqueos e incendios de 1936 echaron a per-

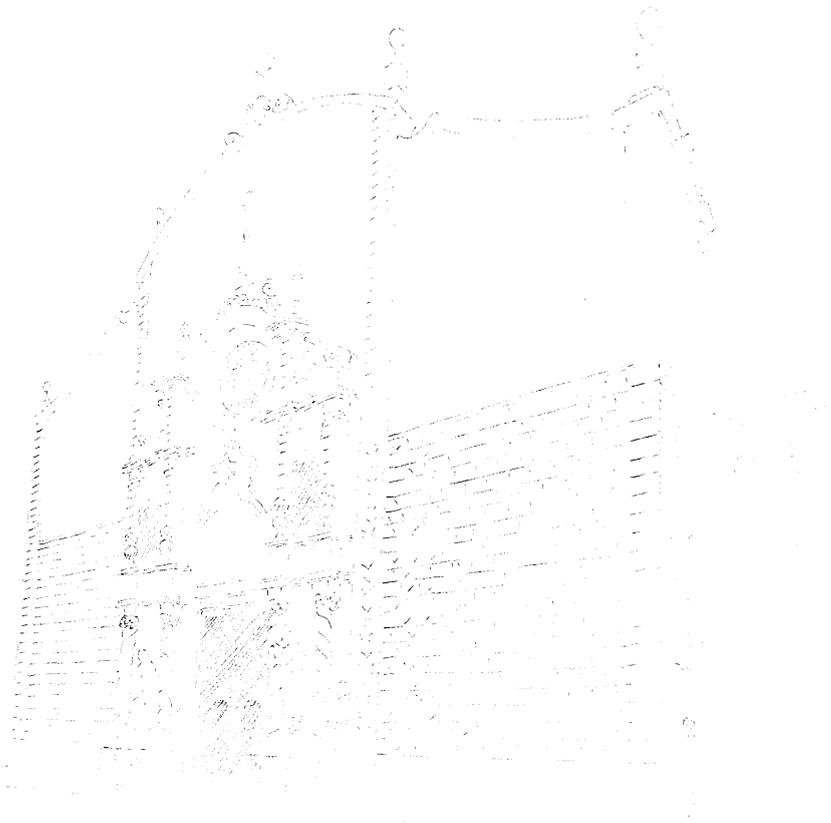
der la brillante decoración barroca que la embellecía. Así y todo, después de las obras de restauración, aún hoy conserva la prestancia de otros tiempos.

En ella tuvo lugar la *conferencia salesiana* organizada por los Cooperadores (ver pág. 84). Era el día 30 de abril. Don Bosco llegó alrededor de las cuatro de la tarde. A pesar de la lluvia intensísima, el recinto estaba lleno de gente. «Todo era un mar de cabezas» —escribió el cronista—.

Según costumbre de la época, las autoridades subieron al presbiterio. Al lado derecho, o del Evangelio, estaba dispuesto el sitio para el señor Obispo. Don Bosco tomó asiento junto a él, a la derecha. Les acompañaban varios representantes del clero diocesano. Al frente, en la parte de la Epístola, se colocaron las autoridades civiles y los representantes de las asociaciones católicas y de la prensa.

La conferencia corrió a cargo del doctor José Julia, profesor del Seminario Conciliar, el cual expuso en qué consistía la misión de las obras de Don Bosco: la regeneración cristiana de la juventud y del mundo del trabajo en general. Después le tocó hablar al propio Don Bosco. Bajó a la balaustrada, dio las gracias y dijo que había recibido de Roma un telegrama «con una bendición especial del Santo Padre para todos los bienhechores de la Obra Salesiana y para todos los presentes en la conferencia» (de la crónica). El doctor Cátala, bajando del sitio y con voz robusta, repitió en castellano cuanto había dicho Don Bosco en italiano y, a continuación, revestido de pontifical, impartió la bendición con el Santísimo.

El acto resultó muy solemne y dio mucho que hablar a los diarios barceloneses de aquellos días.



Iglesia de Nuestra Señora de Belén

Como lo había prometido, al día siguiente —1 de mayo— Don Bosco volvió allí para celebrar la Misa. Una vez más, la afluencia de público fue enorme. Al final, Don Bosco dio la bendición a los asistentes. El párroco, doctor Juan Masferrer, no pudo contenerse y se acercó a la barandilla del presbiterio para hablar, pero, dominado por la emoción, sólo consiguió pronunciar estas palabras: «Tenemos aquí, entre nosotros, a un santo». Era la convicción que todos tenían.

De esta forma, la iglesia de Belén fue el lugar privilegiado donde se proclamó, ante todos los barceloneses, el *mensaje salesiano*, admirablemente encarnado en la persona de San Juan Bosco.

Palacio Moja (Moya)

Calle Puertaferri, n.º 1

En frente de la iglesia de Belén se encuentra este palacio, uno de los edificios más importantes de las Ramblas. Se construyó entre los años 1774 y 1786, por iniciativa de la Marquesa Cartellá, viuda del Marqués de Moja. De puro estilo neoclásico, probablemente es obra del arquitecto José Mas y Dordal (+ 1808). Lo decoró el pintor Francisco Pla y Duran (1743-1805), más conocido como «el Vigatà», por haber nacido en la ciudad de Vic. Las pinturas que decoraban el exterior se han perdido; se conservan, en cambio, las interiores que, inspiradas en temas mitológicos y motivos de la historia familiar de los Cartellá, constituyen el conjunto más ambicioso de dicho artista.

Hacia 1873, el suntuoso palacio Moja pasó a manos de los Marqueses de Comillas, que eran todavía sus propietarios cuando llegó Don Bosco.

Visitó este lugar en dos ocasiones.

La primera fue el día 21 de abril, aceptando la invitación de doña Luisa Brú y de Lassus, viuda del primer Marqués de Comillas, don Antonio López y López. Celebró la Misa en la capilla del palacio, donde habitualmente oficiaba Jacinto Verdaguer, el gran poeta de Cataluña y capellán de la familia de los Marqueses. Asistieron muchos invitados, a los que el visitante atendió amablemente. La Marquesa —empeñada entonces en la construcción del gran Seminario de Comillas (Santander)— prometió ayudar también a la casa salesiana de Sarria. Todo resultó muy agradable, brillantísimo, en aquel escenario que, según el joven secretario de Don Bosco, bien podía llamarse «un palacio de reyes» (de la crónica).

Desde 1982, el *Palau Moja* es propiedad de la Generalitat de Cataluña, la cual lo ha restaurado y habilitado para sede de la Dirección General del Patrimonio Artístico y del Patrimonio Escrito y Documental de la misma. En la capilla, sustituyendo la placa conmemorativa que existía, se ha colocado un letrero que dice en la traducción castellana: *Mossèn Jacinto Verdaguer vivió durante quinze años en este palacio y celebró Misa en esta capilla. 18-XI-1878- 14-5-1892. San Juan Bosco visitó esta capilla y fue huésped de los Marqueses de Comillas en el mes de abril de 1886.*

Don Bosco volvió a este lugar el 5 de mayo, para despedirse de la señora Marquesa.

Esta presencia de Don Bosco en Casa Moja se explica por la alta significación que los Marqueses de Comillas gozaban en el mundo católico barcelonés.

EN LA BARCELONA NUEVA (ENSANCHE)

Hotel Granvía

Gran Vía de las Cortes Catalanas, n.º 642

Subiendo Ramblas arriba y atravesando la Plaza de Cataluña, se toma el Paseo de Gracia y, a mano derecha, en la Gran Vía, se encuentra en seguida el mencionado hotel. Tal como se ha explicado (ver pág. 30), se trata de la casa-palacio de los Serra-Chopitea.

En cuanto a propietarios y destinos, ha sufrido múltiples vicisitudes. Aquí, por ejemplo, estuvo instalado el *Círculo Artístico y Recreativo de Barcelona*, en el que la alta sociedad barcelonesa se dedicaba a la práctica del juego. A la llegada de la dictadura de Primo de Rivera, ya no fue viable esta actividad (1923). En 1927, tuvo un destino totalmente diferente, ya que pasó a ser la sede del *Casal Donya Dorotea*, entidad que puso los locales al servicio de la *Obra de los Ejercicios Parroquiales*, impulsada principalmente por el Padre Vallet († 1947). Pero los problemas internos de esta organización originaron una situación insostenible para el *Casal*. En 1935, el edificio acogió el Hotel Granvía, que lo ocupó por completo. Y así, hasta nuestros días.

A pesar de todas estas vicisitudes, la casa-palacio no ha sufrido cambios importantes ni en las fachadas (de una y otra parte) ni en su estructura interna.

Tanto por fuera como por dentro se distinguen bien los cuatro niveles:

— El piso primero o principal estaba destinado preferentemente a la vida social de la familia. En torno a las esbeltas columnas se hallan los espacios más nobles:

el salón de recepciones, la habitación de los dueños de la casa, la capilla y el gran comedor, con cocina y despensa. Se accede por un amplio vestíbulo y la escalera principal. El mismo vestíbulo permitía la entrada de los coches de caballerías al patio interior, que tal vez estaba cubierto —como lo está hoy— por una elegante terraza. En la actualidad, esta planta se presenta muy bien dispuesta en todos sus elementos, que evocan admirablemente el ambiente ochocentista del palacio. Su empaque aristocrático contrasta con la sobriedad de la fachada exterior del edificio.

— El segundo piso se reservaba a la vida privada de la familia, que era muy numerosa. La habitación que hoy está señalada con el número 105 sería, probablemente, el comedor o la sala de estar de los niños.

— El tercero servía de alojamiento para la servidumbre, también muy considerable.

— El cuarto se usaba como trastero, almacén o zona destinada a los quehaceres domésticos.

El significado *salesiano* de esta casa es doble.

1 ? *En relación con la Venerable doña Dorotea*

Aquí vivió durante sus últimos dieciocho años, desde 1873 hasta 1891. Entre estas paredes se realizó como madre de familia y Cooperadora Salesiana. Según se ha indicado, en el piso principal todavía son perfectamente reconocibles las habitaciones del matrimonio Serra-Chopitea. Junto a la puerta, se hallaba la sala de estar con el escritorio y, desde las columnas hasta el fondo, seguía la alcoba, con paso a la terraza, al tocador y al cuarto de baño. La sala, ahora como entonces, tiene forma rectangular.

De acuerdo con lo que se ha dicho antes (ver página 28), cabe deducir que la carta que, con fecha 20 de septiembre de 1882, escribió doña Dorotea a Don Bosco pidiendo una fundación salesiana para Barcelona, salió precisamente de aquí. Y, en esta habitación, falleció cristianamente la señora, el 3 de abril de 1891. Como se ve, para la Familia Salesiana se trata de un lugar santo. Lo fue sin duda también para los *ejercitantes* de la Obra citada que, en julio de 1930, lo habilitaron para capilla. Hoy día, recibe el nombre de «salón verde» por el color del tapete que cubre la mesa central y, dada su amplitud, se usa para reuniones.

2? *En relación con San Juan Bosco y los Salesianos*

El Fundador acudió a esta casa en tres ocasiones. La primera, el día 8 de abril, para descansar después del largo viaje desde Marsella (ver pág. 85). La segunda, el 30 del mismo mes, para comer y prepararse para la *conferencia salesiana* en la iglesia de Belén. La tercera, el 5 de mayo, víspera de su regreso a Italia, para decir Misa y participar en la comida familiar de despedida.

En la actualidad, el visitante puede tener la satisfacción de ver los ambientes concretos que Don Bosco compartió con la familia Serra: el vestíbulo, la escalera, la galería, el salón de recepciones que da a la terraza, la capilla —hoy, convertida en habitación 118 del hotel— y el amplio comedor.

Mientras vivió la señora, los salesianos de Sarria tuvieron siempre en este palacio algo de su propia casa. La frecuentaron, sobre todo, los dos primeros directores, don Juan Branda y el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, los cuales, con toda sencillez y gratitud, daban a doña Dorotea el nombre de *madre*.



Casa de doña Dorotea Chopitea de Serra

EN LES CORTS

El antiguo municipio de *les Corts de Sarria* se hallaba situado en el llano de Barcelona, al noroeste de la Ciudad. Limitaba al norte con el de Sarria; al sur, con los de Sants y Barcelona; al este, con los de San Gervasio y Gracia, y, al oeste, con el de Hospitalet. Varias *rieras* o ramblas, descendientes de la sierra de Collserola, atravesaban el territorio en sentido perpendicular. Las de *Magòria* y *Blanca* eran las más importantes. El núcleo central de *Les Corts* se encontraba entre ambas.

En 1858, el término municipal abarcaba cuatro distritos: *Les Corts Velles*, junto a la calle de Les Corts; *Les Corts Noves*, en torno a la Plaza de la Concordia; el *Camp de la Creu (de Magòria)*, alrededor de la Plaza del Carmen, y *Can Batlló*, cerca de la fábrica de este nombre (cerrada en 1895; en 1908, fue sede de la llamada *Universidad Industrial de Barcelona*). Urbanísticamente, este último distrito entró de lleno en el Plan Cerda del Ensanche barcelonés.

En su conjunto, a pesar de algunas iniciativas en el sector manufacturero, el municipio quedó al margen del proceso de la primera industrialización y conservó su condición rural. Esto y la fama de disfrutar de un buen clima contribuyeron a que surgieran allí varios centros asistenciales, tales como el Hospital de San Juan de Dios (1867), el Instituto Frenopático (1870), el Sanatorio Mayor de Sacerdotes Jubilados (1877), la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos (1885), el Asilo de San Rafael para niñas (1888), el Colegio del Padre Mañanet (1893). Estas instituciones todavía siguen funcionando, aunque algunas han cambiado de ubicación durante los últimos años.

En 1897, el municipio de Les Corts quedó agregado al de Barcelona. Pero una verdadera integración social y urbanística no se llevó a cabo hasta el segundo decenio del siglo XX.

Hospital del Sagrado Corazón

Calle Viladomat, n? 288. Calle París, n? 83-87

Parroquia de San Eugenio I Papa

Calle Conde Borrell, n? 303

Este hospital lo fundó un grupo de señoras en 1879. Pero hubiera tenido una vida muy efímera de no ponerse en manos de doña Dorotea, cuyo consejo y ayuda económica solicitaron las fundadoras. Cuando aquélla se cercioró de que uno de los objetivos del hospital proyectado consistía en atender a los enfermos pobres, hizo suya la causa de la institución.

En 1883, estaba levantado el edificio: el ala derecha (lado calle Londres) para las mujeres; la izquierda (lado calle Conde Borrell) para los hombres. En su conjunto, era bello y funcional. A los dos años, 1885, se erigió la iglesia: no de grandes proporciones, pero bonita y acogedora. Entrando por la puerta central, todavía se lee en la pared de la derecha esta inscripción en mármol blanco: *La Excma. señora doña Dorotea de Chopitea y Villota dedica esta iglesia a la Santísima Virgen nuestra Señora en memoria y sufragio de su difunto esposo, el Excmo. señor don José María Serray Muñoz, a cuya caridad se debe principalmente el hospital aquí establecido. ¡Rogad por él!*

Hospital e iglesia se hallan en lo que era el antiguo distrito de Can Batlló, entre las calles París, Viladomat,

Londres y Conde Borrell. La fachada de la capilla es paralela a la inmediata Avenida de Sarria.

En un comienzo, la institución se conoció con el nombre de *Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón* y allí la Venerable doña Dorotea ejerció su caridad y su piedad en grado heroico.

Don Bosco visitó este lugar en la tarde del 4 de mayo de 1886.

Afortunadamente, la obra no sufrió daños en la guerra de 1936. Once años más tarde (1947), la iglesia se convirtió en parroquia y fue ampliada. Está dedicada a San Eugenio I Papa. El hospital pasó a la gerencia de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona, en 1944. Se derribó el antiguo edificio para reconstruirlo totalmente, en conformidad a las exigencias sanitarias de hoy. La operación culminó en 1976. Desde 1980, es propiedad de la entidad mutualista Quinta de Salud La Alianza.

Colegio de Nuestra Señora de Loreto

Las Religiosas de Nuestra Señora de Loreto o de la Inmaculada Concepción, llamadas familiarmente *Damas de Loreto*, fueron fundadas en Burdeos, en 1820, por el sacerdote Pedro Bienvenido Noailles —cuyo proceso de beatificación hoy está introducido—. Llegaron a Barcelona en otoño del 1845 y se establecieron en la antigua Plaza de Santa Ana; y, pocos años después, se trasladaron a la Plaza Cucurulla (Palacio de los Duques de Medinaceli, 1851). Su obra, destinada a la educación de las jóvenes, fue adquiriendo un prestigio creciente.

Pronto tuvieron necesidad de un sitio más espacioso y adecuado. Lo encontraron en el término municipal de

Les Corts, en el distrito ya mencionado del Camp de la Creu (de Magória).

Se trataba de una granja que había pertenecido a los Agustinos Calzados. Era grande y hermosa, rodeada de naranjos; desde allí se podía ver la silueta de la montaña de Montjuïc. En ella se levantaba la llamada «torre de los Agustinos». Aquí fijaron su residencia, en 1862, las *Damas de Loreto* y sus alumnas internas. Si pudieron dar este paso fue debido a la ayuda que, entre otras, prestaron dos distinguidas familias de Sarria y que, años después, protegerían también a los Salesianos: las de Fontcuberta y Girona.

El Colegio de Loreto de Les Corts cobró gran vitalidad, que sólo se vio frenada en el período revolucionario de los años 1868-1874. Una vez superado éste, se pudo construir, junto a la antigua *torre*, un pabellón de nueva planta para que fuera sede definitiva de la residencia de las religiosas y del internado. El día 14 de septiembre de 1879, lo bendecía el obispo Urquinaona. Después de esta inauguración, en la casa vieja de los Agustinos se instalaron la Escuela Gratuita y la Escuela Dominical, que, a su modo, ya funcionaban desde los primeros años.

Así era la institución que visitó San Juan Bosco la tarde del día 21 de abril de 1886. Según anota el cronista, fue allí para «dar una bendición especial a la superiora, que estaba enferma de muerte». La obra estaba situada en el espacio que delimitan hoy en día la Avenida de Sarria, la Travesera de Les Corts, la calle Morales, la Plaza del Carmen y la calle Infanta Carlota Joaquina.

Este colegio, uno de los más sobresalientes en el conjunto de los centros educativos de la Iglesia, fue incendiado durante la Semana Trágica (julio-agosto 1909) y, una vez reconstruido, llegó a tener unos años de verda-

dero esplendor. Pero, en cambio, ya no pudo resistir el embate de la guerra civil (1936-1939). Totalmente saqueado y destruido, tras aquellos acontecimientos no fue posible su rehabilitación. En nuestros días, no queda nada del antiguo establecimiento. Tan sólo la actual calle de Loreto recuerda una historia vivida en aquel lugar.

Ambos puntos —el del hospital y el del colegio— se encuentran muy cerquita y, por estar prácticamente en el camino de Sarria a Barcelona, quedaban muy al alcance de Don Bosco, el cual, al desplazarse a la capital, tenía que pasar por estos parajes.

EN HORTA

Situado al norte de la ciudad de Barcelona, el antiguo municipio de San Juan de Horta —que tenía su origen en el de Sant Genis dels Agudells— se asentaba sobre un terreno muy accidentado, entre colinas y altiplanicies, valles y torrentes, a los pies de la sierra de Collserola. La rambla más importante es la denominada *Riera de Horta* que, después de recoger las aguas de otras varias, desciende por el valle del mismo nombre hasta las tierras de San Andrés de Palomar.

Esta abundancia de agua hizo que una de las actividades típicas de los hortenses fuera la referente a la lavandería, con todas sus prestaciones anejas. Aquí se limpiaba y se repasaba la ropa de muchas familias residentes en la capital.

Población muy dispersa

El término municipal de Horta era muy extenso. A lo largo del siglo pasado, la población se fue concen-

trando en torno a la actual Plaza Ibiza, donde se formó el conjunto urbano más importante. Pero, en los alrededores, existía una serie de pequeños núcleos de viviendas, tales como Sant Genis, la Clota, la Font d'En Fargues, el Carmelo, la Teixonera, el Coll, Vallcarca, Penitentes, Montbau. Y junto a la población que se agrupaba en ellos, se daba la que residía en las masías dispersas por la zona, entre campos y viñedos. La mayoría de ellas eran casas de payeses que se dedicaban a explotaciones agropecuarias. Algunas, sin embargo, eran verdaderas *torres* de lujo, como la de los Marqueses de Alfarrás, célebre por *sus jardines del laberinto*, situados hoy junto al Velódromo del Valle de Hebrón y abiertos al público desde 1971. La denominada *Torre de la Granja Vieja* fue evolucionando desde unas formas prevalentemente rurales a otras propias de una elegante mansión de recreo.

Y es que, a lo largo de los años, lo mismo que Sarria y San Gervasio, también Horta fue considerado socialmente como una zona pacífica y sana, que interesó a los veraneantes de la clase media. Esto explica, entre otras cosas, el que el antiguo término municipal de Horta se haya ido llenando de notables instituciones asistenciales, sanitarias, de enseñanza y deportivas.

El municipio hortense quedó anexionado al de Barcelona en 1904.

Tanto ayer como hoy, ambas poblaciones se comunican principalmente por dos ejes: por abajo, el Paseo Maragall y, por arriba, el del Valle Hebrón.

Una mañana primaveral de mayo de 1886, apareció por allí un coche de caballos en el que viajaba Don Bosco. Iba a hacer una visita a la mencionada Torre de la Granja Vieja, que entonces era propiedad de don Luis

Martí-Codolar y de su esposa doña Consuelo Pascual de Bofarull.

La familia y la finca Martí-Codolar

Esta familia entroncaba con la de Serra por el enlace de don Narciso Pascual, hermano de la señora, con doña Jesusa Serra, hija del matrimonio Serra-Chopitea. Y el parentesco se incrementó al casarse don Sebastián Pascual, otro hermano de doña Consuelo, con doña Isidra Pons Serra, nieta de don José María Serra y de doña Dorothea Chopitea.

Por esto se explica la presencia de Don Bosco en casa de los Martí-Codolar. Don Miguel Rúa y don Carlos María Viglietti ya la habían visitado unos días antes (27 de abril). Ahora le tocaba el turno al mismo Don Bosco.

Era el 3 de mayo. Hacia el final de la mañana, a eso de las once, don Luis estaba en Sarria aguardando a Don Bosco. Éste y sus acompañantes subieron al coche.

El camino que recorrieron fue probablemente el siguiente: remontaron la calle Mayor de Sarria hasta la plaza y, tomando sucesivamente los actuales paseos de La Bonanova y de San Gervasio, salieron al Valle Hebrón. Al llegar frente a lo que hoy es la Ciudad Sanitaria de la Seguridad Social, enfilaron, a la derecha, un camino particular, denominado «de los olivos», el cual, aunque en pésimo estado de conservación, todavía es practicable. «Desde lejos —escribe el joven cronista, enfático y emocionado—, veíamos las banderas que se habían izado sobre las torres del castillo».

Girando sobre el recodo donde tiene su origen uno de los torrentes de la citada Riera de Horta, se hallaron ante la puerta enrejada que daba acceso a la finca.

Los anfitriones habían preparado una hermosa fiesta de familia en obsequio del visitante. Y de ella iban a disfrutar los muchachos de los *Talleres Salesianos* de Sarria que, al objeto de pasar un día de campo en compañía de Don Bosco, también habían sido invitados.

La finca propiamente dicha se componía, dentro de una concepción unitaria, de dos elementos diferentes: los jardines, con el bosque y los estanques, y la colección de animales exóticos.

Los primeros, construidos sobre antiguos huertos, eran de trazado geométrico y de gusto neoclásico. El *parque zoológico*, tanto por el número como por la variedad y rareza de los ejemplares, era el único importante en Barcelona y alrededores. Miembros de la *Asociación de Excursionistas Catalanes* lo habían visitado en 1884 y habían dejado escrito en el acta: «Es verdaderamente admirable» (acta correspondiente al día 6 de julio).

Todos los que se acercaban a la finca ponderaban la limpieza, el orden, el buen gusto y el cariño con que se veían cuidados los más nimios detalles. Era todo un estilo, reflejo de la magnificencia y de la esplendidez del señor Martí-Codolar, digno sucesor de sus antepasados. Un hombre austero y exigente consigo mismo, incapaz de gastar cinco céntimos en una cafetería y, sin embargo, sabiamente espléndido en las cosas de su hogar.

Cuando llegó Don Bosco, la quinta Martí-Codolar se vestía con sus mejores galas primaverales. Una vez más, el secretario quedó deslumbrado: «Es la más rica y más hermosa de todas las que hemos visto» (Crónica, 27 de abril).

En cuanto a la *torre-vivienda*, aún no se había construido el palacete *modernista*, cuya fachada principal puede admirarse hoy día. Estaba en pie la casa antigua,

de estilo más bien neoclásico, con mezcla de elementos de arquitectura rural catalana.

La remodelación se llevó a cabo durante los años 1889 y 1890. La vieja masía se transformó en una mansión del más puro *Art Nouveau*. Dentro de los cánones estéticos del *revivalismo* finisecular, la piedra, el ladrillo, la madera exótica, el vidrio policromado, el azulejo, los relieves simbólicos y los motivos decorativos vegetales, las verjas y los herrajes se combinan en la producción de una obra original y de gran belleza, ciertamente, pero de difícil clasificación. Tal vez, el calificativo *ecléctico* sea el más adecuado para describirla en su conjunto. En ella se expresa ese impulso artístico del *modernismo barcelonés*, que, ante todo, se proponía impactar al observador, demostrándole el poderío económico de una burguesía en alza.

(Además de la fachada —lado Este—, de estilo renacentista, con tendencias barrocas, queda todavía, bastante bien conservada, la sala de la chimenea monumental [1890], una de las primeras obras del arquitecto-decorador Antonio María Gallissá y Soqué [1861-1903], discípulo de Elias Rogent y colaborador de Luis Doménech y Montaner).

A pesar de todo, el auge económico del señor Martí-Codolar no duró mucho. A los pocos años, y por razones no siempre claras para nosotros, el mundo de sus negocios —comercio y finanzas— se vino abajo. En 1892, se vio obligado a ceder la colección de animales al Ayuntamiento de Barcelona, el cual pudo iniciar así el parque zoológico, que hoy día constituye uno de los atractivos más simpáticos de la Ciudad.

La vida económica de los Martí-Codolar entró en reactivación plena gracias a la firmeza y generosidad de



Torre Granja Vieja (Martí-Codolar)

doña Consuelo y al trabajo —escrupulosamente honesto— de don Luis. Cuando, a comienzos de siglo, éste pudo actuar en la empresa telefónica de Barcelona, la prosperidad volvió a sonreír sobre la familia y la finca de Martí-Codolar.

Una visita memorable

Tan pronto como llegó, Don Bosco se vio rodeado de la admiración y afecto de los presentes e inmerso en esa alegría contagiosa que trae consigo la fiesta campesina. Hubo saludos, aplausos y música selecta. Después vino la comida: la gente joven —los huérfanos de los *Talleres* y los señoritos de la familia— se fueron a un jardín cercano a la casa, donde estaban dispuestas las mesas; los mayores subieron al comedor, situado en la planta noble. Entre unos y otros serían cerca de cien comensales. Durante la comida, anticiparon a Don Bosco la noticia de que iban a regalarle un terreno en la cima del Tibidabo, «a fin de perpetuar el recuerdo de su venida a España», según anota el cronista (3 de mayo).

Acabada la comida, el huésped se retiró a descansar. Después, concedió varias audiencias. Los últimos en entrar en la habitación fueron los señores. No es posible saber de qué hablaron. Lo cierto es que don Luis y doña Consuelo quedaron convencidos de la santidad del Fundador de los Salesianos y el primero prometió su ayuda para ampliar la obra salesiana en Sarria (ver pág. 93). La causa de los pobres y de los trabajadores nunca estuvo ausente de la conciencia cristiana del señor Martí-Codolar, empeñado, por otra parte, en crear riqueza y hacer grande a Cataluña.

Una fotografía para la historia

A las cuatro de la tarde, bajó Don Bosco al patio de la fachada, donde le esperaban todos. El fotógrafo de la casa —Joaquín Pascual Martí-Codolar, llamado familiarmente *Kimm*— dispuso el grupo junto a un joven cedro cercano. Y obtuvo una de las mejores fotografías —quizá la mejor— que se conservan de Don Bosco. *Kimm* no era más que un aficionado, pero empleaba buenos materiales. Tuvo, además, en aquel momento, ese algo que se necesita en cualquier producción artística: inspiración y suerte. De golpe, quedó una fotografía para la historia. Se puede decir que ha dado la vuelta al mundo. Afortunadamente, los Salesianos conservan todavía la placa fotográfica, que hace cien años captó una escena deliciosa.

Don Bosco, sereno y relajado, con la sonrisa en los labios y la luz en los ojos cansados, está tal como se le vio siempre en sus días barceloneses: rodeado de gente —de niños y mayores, ricos y pobres, hombres y mujeres, Salesianos y Cooperadores— y nimbado de una corona de santidad. El que se sienta a su derecha es Fray Cándido Albalat Puigcerver, valenciano (nacido en Játiva), entonces Abad del Monasterio de Santa-María del Desierto, de la Orden Cisterciense y Congregación de la Gran-Trapa, en el arzobispado de Toulouse (Francia) e insigne restaurador de dicha Orden en España († 1915). Detrás de él se ve el rostro de la Venerable doña Dorothea Chopitea de Serra. El que, detrás de Don Bosco, se inclina hacia él como para decirle algo es el Beato Miguel Rúa, su primer sucesor. Entre éste y don Carlos María Viglietti se encuentra Dom Marie-André Malet, secretario, en aquel momento, de Fray Cándido y sucesor





San Juan Bosco,
fotografiado en la finca de Martí-Codolar.
Barcelona-Horta, 3 de mayo de 1886.



Identificación de las personas de la fotografía

1. **Sebastián Martí-Codolar y Pascual.** Hijo de Luis y Consuelo. Hermano de Soledad, Consuelo y Luis. Su padre lo preparó para que se hiciera cargo de la finca y de la explotación de la *Granja Vieja*. Cooperador Salesiano. Murió en 1947.

2. **Sebastián Pascual y Serra.** Hijo de Narciso y Jesusa, hermano de José María. Casado con Rosario Alomar. Cooperador Salesiano.

3. **Gustavo de Gispert y Serra.** Abogado. Hijo de Gustavo e Isabel, nieto de José María Serra y Dorotea Chopitea. Casado con María Luisa Jordá. Cooperador Salesiano.

4. **Luis Martí-Codolar y Gelabert.** Comerciante y financiero. Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad General de Teléfonos y de las Compañías Peninsular y Madrileña de Teléfonos. Cónsul General de la República de El Salvador. Gran Cruz del Mérito Agrícola (1911). Jefe de la familia que lleva su nombre. Casado con Consuelo Pascual de Bofarull (+ 1924) y cuñado de Manuel, Narciso, Osear, Policarpo, Sebastián y Guadalupe Pascual de Bofarull. Recibió a Don Bosco en su finca de Horta-Barcelona el 3 de mayo de 1886. Cooperador Salesiano. Murió en 1915.

5. **Policarpo Pascual de Bofarull.** Ingeniero. Hermano de Consuelo y cuñado de Luis Martí-Codolar. Casado, en primeras nupcias, con María Adelaida de Compte y Ódena (+ 1882) y, en segundas nupcias, con Mercedes de Fontcuberta y de Sentmenat. Presidente de la Junta de Cooperadores Salesianos de Barcelona. Durante mu-

chos años fue el soporte más firme y activo del *Patronato del Obrero*. Perteneció a la Junta Diocesana del Fomento de Escuelas Católicas. Murió en 1935.

6. **Luis Martí-Codolar y Pascual.** Hijo de Luis y Consuelo. Hermano de Soledad, Consuelo y Sebastián. Casado con Victoria («Victoire») Baster y Robert. Continuador de los negocios de su padre. Cooperador Salesiano. Murió en 1921.

7. **Dorotea Chopitea de Serra.** Casada con el banquero y financiero José María Serra y Muñoz. Fundó o protegió una treintena de obras de beneficencia. Entre las fundadas por ella, se encuentran, en Sarria, los *Talleres Salesianos* (1884) y el Colegio de Santa Dorotea, de las Hijas de María Auxiliadora (1887), y, en Barcelona, el Colegio Salesiano de San José de la calle Rocafort (1890). Murió en 1891. Declarada *Venerable* en 1983.

8. **José María Pascual y Serra.** Hijo de Narciso y Jesusa. Hermano de Sebastián. Casado con J. Trenor. Cooperador Salesiano.

9. **No identificado.**

10. **Giacomo Gherna Giustatti.** Antiguo Alumno de Don Bosco en el Oratorio Salesiano de Turín-Valdocco.

11. **Narciso María Pascual de Bofarull.** Abogado. Hermano de Consuelo y cuñado de Luis Martí-Codolar. Casado con Jesusa Serra y Chopitea (+ 1914). Yerno de Dorotea, a la cual asesoró y ayudó constantemente en sus obras de beneficencia social. Organizador en Barcelona de la Unión de Cooperadores Salesianos y primer Pre-

sidente de la misma. Intervino en el IV Congreso Católico Español, celebrado en Tarragona (1894), con la ponencia *La cuestión social y la Congregación Salesiana*. Presidente del *Patronato del Obrero* (entidad diocesana). Murió en 1902.

12. **Marie-André Malet**. Secretario particular de Fray Cándido Albalat y Puigcerver, cisterciense y sucesor suyo en la Abadía de Santa María del Desierto (Toulouse) desde 1911. Murió en 1936.

13. **Carlos María Viglietti Barattini**. Piamontés, nacido en Susa (prov. de Turín) en 1864. Profesor en la Sociedad Salesiana en 1883. Secretario particular de Don Bosco en el cuatrienio 1884-1888. Cronista del viaje del Santo a Barcelona en 1886. Se ordenó de sacerdote en diciembre de este año. Escritor. Murió en 1915.

14. **Carlos de Lianza y de Carballo**. Hermano de Soledad y cuñado de Manuel María Pascual de Bofarull.

15. **Juan Bautista Branda Carozzo**. Piamontés, nacido en Nizza Monferrato (provincia de Alessandria) en 1842. Profesó en la Sociedad Salesiana en 1869. Ordenado sacerdote en el año 1873. Primer superior de la primera fundación salesiana en España (Utrera, 1881-1884) y superior-fundador de los *Talleres Salesianos* de Barcelona-Sarriá (1884-1889). Estuvo en Barcelona en julio de 1922 y públicamente dio testimonio del hecho de la *bilocación* de Don Bosco (Sarriá, febrero de 1886) y de la intervención de la Virgen Santísima para establecer en Sarriá a las Hijas de María Auxiliadora (1886-1887). Murió en 1927.

16. **Mercedes Pascual y Martí-Codolar**. Hija de Hilario y Joaquina. Sobrina de Luis Martí-Codolar y prima hermana de Soledad, Consuelo, Luis y Sebastián. Hermana de Joaquín (*Kimm*) que obtuvo esta fotografía. Casada con José Estanyol (catedrático de la Universidad de Barcelona). Cooperadora Salesiana. Murió en 1892.

17. **No identificado**.

18. **Manuel María Pascual de Bofarull**. Abogado de la familia Martí-Codolar. Primer Marqués de Pascual (Título Pontificio, 1905). Hermano de Consuelo y cuñado de Luis Martí-Codolar. Casado con Soledad de Lianza y de Carballo (+1892). Promotor del proyecto de ofrendar a Don Bosco la propiedad de la cumbre del Tibidabo, para levantar un templo al Sagrado Corazón de Jesús. Segundo Presidente de la Unión de Cooperadores de Barcelona. Presidió también la Asociación de Católicos de Barcelona. Murió en 1911.

19. **Soledad Martí-Codolar y Pascual**. Hija de Luis y Consuelo. Casada con Gabriel Colom Ferrer (propietario y corredor de bolsa). Cooperadora Salesiana. Murió en 1924.

20. **Sebastián Pascual de Bofarull**. Propietario. Hermano de Consuelo y cuñado de Luis Martí-

Codolar. Casado con Isidra Pons y Serra, nieta de José María Serra y Dorotea Chopitea. Cooperador Salesiano. Murió en 1913.

21. **Rómulo Miquel y Sagas**. Abogado de la familia Martí-Codolar. Casado con Guadalupe Pascual de Bofarull y cuñado de Consuelo Pascual de Bofarull y Luis Martí-Codolar.

22. **Osear Pascual de Bofarull**. Banquero. Hermano de Consuelo y cuñado de Luis Martí-Codolar. Casado con Antonia Puig y Benítez (cubana). Ambos esposos fueron Cooperadores Salesianos. Ella murió en 1895 y él, en 1904.

23. **Consuelo Martí-Codolar y Pascual**. Hija de Luis y Consuelo. Hermana de Soledad, Luis y Sebastián (que aparecen en la fotografía) y de Javier y Ángeles (que no están). Cooperadora Salesiana. Murió en 1917.

24. **Niño de la familia**.

25. **Soledad Pascual y de Lianza**. Hija de Manuel María y Soledad, nacida en 1877. Recibió la primera comunión de manos de Don Bosco, el domingo de Pascua, 25 de abril de 1886, en la capilla de los *Talleres Salesianos* de Sarriá. En 1895, su padre y ella fueron padrinos de primera Misa del salesiano José Calasanz y Marqués que, en 1886, era alumno carpintero de los mencionados *Talleres* y después llegó a ser Inspector-Provincial en Perú y Bolivia, y, desde 1925 a 1936, en España (Antigua Inspectoría Tarraconense). María Soledad heredó de su padre el título nobiliario como Segunda Marquesa de Pascual. Casó con Ramón de Bofill, conocido como «Segundo Marqués de Pascual», que fue Presidente de los Cooperadores Salesianos de Barcelona (+1931).

26. **Don Bosco**. Fundador de la Familia Salesiana (1815-1888). Canonizado en 1934.

27. **Miguel Rúa Ferrero**. Piamontés, nacido en Turín en 1837. Vicario de Don Bosco y primer sucesor suyo al frente de la Familia Salesiana. Murió en 1910. Beatificado en 1972.

28. **Cándido Albalat y Puigcerver**. Abad del Monasterio de Santa María del Desierto, de la Orden del Cister y Congregación de la Gran-Trapa, en el Arzobispado de Toulouse (Francia), y Restaurador en España, desde 1883, de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia o Trapense. Murió en 1915.

29-39. **Muchachos de los Talleres Salesianos de Sarriá**.

- En el grupo falta **Joaquín Pascual y Martí-Codolar**. Hijo de Hilario y Joaquina, hermano de Mercedes, sobrino y secretario particular de Luis Martí-Codolar. Aficionado a la fotografía. El día 3 de mayo de 1886, en la *Granja Vieja* —que entonces pertenecía conjuntamente a su madre y a su tío— obtuvo la presente fotografía. Murió en 1905.

suyo después (+ 1936). Indudablemente, los orígenes de la obra salesiana en Barcelona rezuman santidad por todas partes. Todo fue cosa de santos.

A continuación, Don Bosco quiso visitar la finca. Andaba con dificultad. El breve paseo lo efectuó sostenido por don Luis y por el secretario Viglietti, y acompañado por los familiares y muchachos. Así pudo contemplar y apreciar la belleza de los jardines y el exotismo del *parque zoológico*.

Con ello dio por terminada la visita. Había que volver a Sarria, donde le esperaban las gentes, impacientes por su ausencia. Serían las seis de la tarde cuando abandonó la *Granja Vieja*.

Los recuerdos

Apenas es posible reconstruir hoy con la imaginación lo que serían las diversas dependencias en la antigua casa que vio Don Bosco. De todos modos, la reforma de los años 1889 y 1890 no destruyó los *ámbitos* sino, más bien, los dignificó embelleciéndolos. Así, por ejemplo, el aposento que ahora se muestra como «cuarto de Don Bosco» —en el cual reposó éste después de la comida y donde concedió algunas audiencias —indica el *espacio* donde el hecho ocurrió. Y lo mismo se ha de decir del *hall* de entrada, la escalera principal, el comedor, el gran salón.

En cambio, en la finca hay, al menos, tres puntos seguros de referencia. Primero, el tramo que va desde el portón de hierro de la entrada hasta la fachada de la casa. Segundo, el sitio donde se obtuvo la mencionada fotografía (aunque enfermo y viejo, ahí está todavía de pie el cedro —el gran árbol— que en la *foto* sirvió como

telón de fondo). Tercero, el túnel llamado hoy «de las moreras» —que en 1886 era un camino sombreado ligeramente por acacias— y el paseo denominado «de las palmeras». Por ellos transitó Don Bosco para adentrarse en la finca y contemplar la colección de animales, cuyas instalaciones se hallaban precisamente a lo largo del paseo central que aún existe.

Fuera del recinto tapiado, se encuentra el citado camino «de los olivos», por donde entró y salió el coche de caballos que llevaba a Don Bosco y a sus acompañantes.

La casa salesiana

Calle Torelló, n.º 8

Tan pronto como se ausentó Don Bosco, el señor Martí-Codolar tuvo la idea de que en su finca de Horta quedara constancia de aquella jornada. Se dio prisa en preparar y levantar un dolmen conmemorativo en el que se lee: *El Reverendísimo Don Juan Bosco, insigne fundador de los Talleres Salesianos, acompañado de los huérfanos acogidos en el Oratorio de Sarriá, honró con su presencia y bendijo esta casa el día 3 de mayo de 1886. Para perpetuar el recuerdo de tan grata visita se levantó este monumento.*

Las piedras se hallaban colocadas en su sitio —el que ocupan actualmente— ya en 1886 ó, tal vez, en 1887. El texto de la inscripción está redactado con una terminología que corresponde a los primeros tiempos de la presencia salesiana en Barcelona.

Don Luis quiso hacer, además, otro gesto lleno de significado: en el otoño de 1887, viajó con toda su familia a Turín, para devolver la visita a Don Bosco en su

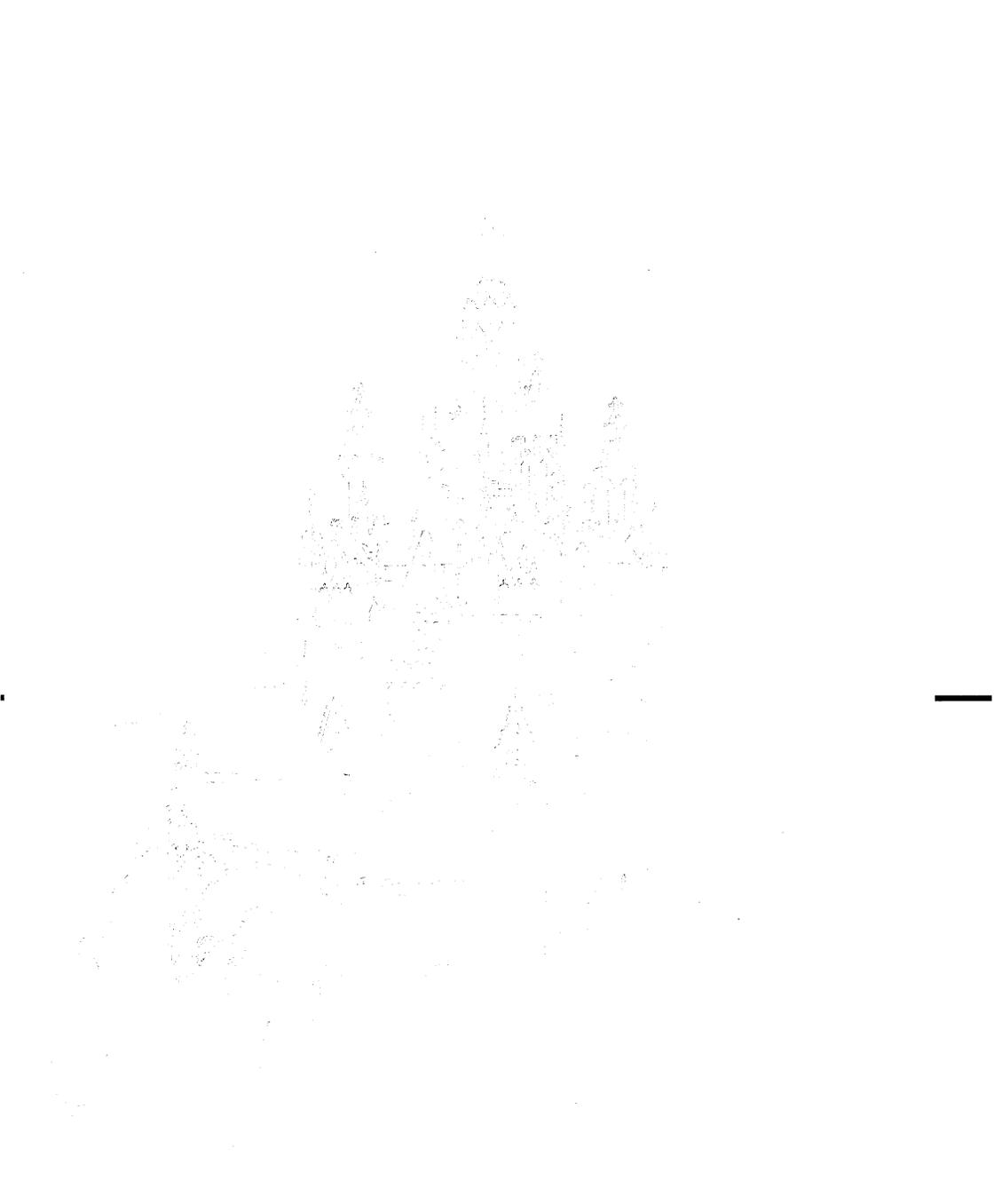
propia casa. Durante los primeros quince días de octubre, pudieron disfrutar de la compañía y de la intimidad del santo Fundador. Éste, por su parte, pudo corresponder, de alguna manera, a la hospitalidad y a la ayuda que le habían prestado. «Parece cosa extraña — dejó escrito el secretario cronista—, pero creo que no exagero al decir que en ningún lugar hemos encontrado tanto afecto y tanta veneración por Don Bosco como en esta familia. Era el propio Don Bosco quien lo decía hoy» (3 de mayo de 1886).

La desaparición definitiva de éste, el 31 de enero de 1888, no fue motivo de distanciamiento en las relaciones del señor Martí-Codolar con los Salesianos. Los lazos de la amistad se mantuvieron firmes. Y los hijos heredaron de los padres el amor a Don Bosco y el sentido de la cooperación salesiana.

Pasaron los años y se superó el vendaval de la guerra civil (1936-1939).

Entonces, don Javier y doña Ángeles Martí-Codolar entendieron que el mejor destino que podían dar a la casa paterna era ofrecerla a la Congregación Salesiana, para que ésta pudiera desarrollar en la misma los objetivos propios de su misión. Los hijos de Don Bosco se establecieron allí en 1949. Una lápida de mármol blanco, que se encuentra colocada en el vestíbulo de la casa, recuerda el hecho: *Los beneméritos señores doña Ángeles y don Javier Martí-Codolar y Pascual, en memoria de sus cristianísimos padres, don Luis y doña Consuelo, fundaron este seminario salesiano como monumento perpetuo de la visita de San Juan Bosco a esta casa (1886). Los Salesianos, agradecidos —1952—.*

Desde entonces, Martí-Codolar es una casa salesiana con múltiples actividades.



Templo del Sagrado Corazón de Jesús, Tibidabo

En este año de 1986, celebra con gozo y esperanza el centenario de una sencilla historia que está en la raíz de su vida: la visita de San Juan Bosco a la familia y finca Martí-Codolar.

El visitante que hoy acude allí (calle Torelló, n.º 8) puede contemplar diversos recuerdos de la efemérides, tanto en la finca como en la antigua *torre*, en la cual se ha instalado una exposición permanente.

EN EL TIBIDABO

El *Tibidabo* es el punto culminante de la sierra de Collserola. Se alza entre dos depresiones de la cadena montañosa: la de Vallvidrera (al oeste) y la de Serola (al este). Antiguamente se llamaba *Pic de ráliga* (*Pico del águila*). Tal vez fueron los monjes Jerónimos, establecidos en sus estribaciones durante el siglo XIV, los que le aplicaron el término bíblico-latino que luego se ha divulgado (*Tibi-dabo = Te daré*). Desde entonces, la cumbre dio nombre al macizo que corona. Es un lugar privilegiado, magnífico mirador sobre la ciudad y el llano de Barcelona, sobre el mar y las tierras del interior.

Administrativamente, pertenecía al municipio de San Gervasio de Cassoles, hasta que, en 1897, éste quedó integrado en el de Barcelona.

Hoy, la montaña del Tibidabo es absolutamente barcelonesa. Tiene la categoría de todo un símbolo, porque, junto con la de Montjuïc, representa y evoca la vida misma de la Ciudad Condal que, a sus pies, trabaja y lucha, goza y espera.

La ermita

Don Bosco no subió nunca a este monte. Era imposible. Le faltaba todo: tiempo, medios y fuerzas. Por aquellos tiempos, únicamente los excursionistas llegaban a la cumbre. Sólo en 1888, a raíz de la Exposición Universal de Barcelona, se construyó el tramo de carretera que da acceso desde Vallvidrera. Y hasta 1900, la Compañía Anónima Tibidabo —impulsada por aquel adelantado de la industria farmacéutica que se llamó Salvador Andreu— no comenzó a urbanizar aquella zona. En 1901, se inauguró el funicular y, al año siguiente, el Tranvía Azul (*Tramvia Blau*) circuló por vez primera a lo largo de la actual Avenida Tibidabo. Trabajosa y simpáticamente, aún continúa haciendo este recorrido. Es el único tranvía que queda en Barcelona, porque los demás desaparecieron antes de 1972.

Don Bosco, pues, se limitó a *ver* proféticamente aquella cumbre. La *vio* coronada por un gran templo dedicado al Corazón de Jesús. Y asignó a los Salesianos la empresa de realizar aquel *sueño*.

Pero lo que no hizo él lo consiguió su sombra amiga, doña Dorotea. Ella alcanzó la cumbre. No personal y físicamente, pero sí en la realidad de las cosas. Su iniciativa fue oportunísima; su gesto estuvo lleno de sabiduría práctica. En efecto, decidió levantar a sus expensas una ermita, precisamente en el punto más alto de los terrenos que habían sido donados a Don Bosco y que era también el más elevado de la cúspide de la montaña.

Lo hizo, sin duda, con un doble objetivo. Primero, para indicar a todos cuál iba a ser el futuro destino de aquellas parcelas y, segundo, para demostrar que los Sa-

lesianos tomaban posesión real y efectiva de aquella propiedad.

Unos veinte días tan sólo después de la partida de Don Bosco a Italia, empezaban las obras. Los materiales se subieron a lomos de caballería, desde Sarria. Se trabajó a lo largo del mes de junio, dedicado al Corazón de Jesús. Y, el día 3 de julio, se bendecía la pequeña ermita. Todavía está en pie, bien conservada y remozada. El visitante puede tener la satisfacción de contemplarla si, desde la Plaza del Tibidabo, sube al Templo actual por la escalera de la derecha. De pobres líneas góticas, con ocho metros de altura en la parte exterior, apenas tiene sitio para el celebrante. Y, sin embargo, en su pequenez y modestia, representa uno de los *recuerdos* más impresionantes del paso de San Juan Bosco por la Ciudad Condal y, más concretamente, de los hechos acaecidos en la Basílica de la Merced, el 5 de mayo de 1886 (ver págs. 104-105).

La semilla que crece

Esta ermita no era más que la semilla. A lo largo de los años, ha ido creciendo poco a poco. E, incluso, milagrosamente. Porque sobre ella han soplado muchos vientos contrarios, recios y persistentes. De hecho, hacia finales del siglo pasado, parecía que se había secado. Los Salesianos quedaron doloridos y desorientados. Pero no acabaron de perder su fe en la palabra del Fundador. Creyeron y trabajaron contra toda esperanza humana. Y, así, el 28 de diciembre de 1902, pudieron colocar la primera piedra de la cripta. Sólo entonces respiraron tranquilos.

A los nueve años (1911), se pudo inaugurarla. Y comenzaron a alzarse lentamente las columnas y las paredes del futuro Templo. La guerra civil de 1936 supuso tres años de desolación, con incendios y profanaciones. En 1940, hubo que iniciar los trabajos de restauración y, poco después, se dieron los primeros pasos hacia la culminación de la obra. A los veinte años de incesante esfuerzo —durante los cuales colaboraron todas las fuerzas de la España Salesiana—, se consideró terminada la construcción del Templo, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús (1961).

La casa salesiana

Carretera de Vallvidrera. Plaza del Tibidabo

Una vez inaugurada la iglesia inferior o cripta, los Salesianos se establecieron junto a la misma, en 1912; y, en octubre de 1927, abrieron la residencia para los niños de la Escolanía. Unos y otros han sido el motor principal que ha propulsado y animado, a través del tiempo, la obra de Don Bosco en la cumbre del Tibidabo.

Ésta ofrece hoy aspectos diversos: la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús con sede en el Templo-Basílica, el colegio para la Escolanía, la Adoración perpetua al Santísimo Sacramento (desde 1966) y la Casa de Espiritualidad *Mater Salvatoris* (desde 1962), en las cercanías. Con motivo del año centenario de la *profecía* de Don Bosco y la erección de la primitiva capilla (1886-1986), se ha preparado una exposición permanente.

La historia pasada y esta presencia viva hacen que el Tibidabo tenga algo que decir hoy a la Familia Salesiana de Barcelona y de España. Le habla, en efecto, de Don Bosco, de una antigua promesa suya hecha ya piedra

y espíritu, de su amor a Cristo, de su corazón de apóstol entregado sin reservas al bien de la Iglesia y del pueblo cristiano.

Y todo esto lo cumple con la originalidad propia y exclusiva de las montañas sagradas.

El Tibidabo es lo primero que se ve al llegar a Barcelona y lo último que se pierde de vista al separarse. Y siempre está presente a la vera de todos los caminos de la Ciudad y de la vida que se desarrolla en la misma. El Tibidabo es un monte ungido con la palabra profética de San Juan Bosco. Por todo ello es, para los Salesianos, un signo permanente de fidelidad.

«Barcelona, siempre amada e inolvidable»

El día 6 de mayo amaneció muy triste en la casa salesiana de Sarria. Don Bosco se despedía. Por la mañana, saludó por última vez a los amigos y bienhechores; después de comer, hizo lo propio con los alumnos. En seguida le llevaron al tren de Sarria. Había un vagón especialmente reservado y engalanado para él. Don Bosco no recorrió por entero el trayecto hasta Barcelona. Los que le acompañaban se enteraron a tiempo de la aglomeración de gente que había en la última estación (Plaza de Cataluña) y, para evitar complicaciones y retrasos de última hora, hicieron que Don Bosco descendiera del tren en el apeadero de la calle Provenza. En coche de caballos le llevaron a la Estación de Francia.

BARCELONA - GERONA - TURÍN

Lo mismo que el día de la llegada (ver págs. 84-85), ahora también los presentes, que eran numerosos, expresaron a Don Bosco su adhesión y afectuoso reconocimiento. Éste impartió su última bendición. A la una y media de la tarde, el tren-correo arrancó en dirección a la frontera.

Se detuvieron en Gerona. Durante las últimas horas de la tarde y las primeras de la mañana siguiente, se repitieron, como en síntesis, las escenas de Barcelona. Los salesianos se hospedaron en la llamada *Casa Carles*, en la *Plaça del Vi*, n.º 2. Una lápida de mármol blanco recuerda el hecho: *El 6 de mayo de 1886, se hospedó en esta casa San Juan Bosco, Fundador de la Congregación Salesiana*. Don Eduardo Caries i Ferrer les llenó de atenciones y el obispo, doctor Tomás Sivilla y Gener (1878-1906), aprovechó la ocasión para visitar a Don Bosco.

Éste dejaba la histórica ciudad a las ocho y media del día 7 de mayo. Ya no volvería a pisar tierra española.

El viaje de retorno a Italia se efectuó por el interior —Montpellier, Valence, Grenoble— y duró varias jornadas, llegando a Turín el día 15 por la tarde.

La Casa-Oratorio de la Via Cottolengo se llenó de una alegría incontenible. La música y las luces festivas de la noche cerraron aquella jornada que restituía felizmente a Don Bosco entre los suyos. Por el momento, lo que más necesitaba era un poco de descanso.

DIMENSIONES DE UNA VISITA

El lector, al terminar también este viaje, puede hacer una pausa para preguntarse por el *significado* de la historia aquí expuesta. La prensa y las gentes de Barcelona, ¿cómo vieron a Don Bosco, cómo lo *interpretaron*, qué imagen dieron de él?

A lo largo del recorrido, se han señalado algunas pistas. No es éste el lugar de ofrecer un cuadro completo. Basten sólo unas pocas pinceladas.

Conviene advertir, de entrada, que el mundo —o el *mundillo*— religioso español de hace un siglo no era tan tolerante como el de hoy. Ni mucho menos. Ambas partes —la izquierda y la derecha— fácilmente se ponían en pie de guerra. El ambiente general en que se movían los espíritus era de beligerancia. No tiene, pues, nada de extraño que una personalidad tan recia como la del Fundador de los Salesianos provocara, en torno a sí, una marejada de corrientes opuestas.

1.º Desde la izquierda anticlerical

La valoración era negativa en toda la línea

— *Don Bosco*

Era criticado por su afán de dinero, por el tren de vida que llevaba entre fiestas y halagos, por su mayor acercamiento a los ricos que a los pobres, por la falta de originalidad en sus instituciones y porque, con su fama de *milagrero*, engañaba miserablemente a la gente sencilla.

— *Los amigos y cooperadores de Don Bosco*

Aun quedaban en peor situación. En efecto, para los periódicos izquierdistas —representados, sobre todo, por *El Diluvio*— no pasaban de ser unos papanatas. Su piedad era supersticiosa; su virtud, falsa; su mentalidad, obscurantista. En consecuencia, con las limosnas que daban al *santo italiano*, sólo trataban de ocultar las graves injusticias que, una y otra vez, cometían contra el pueblo. Al hacerlo, además, apoyaban las instituciones de fuera con preferencia a las de casa, porque el ultramon-

tanismo que les inspiraba era del todo extranjerizante, ajeno a los intereses del país...

2? Desde la derecha católica

Ante este ataque, la parte conservadora y católica reaccionaba defendiéndose y proclamando sus convicciones.

— *La defensa*

Según los sectores católicos —cuyos máximos exponentes eran *El Correo Catalán* y el *Diario de Barcelona*—, Don Bosco era digno de ser ayudado, porque estaba totalmente entregado a la causa del pueblo y, muy en concreto, a la educación cristiana y profesional de los niños y jóvenes de las clases trabajadoras. Su modo de hacer podía calificarse de *nuevo*, porque se adaptaba bien a las necesidades y estilos de la época. Don Bosco era una prueba fehaciente de la vitalidad de la Iglesia Católica y de su capacidad de dialogar con el mundo moderno. Las realizaciones salesianas —escuelas profesionales y agrícolas, centros juveniles y empresas editoriales— estaban demostrando, en efecto, que la fe cristiana y el progreso son perfectamente compatibles. Por tanto, había que congratularse de que hubiera llegado a Sarria la institución de los *Talleres Salesianos*.

— *La proclama*

Los que pensaban de esta forma —entre los cuales había gente de todos los estratos sociales— aprovechaban la visita del Fundador a la Ciudad para proclamar la grandeza y la gloria de su religión, que veían victoriosa en Don Bosco. Y, así, saludaban a éste como: un hombre de Dios, un sacerdote cabal, amigo del Papa,

apóstol de la devoción al Corazón de Jesús y a María Auxiliadora de los Cristianos, promotor eficaz de la acción misionera en tierras de ultramar...

Tales fueron los rasgos principales de una polémica que contribuyó a dar nuevas dimensiones a aquella visita.

En tanto en cuanto le es permitido situarse en el justo medio de unas tendencias opuestas, el historiador se atreve a precisar esto: la izquierda, con su enfado y su burla, atestiguaba claramente la incidencia social y religiosa de la presencia de Don Bosco en Barcelona; la derecha, que se sentía honrada por ello, hizo del Fundador de los Salesianos una bandera y procuró colocarla, probablemente, un tanto demasiado en alto.

¿Y Don Bosco, él personalmente? No entraba ni salía en esta polémica, tal como se lo aconsejaban su propio talante —campesino realista y paciente— y la experiencia adquirida durante los largos y conflictivos años del *Risorgimento* italiano. La urgencia por dar solución a los problemas sociales y eclesiales, a los que consagró toda su vida, le obligaba a no descender a la arena de ciertos antagonismos estériles.

RECORDANDO A BARCELONA

Al día siguiente del regreso de Don Bosco a su residencia habitual de Turín, aprovechando que se celebraba la fiesta del Patrocinio de San José (16 de mayo), pero impulsados sobre todo por el deseo de ver y escuchar al Fundador, los salesianos y los alumnos organizaron, por la tarde, una velada íntima.

Don Bosco lucía sobre el pecho la medalla de honor que había recibido en la Asociación de Católicos de Barcelona (ver pág. 102). Se habló de su largo viaje y, más en concreto, de los días de su estancia en la capital catalana. Al recordar aquellas cosas, él se sentía profundamente emocionado. Y todos los asistentes al acto quedaban transportados a la «Barcelona, siempre amada e inolvidable». Con este testimonio concluye el cronista el primer volumen de su diario de ruta (16 de mayo de 1886).